Sheryl Bowman

EL BRINDIS DE NUESTRA VIDA

Copyright

EDICIONES KIWI, 2024
www.grupoedicioneskiwi.com
Editado por Ediciones Kiwi S.L.

Primera edición, mayo 2024

© 2024 Sheryl Bowman
© 2024 Ediciones Kiwi S.L.
© de la cubierta, Borja Puig
Corrección, Mercedes Pacheco

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

Copyright
Nota del Editor
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Epílogo
Agradecimientos
La música de Clara y Fernando

Para papá,
eres y siempre serás, el héroe de mi vida.
Te quiero.

«Sin firmar un documento
ni mediar un previo aviso

sin cruzar un juramento

hemos hecho un compromiso.

Sin promesas nos marchamos

ni te obligas ni me obligo

y aun así, sé que soñamos

tú conmigo, yo contigo».

Un compromiso,
Antonio Machín

Prólogo

Se levantó de la silla, cogió la copa de champán y con la cucharilla de postre hizo tintinar el delicado cristal.

—Estoy segura, totalmente convencida, de que a cualquiera que le preguntes por el amor, pensará en todos los amores que ha tenido en su vida. Repasará con detalle todo lo que ocurrió y vivió en aquellas historias que, en algún momento, llenaron sus días. Recordará ese primer beso, ese primer te quiero y esa primera vez donde le consumieron los nervios. También estoy segura de que no recordará las peleas, los malos gestos o los momentos desagradables porque, cuando pasa el tiempo y el corazón sana, olvida las cosas malas que sucedieron en aquel tiempo, las borra para que solo queden los buenos momentos. Por suerte, esa persona podrá enseñarte fotografías, instantáneas de una vida pasada; puede que tenga cartas, tarjetas de San Valentín, o incluso entradas de cine escondidas en algún libro. —Ella, con la copa todavía en la mano, hizo una pausa y continuó hablando—: Mi consejo para vosotros esta noche, es que durante los años que viváis juntos, separados, felices, disgustados…, pero al fin y al cabo enamorados, es que guardéis cada recuerdo, cada instante de felicidad, para que, cuando llegue el momento oportuno, mostréis cada pedazo de magia, cada trozo de aquella vida, y habléis de ella con la sabiduría que aportan los años, para que sirva de ejemplo, aliento y consuelo. De nada sirve privar a los que vendrán detrás, de aquellos momentos que en su día os provocaron que el corazón latiera con fuerza, y solo el calor de ese beso fue capaz de calmar aquel ritmo frenético. —En ese momento, ella levantó la copa, la alzó a la vista de todos los presentes y, con la voz cargada de emoción, terminó lo que había empezado—. Sé que no hay nadie en este mundo que vaya a romper lo que habéis creado, pero, si alguna vez alguien os hace dudar, algo se interpone y no os deja avanzar, espero que la lección y mi consejo os dé el impulso necesario para recordar el amor que, desde el primer momento, habéis sentido el uno por el otro. Por vuestro amor, por vuestra vida, pero, sobre todo, por vosotros.

Todos aplaudieron y enseguida empezó el ruido de copas pidiendo el beso de los novios.

Ellos no se hicieron de rogar.

No fue un beso pasional, con el que tantas veces se habían dejado llevar. Fue un beso tierno y dulce. Esos segundos en los que sus labios estuvieron juntos, derrocharon amor, demostraron compromiso y despertó en ellos la chispa del deseo.

descargaepub.com

Capítulo 1

«¿Hace falta que te diga que
me muero por tener algo contigo?
¿Es que no te has dado cuenta
de lo mucho que me cuesta ser tu amigo?
Ya no puedo acercarme a tu boca,
sin desearla de una manera loca».

Algo contigo,
Los panchos

Las escaleras que subían al desván eran estrechas y estaban situadas en una esquina de la planta superior de la casa, tras una puerta que apenas se abría. Casi nunca subían allí arriba.

Su abuela siempre decía que ese lugar estaba lleno de trastos viejos e inservibles, porque todo lo que ya no se necesitaba, iba a parar allá arriba.

Tenía razón.

Cuando encendió la luz del desván, ante ella apareció una enorme capa de polvo cubriendo las sábanas que tapaban los muebles y las cajas. Contempló el desorden y el caos, y suspiró. No encontraría nunca la caja que estaba buscando, y tampoco se acordaba de dónde la había colocado la última vez que subió hasta allí.

Sabía que en un lateral del cartón había escrito: disfraces y complementos; pero, a saber dónde estaba, entre todo ese desastre.

Se aventuró a ir levantando sábanas, pero no tuvo suerte.

Aparecían muebles antiguos, cajas de libros, e incluso cuadros que antes decoraban la casa, pero su caja parecía no estar allí.

¿De verdad la había guardado tan bien? Ella apenas podía mantener ordenada su habitación, así que, dudaba de que hubiera perdido el tiempo en poner allí arriba una caja con un sinfín de cosas que ya no necesitaba.

Cogió la punta de una de las sábanas y con cuidado de no levantar todo el polvo, para que no se formara una nube a su alrededor, tiró de ella. Debajo, había una especie de arcón antiguo que tenía unas preciosas flores grabadas en la madera.

Nunca antes había visto ese mueble, pero seguro que llevaba allí arriba el doble de tiempo que los demás.

Se agachó y, con sus delicados dedos, giró la llave que había en la cerradura para abrir la tapa del baúl, y descubrió auténticas reliquias: libros antiguos que parecían primeras ediciones.

Cogió uno al azar y acarició el título del tomo. Sus páginas estaban amarillas, pero las letras se leían a la perfección. Se acercó el libro a la

nariz y aspiró su olor.

Le encantaba el olor de las hojas…

Como marcapáginas habían utilizado un trozo de lazo, que ahora era de un verde pálido, pero que, con seguridad, hacía años habría sido de un tono verde intenso.

Dentro del arcón, también había una caja de latón con fotos antiguas. Las observó y en ellas recoció a su abuela.

Siempre le había parecido una mujer preciosa, pero nunca había visto fotos de ella tan joven.

Giró la fotografía y comprobó que tenía una fecha: 1963.

Siguió mirando las fotos y negó con la cabeza, al darse cuenta de que eran recuerdos de la vida de su abuela. No entendía la razón por la que esta había decidido enterrarlos en el desván.

Guardó de nuevo las fotos en la caja de latón y la apartó.

Siguió mirando las cosas que había dentro del baúl, y un libro con las tapas negras de piel y sin título, llamó su atención.

Lo abrió y comprobó que solo tenía escrito el nombre de su abuela.

Lo hojeó y sonrió.

Nunca se hubiera esperado que su abuela escribiese un diario.

Pensó en bajarlo a su habitación, junto con la caja de latón, pero algo dentro de ella le hizo replantearse la situación. Eran las palabras de su abuela, sus pensamientos, sus sentimientos, sus recuerdos… No estaría bien sumergirse en sus secretos. Así que, cerró el diario, dispuesta a dejarlo allí enterrado, pero, finalmente, la curiosidad le pudo y lo apartó, junto con la caja de latón.

No era tan grave curiosear un poco, además, nunca se lo diría a su abuela.

Cerró el arcón, giró la llave y lo cubrió de nuevo con la sábana.

Bajó a su habitación, llevándose consigo el diario y la caja de latón, al mismo tiempo que se olvidaba de lo que había ido a buscar.

La zona de llegadas de la estación estaba repleta de gente sonriente. que se reencontraba con sus familiares.

A él siempre le había gustado contemplar la felicidad que irradiaban esos sitios. Desde estaciones hasta aeropuertos. Siempre había personas felices, y esos sentimientos eran reales. Solía decir que las sensaciones y las emociones más sinceras se encontraban en las salidas y llegadas de ese tipo de transportes.

Absorto en aquel pensamiento, su móvil sonó en el bolsillo y lo cogió.

—¿Hola? —contestó al descolgar la llamada.

—Buenos días, señor. He aparcado en la puerta de la estación. ¿Voy a buscarlo?

—No te preocupes, Ramón. Ya salgo yo.

Al contrario que a esas personas que observaba, a él le venía a buscar el conductor de la familia.

Lo había preferido así; las escenas lacrimógenas era algo que siempre intentaba evitar. No es que fuera una persona fría, pero, simplemente, no le gustaba ser el protagonista de esas escenas.

Tomó sus maletas y se fijó en que, un poco más adelante, había unas chicas que lo observaban y sonreían.

Nunca había tenido problemas para conocer mujeres. Era consciente de que sus ojos verdes claro y su sonrisa, hacían maravillas. Además, era alto. Su más de metro ochenta le otorgaba una buena posición en los partidos de baloncesto, y, como iba al gimnasio a diario, tenía una forma física envidiable.

Al llegar a las puertas de salida, miró a las chicas, y, antes de ponerse las gafas de sol, les guiñó un ojo y sonrió.

—Hola, Ramón. ¿Cómo estás?

—Muy bien, señor. ¿Ha tenido buen viaje? —preguntó el conductor, cogiendo las maletas, para meterlas en el maletero.

—Sí, aunque estoy un poco cansado por el avión, el ave y *jet lag*.

—Es normal, señor. Procure descansar algo, porque esta noche tiene la fiesta de bienvenida.

Asintió con la cabeza, sonrió débilmente al conductor, que le había visto crecer, y se subió al coche. Se acomodó en los asientos de cuero y echó la cabeza hacia atrás.

El coche salió a la autovía y recorrió varios puntos de la región. Vivía a las afueras de un bonito pueblo. En Ábalos. Siempre había su hogar y siempre lo sería.

Abrió los ojos y bajó la ventanilla del asiento trasero. Contempló el paisaje, la tierra que se extendía ante sus ojos, y respiró con profundidad.

Al llegar al cruce, el coche tomó el camino de la derecha, y él negó con la cabeza. ¿Algún día tomaría el camino de la izquierda?

El vehículo siguió avanzando, con una conducción suave, hasta que, ante ellos, apareció la bonita mansión que formaba parte de las tierras de su abuelo.

Ramón, paró el coche frente a la entrada y fue directo al maletero, sabía que él no necesitaba que le abrieran la puerta.

—¿Hola? ¿Hay alguien? —preguntó entrando dentro de la casa.

Unos tacones sonaron cerca y en apenas unos segundos su madre estaba con él.

—¡Miguel, cariño! Ya estás aquí. —La mujer abrazó a su hijo con fuerza.

—Hola, mamá, ¿qué tal estás?

—Muy liada con tu fiesta de bienvenida.

—Te dije que no hacía falta.

La mujer miró a su hijo y le revolvió el pelo.

—Claro que hace falta, cielo. Has vuelto a casa.

Miguel sonrió a su madre y volvió a abrazarla.

—¿Y papá, Nana y el abuelo?

—Tu padre está en la terraza con tu abuelo y Nana… no sé dónde está.

Miguel asintió, le dio un beso a su madre y salió a la terraza.

Carla contempló a su hijo y cerró los ojos unos segundos. Al abrirlos, sonrió, y el pensamiento de que sería un buen verano fue instantáneo.

Al salir a la terraza, Miguel se sorprendió de los cambios que habían hecho.

Durante meses, para disgusto de su abuelo, habían estado de reformas, y Carla había conseguido que la casa quedara mucho más bonita que antes. La terraza estaba situada en la parte sur de la casa, y tenía salida al porche y a los jardines. Siempre había sido el rincón favorito de su abuelo, y su madre se había asegurado de que quedara perfecto. Había comprado unos sillones de mimbre blanco y los cojines los había elegido en diferentes tonos de azul.

A Miguel le recordaron a Grecia.

—¿De qué habláis? —preguntó interrumpiendo la conversación de su padre y de su abuelo.

—De negocios, como siempre. —Rafael se levantó del sillón y abrazó a su hijo—. ¿Qué tal el viaje?

—Largo.

—Bueno, ya estás en casa, que es lo importante —dijo Fernando, antes de abrazar a su nieto.

—Tenía ganas de volver. —Miguel miró a su abuelo y luego a su padre.

—Es normal. Llevas cinco años fuera y solo has venido en vacaciones —respondió Rafael.

—¿Sabéis dónde está Nana?

—La última vez que la vi, subía a su habitación. A menos que haya tenido una idea mejor, seguirá allí —contestó Fernando.

Miguel palmeó la espalda de su abuelo.

—Voy a buscarla. Pediré ayuda por si me pierdo —dijo riendo.

—No le digas eso a tu madre, que está orgullosa de lo bien que ha quedado la casa —comentó Rafael.

Subió las escaleras y llamó a la segunda puerta, pero abrió antes de que contestaran.

Sonrió al ver a su hermana tirada en la cama.

—¡Mickey! —Nana se levantó de un salto y se arrojó a los brazos de su hermano—. No sabes lo muchísimo que te he echado de menos.

—Claro que lo sé, porque yo también te he echado de menos a ti, renacuaja. —Miguel abrazó con fuerza a su hermana pequeña—. ¿Qué haces?

—Estaba mirando unas cosas en el ordenador —respondió Nana, bajando la pantalla del portátil—. ¿Qué tal el viaje?

—Largo y cansado —contestó Miguel, sentándose en la cama de su hermana.

—Pues descansa un poco, que esta noche hay fiesta.

—Lo sé… No me puedo creer que sea esta noche y no mañana, cuando ya haya dormido un poco.

—Mamá lo intentó, pero no sé qué problema había con el *catering* o con… Bueno, que no podía ser mañana.

Miguel puso los ojos en blanco y sonrió.

—Tu habitación ha quedado muy bien.

Miguel miró a su alrededor.

—Ha quedado perfecta, igual que la tuya —dijo Nana poniéndose en pie.

—¿La has decorado tú? —preguntó siguiendo a su hermana por el pasillo.

Nana, antes de abrir la puerta del cuarto de su hermano, clavó su mirada azulada en él.

—La duda ofende.

Miguel entró en su habitación y silbó.

No se parecía en nada al cuarto en el que había dormido toda su vida, antes de marcharse a la universidad. Los colores habían cambiado y los muebles habían dado paso a una decoración más de persona adulta que de estudiante.

Sin embargo, Nana había dejado cosas de su antigua habitación, como el corcho con las fotos, el balón de básquet firmado y la bandera triangular de la universidad de Harvard.

—¿Te gusta? —preguntó, ante el silencio de su hermano mayor.

—Es estupenda, Nana. Solo tú podías dejarla perfecta. Me encanta.

La joven sonrió agradecida.

—La cama es nueva, y el aire, las persianas y los aparatos, en general, los puedes manejar con el móvil. Es todo domótico. Esa puerta de ahí es el cuarto de baño y la otra el vestidor. Mamá te ha comprado un traje para esta noche, y el resto de tus cosas están en la habitación del fondo. Las dejé ahí, por si querías coger algo antes de bajarlo al sótano.

Miguel buscó con la mirada sus maletas y las localizó en una esquina del cuarto.

—Perfecto. Muchas gracias, renacuaja.

—Te dejo para que descanses. —Nana le dio un beso a su hermano y se marchó dejándole solo.

Miguel abrió la puerta del vestidor y observó alucinado el amplio espacio.

Se acercó a la funda de Armani y bajó la cremallera. Su madre le había comprado un traje negro muy elegante, que estaba hecho a medida.

El cuarto de baño había quedado espectacular. Habían elegido una ducha que era una virguería, y unos acabados que nada tenían que envidiar a los grandes y carísimos hoteles de cinco estrellas.

Cerró la puerta del baño y se tiró sobre la cama. Necesitaba descansar un poco, antes de deshacer las maletas.

Su habitación siempre había sido su refugio.

Durante los últimos años, había cambiado por las diferentes fases de decoración que había hecho, cuando volvía a casa en vacaciones, pero todavía era capaz de cerrar los ojos y visualizar momentos en los que se había encerrado entre aquellas paredes.

Había bajado directamente del desván y se había sentado en el sofá, que estaba al lado del ventanal. Abrió la caja de latón y fue pasando las diferentes fotografías. En ellas se podía ver a su abuela de joven; realmente, había sido una mujer muy bella.

Otra de las fotografías mostraba a una pareja feliz, posando enfrente de la casa, que reconoció por la fachada como la de ella. Dio la vuelta a la instantánea, en blanco y negro, y dedujo que tenían que ser sus bisabuelos, por la fecha.

Pasaba las fotos despacio, deleitándose en aquellas imágenes en blanco y negro, cuando una de ellas captó su atención. En aquella instantánea se podía ver a su abuela posando con una mujer que no reconoció.

Al dar la vuelta a la fotografía observó que estaba fechada en 1963.

Las siguientes imágenes eran de una niña pequeña, que tenía que ser su abuela, y la última era de un bebé. Dio la vuelta a la fotografía, pero estaba sin fechar.

Chiara, guardó todas las fotografías dentro de la caja, y sacó unas margaritas secas. Sonrió con cariño, ya que a ella le encantaba secar las flores y utilizarlas como marcapáginas, por lo que ya sabía de quién había heredado esa costumbre.

Apartó la lata y tomó el viejo diario de su abuela. Acarició las tapas negras, se mordió el labio y finalmente encontró el valor necesario para abrirlo, y comenzar a leerlo.

5 de mayo de 1963

Le he conocido. Por fin sé quién es. Estaba paseando con Adela, cuando una ráfaga de viento se ha llevado mi sombrero y él, amablemente, me lo ha recogido del suelo.

Es un joven muy simpático. Tiene unos ojos preciosos, y también me ha gustado su sonrisa.

Se llama Fernando y es dos años mayor que yo.

No me ha contado qué hace aquí, porque Adela ha insistido en que nos fuéramos. Creo que no se fía de él. Los desconocidos siempre le han causado pavor. Es tan miedosa y prudente… Tal vez debería aprender más de ella, ya que, al fin y al cabo, ¿qué sé de él?

Lo único que tengo claro es que me gusta.

Creo que no tengo remedio y que me seguiré interesando por él.

Entornó los ojos extrañada.

Su abuelo se llamaba Cristóbal y se casó con su abuela cuando ella tenía diecinueve años… Entonces, ¿quién era Fernando?

Cerró el diario y se quedó pensativa mirando la pared. No podía ser… ¿O sí?

Un leve sonido en la puerta la sacó de sus pensamientos.

—Chiara, cariño, ¿bajas a comer?

Miró a su madre y asintió.

—Claro. —Se levantó del sofá, dejó las cosas de su abuela apartadas a un lado y salió de la habitación—. ¿Qué hay de comer?

—Creo que carne en salsa. Tu abuela ha estado trasteando en la cocina esta mañana.

Chiara sonrió porque, aunque la cocinera de la familia era una maravilla, nadie cocinaba como su abuela. Aún recordaba cómo su abuelo siempre le pedía sus platos favoritos.

Se sentó en la mesa y contempló una foto de su abuelo al fondo del comedor.

No es que hubieran tenido una relación increíble, pero, en ciertos momentos, sí que le echaba de menos.

—¿Qué has estado haciendo en el desván? —le preguntó su abuela.

—He subido para buscar la caja donde guardé los disfraces. La hermana de Cris tiene una fiesta y quiere el mono de Fórmula 1.

—¿Lo has encontrado? —Mateo cogió un trozo de pan.

Chiara miró a su padre y negó.

—¡Qué va! No sé dónde puse la caja, y, con la cantidad de cosas que

hay ahí arriba, dudo que la vaya a encontrar. El desván es un desastre. ¿Cuándo fue la última vez que alguien puso un poco de orden?

Clara sonrió a su nieta y cogió el tenedor.

—Cariño, nunca nadie ha puesto orden en el desván. Simplemente se suben las cosas y se dejan ahí arriba. Procuramos colocar una sábana sobre los muebles, pero nada más. Todo lo que hay en el desván son cosas que ya no usamos, y que guardamos por lo que pueda pasar.

—Cualquiera que suba pensará que tenemos una especie de síndrome de Diógenes. No tiramos nada, y todo acaba allí —comentó Helena, la madre de Chiara, y cogió el vaso de agua.

—Deberíamos hacer limpieza. Lo mismo encontramos algo de utilidad —sugirió Mateo.

—Pues te deseo ánimo y suerte, porque el desván es un completo y absoluto caos. Ahora que, si de verdad de ánimas, busca la caja de los disfraces, porfa.—Chiara hizo un gesto tierno a su padre y este le guiñó el ojo.

—¿Qué le vas a decir a la hermana de Cris? —le preguntó Clara.

—Pues que no encuentro la caja. Seguro que se puede hacer con un mono y pegarle con la plancha los adhesivos. Mañana se lo diré a Cris.

—¿Has quedado con ella? —se interesó su madre.

Chiara asintió.

—Sí, para ir de compras. ¿Te tengo que traer algo del pueblo?

Helena pensó unos segundos y cogió el cuchillo antes de contestar:

—No, creo que no, pero intentaré avisarte.

—Me parece bien que aproveches el verano antes de empezar a trabajar a tope en septiembre. —le indicó Mateo, y dejó la copa de vino.

—No puedo negar que tengo muchas ganas de empezar a trabajar, pero me apetece disfrutar del verano —dijo Chiara, metiéndose un trocito de carne en la boca.

—Es lo que tienes que hacer: disfruta ahora que ya tendrás tiempo de agobiarte y estresarte, si hace falta.—Clara sonrió a su nieta y continuaron comiendo.

Desde luego que Carla era única dando fiestas. Había conseguido que casi todo el mundo acudiera a la fiesta de bienvenida de su hijo.

El jardín de la casa estaba lleno de asistentes que se repartían por los focos de luz, que la anfitriona había colocado por todo el césped y en las mesas altas que servían de apoyo. Las copas de vino, de champán, los aperitivos y canapés estaban situados en un extremo, mientras los camareros de la empresa de *catering* iban pasando las bandejas.

Miguel fue saludando a todo el mundo, mientras le daban la enhorabuena y le preguntaban por sus planes de futuro.

Cuando se vio libre de la vorágine de invitados, cogió una copa de champán y se retiró estratégicamente a un punto de oscuridad del jardín. Nunca había tenido problemas para relacionarse, más bien todo lo contrario, y tampoco era que no disfrutara de las fiestas que su madre solía dar, pero esa noche estaba cansado y apenas tenía ganas de diversión.

—Si el abuelo se entera de que estás bebiendo champán, es capaz de desheredarte.

Nana abrazó a su hermano, apoyó la cabeza en su pecho y él la rodeó con sus brazos.

—Pero tú no se lo vas a decir, ¿a qué no?

—Nunca. Yo siempre guardaré tus secretos.

Miguel besó la cabeza de su hermana. En el mundo no había nadie como ella.

—La verdad es que mamá se ha superado esta vez.

—Mickey, has vuelto a casa —contestó Nana—. Te hemos echado de menos.

Miguel sonrió, nadie salvo su hermana le llamaba Mickey, y solo a ella se lo permitía.

—Será una experiencia increíble, ya lo verás.

Nana dejó de abrazar a su hermano y se incorporó.

—Estoy segura, pero antes quiero presentarte a alguien.

Miguel levantó las manos.

—Ah…, no. Eso sí que no. No quiero líos con ninguna de tus amigas, por mucho que hayan madurado, estén guapas y sean lo más de lo más.

—Pero Mickey, necesitas salir con alguien. —Nana hizo un puchero fingido.

—No necesito que me busques novia.

—Eso ya lo sé. Si lo hago, es porque tú pasas.

—No paso. Es solo que acabo de volver y aún no me he ubicado.

Nana se cruzó de brazos.

—Está bien, como quieras. Aún tengo todo el verano para darte la lata con eso, pero seguro que a aquellos dos sí que les quieres saludar. —Nana señaló a dos chicos que se acercaban a ellos.

—¡El hijo pródigo ha vuelto! —David cogió a Miguel, a modo de saludo.

—¡Y para quedarse esta vez! —gritó Berto, antes de abrazar a su amigo.

—¿Dónde estabais? No os había visto —dijo Miguel, colocándose el traje.

—Estábamos hablando con tu padre —contestó David—. Nana,

estás preciosa.

Esta sonrió al amigo de su hermano y le dio un beso en la mejilla.

—Muchas gracias.

—Señorita Moraleda, eres la más guapa de la fiesta. —Berto abrazó a Nana y le dio un beso.

—Y vosotros tres los más solicitados. Espero que no revoloteéis demasiado o acabaréis causando estragos. —Nana le dio a su hermano la copa de champán—. Me voy. Si cambias de idea, búscame.

Miguel asintió y dio un beso a su hermana.

—¿Cambiar de idea? —preguntó Berto.

—Quiere presentarme a alguien.

—¿Por qué no? —quiso saber David.

—Las amigas de mi hermana me suelen dar pereza. Además, tengo todo el verano.

—¡Eso! Nos lo vamos a pasar en grande. Tenemos que aprovechar antes de que llegue septiembre —dijo Berto.

—Tenemos que sacarte por ahí y ponerte al día. Llevas demasiado tiempo fuera. —David cogió una copa de vino de una de las bandejas.

—De eso sí que tengo ganas. Venir solo en vacaciones nunca es suficiente.

Miguel dejó la copa vacía sobre una de las mesas.

—Pues mañana tomamos el aperitivo en la plaza.

Berto y Miguel miraron a David, y los tres asintieron.

—Eso está hecho.

Se mezclaron con el resto de los invitados y, tal y como Nana predijo, causaron estragos.

—Es un desastre, busqué la caja, pero resultó imposible encontrarla —informó Chiara saliendo de la tienda.

—No importa. Seguro que puede conseguir un mono —aseguró Cris.

—¿Te acuerdas dónde lo compramos nosotras?

—El padre de Julia, ¿recuerdas? Nos los consiguió en su trabajo. Luego solo imprimimos las pegatinas y las planchamos en el mono.

Cris se puso las gafas de sol y se colocó el pequeño bolso que llevaba aquella mañana.

—Sí, es verdad. Creo que tengo el teléfono de Julia, y podemos llamarla. A lo mejor su padre le puede conseguir uno igual a tu hermana.

Chiara también se puso las gafas de sol. Aquella mañana el sol resplandecía en Ábalos.

—¿Tienes el móvil de Julia? ¿En serio? —preguntó Cris extrañada —. Yo perdí casi todos los contactos del colegio.

—Yo guardo algunos, y creo que el de Julia lo sigo teniendo. De

todas formas, es fácil porque nos seguimos en Instagram. También la puedo contactar por ahí.

—Genial, cuando sepas algo me indicas, o bueno, mejor díselo a mi hermana directamente. Total, es para ella.

Chiara asintió.

—En el desván encontré cosas de cuando mi abuela era joven. Unas fotos antiguas y un viejo diario.

—Dime que no lo has leído. —Cris era de esas personas que pensaban que investigar en la vida de los demás, sin su permiso, era como mínimo una falta de respeto; por lo que leer un viejo diario, lo consideraba casi un sacrilegio.

—No te voy a negar que, cuando estaba en el desván, me dio apuro. Son las palabras de mi abuela, pero… Lo siento, Cris. La curiosidad me pudo. Apenas no sé nada de la vida de mi abuela de cuando era joven.

—¡Chiara! Ya te vale. Pues pregunta a tu abuela. Estoy segura de que a Clara no le importará contarte alguna historia.

—¿Crees que no lo he intentado? Le he preguntado millones de veces por su infancia, por su juventud, antes de casarse con mi abuelo, que tampoco es que disfrutara mucho de la plenitud de su juventud, al casarse a los diecinueve.

Cris puso los ojos en blanco.

—En aquella época se casaban muy pronto.

—Sí, lo sé, pero… ¡Joder! Con diecinueve años. Cris, yo a esa edad apenas sabía lo que era tener novio. Es ahora, y tampoco lo sé.

Su mejor amiga se rio por el comentario.

—Como si tuvieras cuarenta —comentó Cris, todavía entre risas—. ¡Por Dios, Chiara! Solo tenemos veinticuatro.

—Sí, pero, con nuestra edad, mi abuela ya llevaba cinco años casada. ¡Un lustro! Por no mencionar que ya tenía a mi tía.

Cris negó de manera divertida con la cabeza; a veces Chiara era tremenda.

—¿Y nunca te ha contado nada de su adolescencia?

—No, siempre que le pregunto por las cosas que hacía, cómo era su padre o por lo que se llevaba en aquella época, ella me responde que las cosas normales. Insiste con que eran otros tiempos y que mataban el rato jugando.

—¿Jugando?

—Sí, Cris, jugando. Es absurdo.

—Bueno, para nosotras sí, pero lo mismo era normal en aquella época.

Chiara se encogió de hombros.

—Lo dudo. La cuestión es que leí un poco de su diario y he descubierto que a los diecisiete años le gustaba un chico que se

llamaba Fernando. Jugar… ¡Ja! La edad del pavo es para todos igual.

Cris soltó una carcajada.

—Así que, Fernando. Vaya, vaya… con Clara. Tuvo un *love* antes de tu abuelo. —Cris se paró en seco—. Eso significa que vas a seguir leyendo el diario, ¿verdad?

Chiara se mordió el labio antes de contestar:

—Sí, y no me digas nada. Ya sé que está mal, pero me puede la curiosidad.

Su mejor amiga soltó un suspiro.

—Anda vamos, que te invito a unas cañas.

Las dos chicas caminaron hasta la concurrida plaza y localizaron el bar al que siempre iban. Era el que más les gustaba.

Apenas había sitio libre, pero consiguieron localizar una mesa que estaba entre sol y sombra.

—¿Aquella? —preguntó Cris.

—Perfecta. Sombra para ti, y sol para mí.

Iban a sentarse cuando tres chicos aparecieron.

—Disculpad, pero la hemos visto antes —dijo Cris.

—¿Y qué pruebas tienes de ello?

Cris miró al chico con descaro y contestó:

—Que hemos llegado antes. Si no te lo crees, lo siento, pero es cosa tuya, aunque estoy segura de que, si le preguntas al camarero, me dará la razón.

—Y estás tan segura, ¿por?

Cris se encogió de hombros.

—Llámalo instinto.

El chico contempló los ojos marrones de Cris y sonrió. Le gustaba su descaro.

—David —dijo tendiéndole la mano.

—Cris —contestó, al tiempo que respondía al saludo.

—Yo soy Chiara, aunque eso no tiene importancia. ¿Por qué no hacemos una cosa? Cogemos esas dos sillas de allí, que están libres, y compartimos la mesa. Llámalo intuición, pero no creo que al camarero le importe.

Los chicos sonrieron y fueron a por las sillas.

—Bueno, yo soy Berto, por cierto. —Se acercó a Cris y Chiara, y les dio dos besos.

—Yo soy Miguel —dijo el otro, repitiendo el proceso.

Cuando se sentaron y pidieron las consumiciones, Miguel contemplaba sin disimulo a Chiara, tras las gafas de sol. Jamás había visto una chica tan guapa. Llamaba la atención desde cualquier punto de la terraza. Sus ojos verdes resaltaban sobre su pelo color chocolate; las diminutas y delicadas pecas que decoraban la parte superior de su rostro le parecieron adorables, pero lo que más le llamó la atención,

fueron los labios carnosos, que esa mañana estaban pintados de rojo pasión.

Mientras la miraba, Miguel pensó en cómo sería atrapar aquella boca junto a la suya, y sacudió la cabeza con suavidad, para desechar el pensamiento, y cogió la cerveza.

—Pues nunca os habíamos visto, me acordaría. —Berto agarró una patata frita.

—Yo también me acordaría —dijo David, sin dejar de mirar a Cris.

—La verdad es que no hemos pasado mucho tiempo aquí. —Cris acomodó el bolso sobre sus piernas—. Nos conocemos de toda la vida, desde la guarde, pero en Primaria nos mandaron a estudiar a Madrid.

—Fuimos juntas al colegio hasta cuarto de la ESO, cuando me fui a un colegio en Suiza para cursar los dos años de Bachillerato —Chiara, al decir aquello, miró a Miguel.

—Yo también estudié Bachillerato fuera, pero lo hice en Inglaterra. —Miguel la sonrió.

—¿Y vosotros? —preguntó Cris.

—Todo lo hicimos aquí, salvo la carrera. Nos fuimos a Madrid —contestó Berto.

—Yo la carrera la estoy haciendo en Navarra —comentó Cris.

—¿Qué estudias? —quiso saber David.

—Medicina.

El chico abrió los ojos, sorprendido.

—¿Qué habéis estudiado? —se interesó Chiara.

—Yo soy ingeniero agrónomo. —Berto se acomodó en la silla.

—Yo soy fisio. Trabajo en la clínica con mi padre —contestó David.

—¿Y tú?

Chiara fijó su vista en Miguel. Este se quitó las gafas y la miró también.

—Después de Inglaterra me fui a Estados Unidos. He estudiado Económicas en Harvard.

—¡Qué pasada! —exclamó Cris.

—Sí, siempre lo tuve muy claro. Me he graduado este año, y en septiembre empiezo a trabajar en el negocio familiar.

—Cómo tú. —Cris miró a su mejor amiga.

—Sí, casi —dijo Chiara riendo—. Yo estudié Derecho en Oxford, y en septiembre también empiezo en el negocio familiar.

—¿Y el negocio familiar es…?

Chiara sonrió por la curiosidad de Berto.

—Mi familia es dueña de los viñedos más antiguos de la región.

De pronto, un silencio se apoderó de los tres chicos.

—¿Los viñedos Alcázar? —preguntó finalmente Miguel.

—Sí, mi abuela es la dueña. Clara Alcázar.

—¿Pasa algo? Os habéis quedado muy callados. —Cris dejó el vaso

sobre la mesa.

—Mi familia es dueña de los viñedos Moraleda. Mi abuelo Fernando es el propietario.

Miguel miró a Chiara y ella asintió.

—Así que Moraleda.

—Y tú Alcázar.

—Pues la hemos hecho buena —dijo David, intentando quitar tensión.

—Por mi parte está bien. Es decir, la disputa, sea la que sea, fue hace muchos años, y nada tiene que ver conmigo. —Chiara cogió el vaso de cerveza.

—A mí me pasa lo mismo. No sé qué pasó para que las familias no se hablen, pero fue hace tiempo y, desde luego, a mí no me incluye.

Después de dejar claro que nada tenía que ver con ellos, siguieron hablando sin problemas y disfrutando del aperitivo, mientras las miradas volaban sobre la mesa.

Cuando se levantaron para marcharse, Cris y David intercambiaron el número de teléfono.

Chiara dio un beso a su mejor amiga y se despidió de ella. Caminó hasta el parquin, y en la máquina para pagar se encontró con Miguel.

—Aparcar es un mundo —comentó este.

—Lo sé, he dado tres vueltas antes de meterlo aquí.

—Sé que ha habido un momento algo incómodo en la mesa, pero de verdad que no tengo ningún problema con que seas una Alcázar. —Miguel sonrió a Chiara.

—Yo tampoco tengo ningún problema con que seas un Moraleda. La pelea es de ellos.

—Entonces, ¿sacamos el pañuelo blanco?

—Me parece justo.

Ambos sonrieron.

—¿Qué tal si me das tu número y hablamos un día de estos?

Chiara asintió y cogió el móvil, que Miguel había sacado del bolsillo. Escribió los números en el teclado y se hizo una llamada perdida.

Miguel vio cómo se montaba en un Mercedes GT Roadster, y comentó cuando la vio salir del parquin:

—Menudo cochazo, señorita Alcázar.

Capítulo 2

«Cuántas horas de dicha.
Cuántas horas de llanto.
Cuánto tiempo de ausencias.
Cuanto tiempo esperando.
Cuántos besos al aire.
Cuántas lluvias de mayo.
Cuánta nieve en mi frente.
Y sigo enamorado».

Y sigo enamorado,
José Luis Perales

Cuando llegó a casa, aparcó su coche en el garaje y subió a su habitación. Sabía que sus padres andarían por las oficinas y que su abuelo, con seguridad, estaría leyendo en algún rincón de la casa, mientras esperaba a que la comida estuviera lista.

Salió a la terraza de su habitación y esperó a que su hermana entrara. Sabía que Nana aparecería más pronto que tarde.

—¿Qué tal te ha ido? —preguntó, saliendo a la terraza, para situarse al lado de su hermano.

—Muy bien. Un aperitivo rápido, lo de siempre.

Nana miró a su hermano, y después contempló las vistas del jardín.

—A juzgar por tu expresión, no ha sido como siempre.

Miguel sonrió. Jamás había podido ocultarle nada a su hermana.

—He conocido a la nieta de Clara Alcázar.

—¿En serio? Has conocido a un Alcázar, vaya. ¿Y cómo son? ¿Tan horribles como quieren que creamos?

—Todo lo contrario. Es muy agradable y bastante guapa.

—¿Dónde la has conocido?

—En el bar. No había más mesas libres, y nos hemos sentado todos juntos, puesto que a David le ha gustado su amiga.

—¿David ha ligado?

—Ya sabes cómo es. Aunque, en honor a la verdad, parecía encantando con la chica.

—¿Cómo se llama?

—¿La señorita Alcázar o el ligue de David? —preguntó Miguel sonriente. Sabía cuál sería la respuesta de su hermana.

—Ambas. —Rio Nana.

—El ligue de David se llama Cris, y la señorita Alcázar, Chiara.

—¡Qué original! Se llama como su abuela, pero en italiano.

—No lo había pensado, la verdad.

—¿Qué pasaría para llegar a esto? No tenemos ni idea de quiénes son. Es decir, supongo que mamá sí los conocerá, por las reuniones de

viticultores, pero nosotros…

—Lo sé, es extraño. Chiara ha estudiado en Madrid y en Oxford, así que era bastante difícil conocerla, pero a sus padres… Lo mismo nos hemos cruzado por la calle, y no hemos sabido quiénes eran.

Nana asintió y negó con la cabeza.

—Está claro que esta enemistad es tan absurda que roza el ridículo. Más, teniendo en cuenta que somos vecinos.

—Lo pienso cada vez que cruzo los carteles.

—Yo también.

Los dos hermanos se quedaron en silencio y vieron cómo sus padres se acercaban por el jardín.

—¿Vamos al club después de comer? —preguntó Nana.

—Sí, tenemos que hablar del negocio.

Ambos salieron de la habitación de Miguel, y bajaron al porche, donde su abuelo ya estaba sentado con una copa de vino.

—Siempre a tiempo —comentó Fernando, mientras sus nietos se acomodaban.

—Puntualidad ante todo —dijo Nana, guiñando un ojo a su abuelo.

Fernando sonrió a su pequeña princesa, y observó cómo su hija y su yerno se sentaban.

—¿Todo bien por la oficina?

—Perfecto, como siempre.

Fernando asintió ante las palabras de su hija, y sirvió el vino.

7 de mayo de 1963

Han pasado dos días desde que le vi en la plaza, pero hoy hemos podido hablar más tiempo.

Me ha acompañado hasta la puerta de doña Casilda, y me ha contado que llegó hace un par de meses, aunque eso ya lo sabía. Está buscando un sitio para montar un negocio.

Le he dicho que, si quiere, puedo preguntar, ya que él apenas conoce a nadie, y, cuando se lo he sugerido, le ha parecido una buena idea… Es tan guapo y tan atento…

Los próximos días voy a intentar ayudarle.

Empezaré preguntando a papá. Seguro que él sabe de algo o de alguien.

Estoy nerviosa, puede que sea una oportunidad para pasar más

tiempo con él.

Adela dice que no debería hacer nada, que me voy a meter en problemas y que no le conozco, pero yo creo que está celosa. ¿Qué puede pasar? Además, si le puedo ayudar, hablaremos, por tanto, le conoceré de verdad.

Chiara cerró el diario de su abuela y respiró con profundidad.

Siempre se había imaginado a su abuela siendo adolescente. Se había preguntado miles de veces por aquellos años, y ahora descubría que otro hombre había llamado su atención.

En realidad, no debería sorprenderla. Su abuela era una mujer preciosa; conservaba la elegancia y la belleza de la que siempre había hecho gala.

En ocasiones, le habían contado que había roto más de un corazón, pero la perspectiva de que a lo mejor se lo hubieran roto a ella, no lo había sopesado nunca.

Se levantó de la cama y salió a la terraza de su habitación, contempló las vistas del jardín y decidió bajar a la piscina un rato. Seleccionó un libro y lo metió en el bolso, junto con la toalla y la crema.

Aún era pronto para bañarse, así que, colocó la tumbona bajo la enorme sombrilla, se acomodó en la colchoneta blanca y abrió el libro.

Cuando terminó de leer los dos primeros capítulos, observó como el agua de la piscina se movía ligeramente y se estiró sobre la tumbona de madera.

Un pensamiento atravesó su mente.

Nunca hubiera imaginado conocer a un Moraleda, y tampoco que le habría parecido tan normal el hecho de no importarle absolutamente nada la guerra que había entre las dos familias. Pensó que esa pelea le parecía tan absurda, que no entendía por qué no podía llevarse bien con él.

Imaginó la reacción de su abuela, al saber que su nieta tenía algún tipo de relación con un Moraleda, y sacudió la cabeza.

Estaba segura de que no lo aprobaría, y que le pediría que no hablara con él. Probablemente, argumentaría algo sobre el honor de la familia, o alguna chorrada del estilo, y se levantaría ofuscada, no sin antes asegurarse que ella tenía la última palabra.

Eran pocas las ocasiones en las que Chiara había llevado la contraria a su abuela, pero también era difícil hacerlo, dado que Clara era una mujer sensata y racional. Todas las cosas tenían un motivo y

un porqué, y cuando tenías toda la información, comprendías que ella tenía razón, pero Chiara sospechaba que en esta ocasión su abuela no le iba a dar ninguna explicación.

Nunca lo había hecho, en referencia al tema de la familia Moraleda, y no iba a empezar a hacerlo ahora.

Chiara no entendía por qué debía ser así, y mucho menos iba a estar de acuerdo con ella. Por primera vez, no solo llevaría la contraria a su abuela, sino que tampoco le contaría la verdad. Pensó que era mejor reservarse la información, y no compartirla con ella.

Volvió a mirar el suave movimiento del agua, se quitó el vestido y se acercó con lentitud al bordillo de la piscina. Se sentó, metiendo lo pies en el agua, y, cuando estuvo preparada para el contraste, hundió su cuerpo en el agua.

—Bueno, a ver, ¿dónde me has dejado todo el tema de las apuestas? —preguntó Nana, sentándose en uno de los sofás.

—En el escritorio de la habitación. En el cajón que tiene llave. Acuérdate de que te la dé, antes de que te marches. También te tengo que pasar todos los archivos con los clientes fijos y las apuestas. En esos archivos también está la gente con la que hemos tenido problemas. Tienes que leerlos a conciencia. Toda la información que necesitas está ahí. Te la mandaré en un archivo comprimido.

Una camarera se acercó a ellos y apuntó las consumiciones.

—No te preocupes, me estudiaré los archivos en el vuelo. Es un negocio muy bueno y seguro. Además, no quiero cambiar nada. Voy a seguir haciéndolo como tú, que no piensen que la cosa ha cambiado.

Miguel sonrió a su hermana y asintió.

—Como quieras. Si tienes algún problema, me llamas, y te digo con quién tienes que hablar, pero, a menos que el nombre venga directo de mí, no hables ni consultes con nadie. Es un negocio que mucha gente quiere destapar.

Nana cogió el vaso de coca-cola y bebió antes de preguntar:

—De acuerdo. ¿Cómo doy el aviso de que las apuestas se reabren?

—Tienes que mandar un mensaje desde el móvil, que también encontrarás en el cajón. El número está protegido, por si alguien no conveniente descubre el negocio. El teléfono está preparado para mandar el mensaje automáticamente a todos los contactos fijos, que hacen apuestas de manera regular. Después, la voz se irá corriendo por los apostantes que no son fijos, y empezarás a recibir las apuestas por mensaje o por llamada. Los apostantes te avisarán al número protegido de cuáles son las apuestas que quieren hacer. Luego, solo tienes que registrarlas en el programa como ya te he enseñado.

Miguel miró a su hermana y vio que había comprendido todo.

—¿Algo más? —preguntó Nana.

—Sí, en el cajón hay una carpeta roja con el número de la cuenta bancaria y mil dólares, por si los necesitas, pero no creo que haya ningún problema. La cuenta está solo para las ganancias. Todos son ingresos. Al final de año tienes que vaciarla y darla de baja. Al empezar el curso siguiente abres una nueva.

—Vale. ¿No tiene tarjeta? Por si necesito el dinero. No creo que me haga falta, pero nunca se sabe.

—Sí, también la tienes en la carpeta roja. —Miguel cogió una patata.

—Genial.

—En el móvil tienes guardado el número de Peter, que es el informático que nos ha programado todo el sistema. Si por casualidad este falla o el teléfono se bloquea —Miguel hizo una pausa—, bueno, todo lo que tenga que ver con lo tecnológico del negocio, llámale a él. Peter ya sabe que te vas a hacer cargo de todo, pero, para asegurarse de que eres tú, te va a preguntar por la frase: *a toast to that*[1]. Díselo, cuando te pregunte por ella, y, si no lo hace, sospecha. No le consultes nada, y prueba a llamarlo otro día o más tarde.

—¿Siempre tengo que llamarle desde el móvil protegido? —Nana tomó una aceituna.

—Sí, desde el móvil protegido. Todo lo que tenga que ver con el negocio desde ese teléfono. Además, no puedes guardar ningún contacto en la agenda, a menos que se convierta en apostante fijo, para que, al finalizar las apuestas y volverlas a abrir, le llegue el mensaje. Acuérdate de que un apostante se hace fijo a partir de las diez apuestas, con un mínimo de cien dólares.

—Peter funciona a comisión o…

Miguel negó con la cabeza, antes de poner sonido a sus palabras.

—No, para estas cosas trabaja en negro. Él te dirá dónde quedáis, siempre será fuera del área universitaria. Si está dentro de la universidad o del campus, sospecha. Ya he negociado el precio de las reparaciones con él, sesenta dólares. Si quiere renegociar, me llamas, pero lo dudo mucho. Es un tío legal y no tendrás problemas. Llevamos cinco años trabajando juntos y todo ha ido perfecto. Por cierto, este es Peter. —Miguel sacó su móvil del bolsillo del pantalón y le enseñó una foto a Nana—. Así no tendrás problemas en reconocerle.

Nana observó la imagen del chico y asintió.

—¿Sigue estudiando?

—No, se ha graduado este año como yo, pero quería seguir vinculado al negocio. Él es un apostante fijo, y muchos de los alumnos le conocen. Solía reparar ordenadores, y demás historias. Ha sido el mejor de su promoción. Es un genio de la informática. —Miguel bebió del vaso y continuó—: Verás que, cuando haya más gente con

vosotros, nunca mencionará lo de las apuestas. De hecho, nadie las menciona. Toda la universidad conoce la red y a quién debe preguntar para poder apostar, pero fuera del mensaje de contacto, nadie habla de ello. Por eso, nadie sabe quién lleva el negocio, salvo Peter, que te tiene que ver en persona para arreglar las cosas.

—Entendido. Las ganancias las entrego por transferencia, después de haber retirado mi comisión y de haberles mandado el mensaje con los datos de la apuesta calculados, ¿verdad?

—Eso es. Envías el mensaje a los apostantes con los datos calculados, y haces las trasferencias. Las suyas y la tuya. Ya has visto que el programa es superfácil de manejar. —Miguel vio como Nana asentía—. En cada apostante fijo tienes guardados sus datos, desde el nombre hasta la dirección de correo, pasando por el número y la cuenta bancaria. Si hay algún cambio en alguno de los datos, el contacto te reenviará el mensaje con la información actualizada; si no hay ningún cambio, te confirmarán que todo está correcto. Cuando te llegue el mensaje con un nuevo apostante, acuérdate de registrarlo en el sistema, y este te dirá si ha realizado apuestas antes, y cuántas lleva.

—Sí, recuerdo que el programa tiene un registro exhaustivo de todo.

—Vale, cuando te llegue un nuevo apostante, además de comprobar sus datos de las apuestas…

Nana interrumpió a su hermano:

—Tengo que comprobar que en el mensaje me da todos sus datos. Si falta alguno, la apuesta no es viable. Todos los apostantes, menos los fijos, me tienen que enviar los datos en cada apuesta que quieran realizar, y soy yo la me encargo de mandarles un mensaje cuando se han convertido en un apostante fijo. Entonces, guardo el contacto con toda la información, y listo.—Nana sonrió a su hermano.

—Eso es, renacuaja. Lo has pillado a la primera. Una vez que le confirmes que es apostante fijo, ya sabe que no te tiene que enviar los datos otra vez. La gente conoce muy bien el negocio. —Miguel guiñó un ojo a su hermana—. Lo tienes controlado. Lo vas a hacer genial.

—Gracias, te llamaré si tengo problemas.

—Lo dudo. Lo harás perfecto.

Nana sonrió, y le preguntó:

—¿Tienes ganas de empezar a trabajar?

—La verdad es que sí, pero pienso aprovechar el verano como si no hubiera un mañana.

—Te lo has ganado.

—Buenas tardes, no sabía que estabais aquí.

Tito, el dueño del club, se había acercado a la mesa para saludarles. Se conocían de toda la vida y, Miguel y él, eran buenos amigos.

—¡Tito! —Nana se levantó y abrazó al chico.

—Rubita, estás cada día más guapa.

Nana hizo un gesto mimoso y Tito le dio un beso en la mejilla.

—No sabíamos que estabas aquí. Normalmente, vienes más tarde —comentó Miguel, saludando al dueño del club.

—Sí, pero esta mañana se me ha retrasado una entrega y quería comprobar que está todo bien. Vendréis a la fiesta, ¿no?

—Hombre, eso ni lo dudes. Aquí los primeros —dijo Nana.

—Este año me he superado.

Un ruido en el interior llamó la atención de Tito.

—Voy a ver qué pasa. Me alegro de que ya estés por aquí. Vamos hablando.

Miguel chocó la mano con Tito y se volvió a sentar en el sofá.

—Tengo ganas de que llegue la fiesta —comentó Nana.

—Siempre es lo mejor del verano.

Nana asintió ante las palabras de su hermano y continuaron hablando de todo.

12 de mayo de 1963

He hablado con papá, y le he contado que un amigo está buscando un sitio donde poner un negocio.

Me ha preguntado por el tipo de negocio, pero, como no sabía decirle con exactitud, le he dicho que necesita un terreno.

Eso es lo único que me ha contado Fernando estos días.

Papá me ha dicho que preguntará. Me informará, si se entera de algo que le pueda servir de ayuda a Fernando.

Esta tarde hemos quedado para vernos. Me faltan dos horas para estar con él. He de reconocer que me parece mucho más que interesante que al principio, y sus ojos… me encantan. Hacen que me sienta perdida.

Adela dice que estoy loca, pero ella qué sabe. Nunca le ha gustado ningún chico, así que no sabe lo que es.

Por lo pronto, no le voy a hacer ningún caso. Con Fernando estoy bien y creo que él conmigo también.

Esta tarde le preguntaré alguna cosa más acerca del negocio que

quiere poner. Necesito saber para ayudarlo, claro. No es que no me interese, me interesa, pero el fin es ayudarlo.

Bueno, y pasar tiempo con él.

Chiara cerró el diario de su abuela y suspiró.

Estaba sentada en el sofá, al lado de la puerta abierta de la terraza. Se levantó y salió fuera. Siempre le había gustado que su habitación tuviera vistas al jardín, porque, desde allí arriba, se podía ver todo.

Respiró el aroma de la tarde y pensó en Miguel.

Estaba claro que a él también le habían dicho que las familias no se llevaban bien, y que no había nada que hacer, pero Miguel, al igual que ella, había decidido que era absurdo no poder hablar y conocerse.

Chiara se recogió el pelo en un moño y se masajeó el cuello, mientras recordaba los ojos de Miguel. Eran tan verdes como los de ella, y su sonrisa podría parar el tráfico.

Cerró los ojos con fuerza y decidió que tenía que hablar con su abuela. Tenía la sensación de que la situación se iba a volver complicada, y necesitaba respuestas.

Salió de su habitación, bajó a la planta baja de la mansión y la buscó en el salón.

Al no encontrarla, supuso que estaría en la salita.

Al entrar, la encontró sentada, leyendo unos papeles que apartó, cuando vio que ella estaba en la puerta.

Clara sonrió a su nieta y le dijo que se sentara con ella.

—A ver, cuéntame. ¿Qué le pasa a esa cabecita? —dijo, dándole un beso.

Chiara sonrió por las palabras de su abuela. Ella siempre había tenido un don para saber que algo pasaba.

—Estaba pensando en la familia Moraleda. Ya sé que no tiene ningún sentido, pero abuela… ¿qué pasó?

Clara miró a su nieta y comprendió que esta vez no iba a bastar con decir que no preguntara por ellos, y que respetara el honor de la familia.

Su nieta iba a insistir.

Chiara quería respuestas y no se iba a ir de la salita sin ellas.

Clara respiró con profundidad y se acomodó en el sillón.

—Mi padre quería comprar las tierras que ahora son propiedad de los Moraleda. Quería hacer la finca más grande, para tener más viñedos, más producción… En fin, quería expandir el negocio. —Clara hizo una pausa y Chiara asintió—. Tenía el precio apalabrado con el anterior dueño y, aunque no habían firmado todavía el contrato, se

habían estrechado la mano, como símbolo de que tenían un acuerdo. —La mujer desvió la vista hacia el ventanal y prosiguió—: Mi padre estaba entusiasmado con esas tierras. Tenía grandes planes para ellas, y solía decir que nada iba a fallar, porque los terrenos eran igual de buenos que los nuestros. A la vista está que tenía razón. Una mañana llegó a casa superenfadado, y en la comida nos dijo que Anselmo, el propietario de las tierras, se las había vendido a otro. Nunca había imaginado que Anselmo fuera a faltar a su palabra. —Clara volvió a mirar a su nieta—. Mi padre cruzó el camino que bifurca ambas propiedades para hablar con el nuevo propietario y volvió diciendo que ese hombre no tenía sentido del honor, ni dignidad. Le había dejado claro que le importaba muy poco el acuerdo de palabra que él tenía con Anselmo, puesto que eso no significaba nada, al no haber ningún contrato. Un contrato que él sí tenía, además de las escrituras de su nueva propiedad.

»Días más tarde se enteró que el motivo fue que le había ofrecido más dinero. Aquello terminó por convencer a mi padre, de que Anselmo solo buscaba vender al mejor precio. —Clara se quedó en silencio unos segundos en los que tomó aire—. Ese día mi padre no solo perdió unas tierras que deseaba con todas sus fuerzas, y en las que había puesto sus ilusiones. También perdió a un buen amigo, puesto que jamás volvió a hablar con Anselmo.

»Sé que para tu generación estas cosas pueden parecer algo ridículas, pero, para mi padre, su palabra era un honor, y valoraba la amistad por encima de todo. Nos pidió que no hablásemos del tema con nadie, y nos prohibió cualquier tipo de contacto con el nuevo propietario.

»Mi madre y yo respetamos lo que él nos pidió, puesto que entendíamos lo que significaba para él, y le queríamos.

Chiara contempló los ojos de su abuela y vio que estaban cargados de emoción, lo que desconocía era si esa emoción era por el recuerdo de su padre o por el de Fernando.

Sabía que preguntar algo más, sería ahondar en la pena de su abuela, pero necesitaba aclarar a qué se debía esa emoción tan palpable en su mirada.

Se levantó, dio un beso y un abrazo a su abuela, y en la entrada de la salita se volvió.

—Gracias por contármelo, abuela. Sé que no ha sido fácil para ti.

—De nada, tesoro. Ahora que lo sabes, espero que respetes el honor de la familia.

Ahí estaba la advertencia; las palabras con las que su abuela siempre cerraba una conversación sobre los viñedos y la familia.

Palabras que, hasta ese momento, Chiara había respetado.

—Abuela —dijo antes de salir—, ¿cómo se llama el propietario de

los viñedos Moraleda? Si hay que odiarle por respeto al honor de la familia, mejor hacerlo con educación.

Clara sonrió débilmente a su nieta.

—Fernando. Fernando Moraleda.

Chiara asintió y salió, dejando sola a su abuela. Supo en ese instante que la causa de la emoción que vislumbró en sus ojos no era debida a su padre, sino por su amor de adolescencia. Su padre le había prohibido volver a hablar con él, y ella cumplió con ese deber.

Subió de nuevo a su habitación y, por el momento, dejó relegado los pensamientos hacia la familia enemiga.

Clara al ver que su nieta subía de nuevo a su habitación, rezó para sus adentros.

Salió de la casa y caminó hasta los viñedos. De pequeña le encantaba hacerlo, siempre que tenía problemas, caminaba por las vides y así aclaraba las ideas.

Mientras acariciaba las hojas y las matas, pensó que su nieta era igual que ella: rebelde, con un espíritu indomable. Sabía que, si le había preguntado, era por algo, y esperaba con toda la fuerza de su alma que no fuera por motivos del corazón.

Si ese era caso, iban a tener problemas.

Ella no lo iba a consentir, las cosas estaban claras, y, aunque pareciera imposible, en calma. No quería remover las cosas. Era mejor que permanecieran en su sitio y las familias estuvieran separadas. No podía permitirse el lujo de que todo aquello volviera a agitar su vida, o tal vez no quería. Quizás, el miedo a reabrir viejas heridas fuera demasiado para ella.

En tal caso, solo esperaba que su nieta no sufriera ninguna consecuencia. Podía perdonarse muchas cosas, pero entre ellas no estaba el sufrimiento de Chiara. Adoraba a su nieta, por encima de todas las cosas.

Caminó de vuelta a la casa y en la puerta se giró para contemplar el horizonte, y ver cómo el sol desaparecía a lo lejos.

Esa era su vida. Así había sido desde aquel día.

Tenía que dar las gracias por haber tenido tanta suerte. A pesar de todo, la fortuna, de alguna forma, había estado de su parte.

1 Un brindis por eso

Capítulo 3

«Bésame, bésame mucho.
Como si fuera esta noche la última vez.
Bésame, bésame mucho,

que tengo miedo a perderte después».

Bésame mucho,
Consuelo Velázquez

—Sí, le hemos visto y nos ha comentado lo de la fiesta —comentó Nana sentándose a la mesa.

—¿Y cuándo es?

Carla miró a su hija, mientras se colocaba la servilleta sobre las rodillas.

—El fin de semana de siempre. A menos que suceda algo, siempre lo hace la misma semana.

—Es normal. Nada más llegar el verano, todo el mundo espera la fiesta de Tito.

Miguel sonrió y asintió ante las palabras de su padre.

—El verano empieza con la fiesta de Tito. Es una tradición. Si no hay fiesta, no parece verano.

Esperaron unos minutos más, hasta que Fernando salió al porche y se sentó a la mesa para cenar.

—Disculpad, no encontraba un punto adecuado.

Nana sonrió a su abuelo. Siempre le había gustado verle leer.

—Entonces, en septiembre empiezas, ¿no? —preguntó Rafael a su hijo.

—Sí, es la idea. Aprovechar el verano, y en septiembre incorporarme a la empresa, pero si me necesitas antes, no hay problema.

—De eso nada. Disfruta del verano, te lo has ganado. A partir de septiembre ya tendrás tiempo de estresarte y de ponerte a trabajar como un loco.

Miguel miró a su padre y cogió la copa de vino.

—Gracias. Aun así, había pensado pasarme por las oficinas e ir poniéndome al día. No me gustaría perder el tiempo todo el mes hasta estar al corriente. El verano es largo y hay tiempo para todo.

—Bueno, eso depende de ti y, si lo consideras necesario, y te apetece, por nosotros no hay problema. Ya tienes el despacho preparado, y puedes estar allí sin problemas —dijo Carla, pinchando un trozo de calabacín.

—Puedes empezar con los archivos de cuentas. Todo está informatizado, así que no tendrás problemas. Te enviaré los archivos

y, cuando te apetezca y tengas ganas, te pasas por allí un rato.

—Estupendo —contestó Miguel.

—Por cierto, me ha llamado David. Me ha dicho que si nos vemos mañana para tomar el aperitivo —dijo Nana, dejando el tenedor sobre el plato.

—Genial, luego le escribo para preguntarle la hora, aunque imagino que será la de siempre.

Nana sonrió a su hermano y asintió guiñándole un ojo. Ambos sabían que ese aperitivo no iba a ser como los demás y que, desde luego, no iba a ser David quien recibiera el mensaje de su hermano.

Cuando terminaron de cenar, Miguel subió a su habitación y salió a la terraza. Se sentó en el sofá, que le habían comprado y que Nana había elegido, y observó la piscina.

Las vistas de su habitación daban al jardín trasero de la casa, y, desde esa posición, se veía la zona de la piscina.

Por la noche se encendían los faros que estaban ocultos en el césped y las luces del interior de la piscina hacían reflejos en el agua. En verano siempre solía leer o estar con el ordenador, pero también se bañaba por la noche; afición que compartía con su hermana.

Cogió el móvil, que había dejado a su lado, y abrió la aplicación del Telegram.

Buscó su contacto y abrió el chat.

Buenas noches, Chiara.

Soy Miguel.

¿Cómo estás?

Se levantó del sofá y entró dentro de la habitación. Se quitó la camisa y se puso una camiseta más cómoda, mientras esperaba la contestación.

Se estaba quitando los vaqueros cuando el iPhone emitió un leve sonido.

Buenas noches.

Muy bien.

¿Y tú?

Bien, también.

Mañana vamos a tomar el aperitivo donde el otro día.

Imagino que tu amiga Cris te lo habrá comentado.

Pero bueno...

Por si acaso.

Sonrió al ver el mensaje.

Sí, me ha dicho que David le ha escrito para que nos viéramos.

Como el otro día.

También le ha comentado que viene tu hermana pequeña.

Este soltó una pequeña risa. David era único allanando el terreno.

Sí, mi hermana pequeña también viene.

Se lleva muy bien con Berto y con David.

Pues perfecto.

Nos vemos mañana.

Hasta mañana, Chiara.

Buenas noches.

Miguel se quedó mirando la pantalla y vio como ella dejaba de estar en línea. Antes de cerrar la aplicación, abrió otro chat, y esperó a que su hermana entrara en la habitación.

—Entonces, ¿viene?

—Sí, David se lo ha dicho a Cris, y ella a Chiara.

—Me apetece conocerla. Es la primera vez que voy a hablar con alguien de esa familia.

Miguel asintió y rodeó los hombros de su hermana.

—Lo sé. También fue la primera vez que hablaba con un Alcázar para mí.

—¿Has pensado preguntarle al abuelo por el tema?

—Sí, pero ya sabes que siempre evade el asunto, y zanja la conversación con lo mismo de siempre.

Nana asintió.

—Es una disputa que atañe a nuestra familia, y tenéis que respetar

que las cosas son así.

Miguel cogió aire ante las palabras de su hermana. Eran las mismas que siempre repetía su abuelo.

—Puede que, si nos ponemos firmes, nos cuente algo más. Si no le damos opción, no tendrá más remedio que darnos respuestas.

—Puede, pero no sé si me apetece enfrentarme al abuelo. Tal vez Chiara sepa algo más.

—Mañana podemos preguntarle, pero mejor a solas. No me importa que David, Berto y Cris lo sepan, pero son cosas algo más personales, y creo que es mejor hablarlo solo con ella, primero —indicó Nana.

—Estoy de acuerdo. A mí tampoco me importa, pero es mejor que lo hablemos a solas, si es que ella sabe algo.

Miguel dio un beso en la cabeza a su hermana y ambos se quedaron unos minutos en silencio. Después, empezaron a hablar de la universidad y de los planes que tenía Nana, antes de marcharse a finales de agosto.

Cuando llevaban un rato hablando, decidieron bajar a la piscina y hacer honor a la costumbre de darse un baño nocturno.

Nunca había tenido problemas para madrugar, pero odiaba el sonido de la alarma del reloj. Por eso, en verano dejaba la persiana levantada, para que el sol la fuera despertando. Le gustaba aprovechar las mañanas, desayunar tranquila y estar un rato en la piscina.

Eran las nueve y media cuando comprobó la hora en el móvil, que estaba cargando en la mesilla de noche. Se estiró sobre las sábanas grises y finalmente se levantó. Se vistió con el bikini, unos *shorts* vaqueros y una camiseta blanca, para bajar a desayunar.

—Buenos días —saludó, saliendo al porche cubierto.

—Buenos días, cariño. —Helena dio un beso a su hija y le llenó el vaso con zumo de naranja.

—¿Llevas mucho tiempo levantada?

—No, hace un ratito. Tu abuela, sí.

—Como siempre —dijo Chiara, sirviéndose café.

—¿Qué planes tienes para hoy? —preguntó Helena, mientras untaba la mantequilla en la tostada.

Chiara cogió la mermelada.

—He quedado con Cris para tomar el aperitivo. No sé si vendré a comer, pero os aviso.

Helena se llevó la tostada a la boca y masticó despacio.

—Bueno, pues pásalo bien.

Siguieron desayunando tranquilas y, cuando casi habían terminado, Mateo apareció para tomarse un café rápido.

Chiara saludó a su padre y se fue directamente a la piscina. Se puso

la crema solar y dejó que el sol de la mañana le calentara.

Finalmente, se dio un baño rápido, se secó otro rato al sol y subió a su habitación para prepararse.

Después de ducharse y secarse la humedad del pelo, se contempló en el espejo del baño y decidió pintarse los labios de rojo. Bajó al garaje, ataviada con un vestido blanco y unas sandalias rojas, y se montó en su coche.

Al llegar a la bifurcación de los caminos, paró el vehículo y contempló el cartel que señalaba los viñedos Moraleda. Entornó los ojos, que llevaba ocultos tras las gafas de sol, y suspiró.

«¿Alguna vez cruzaría ese camino?».

Negó con la cabeza, pensando en la tontería que suponía seguir con una disputa, que ya no tenía sentido, y continuó su camino hacia el pueblo.

Al llegar a la plaza, vio que estaba bastante concurrida, y decidió meter el coche directamente en el parquin.

Al salir por las escaleras, divisó a Cris a lo lejos. Levantó el brazo para saludarla, y acudió a su encuentro.

—Hola, chica guapa —le dijo Chiara, dándole un beso a su mejor amiga.

—¡Hola! ¿Cómo estás?

—Ah…, no, no… Tú primero, que tienes muchas cosas que contarme, y no tenemos tiempo. Así que, dale.

Cris sonrió y se colocó un mechón de pelo tras la oreja.

—Me gusta mucho, Chiara. Es simpático y divertido. Inteligente, atento y…

—Sí, sí…, pero, a ver, la pregunta más importante. —Chiara se paró en mitad de la plaza y clavó su mirada verdosa en su mejor amiga—. ¿Cómo besa?

Cris soltó una carcajada y la agarró del brazo, todavía riendo.

—¡Eres tremenda! —exclamó—. Pues muy bien, Chiara. Besa muy bien.

—Entonces, perfecto. No hay más que hablar. —Chiara sonrió y se puso seria—. No, ahora en serio. Me alegro mucho. Lo sabes, ¿verdad?

Cris asintió.

—Sí, lo sé, y también sé que, pase lo que pase, me vas a apoyar. Pero aún es pronto. Solo hemos tenido una cita y… bueno, prefiero no hacerme muchas ilusiones.

—Me parece bien, pero, por favor, que eso no haga que no disfrutes y te lo pases bien. Te lo mereces.

Cris abrazó a su mejor amiga, y le dio las gracias.

Ambas caminaron hasta el bar donde habían quedado.

En cuanto llegaron, vieron que Berto y David acababan de sentarse en una mesa entre sol y sombra.

—Hola, chicas —dijo Berto, levantándose de la silla. Las saludó como si se conocieran de toda la vida.

—Hola, ¿cómo estás? —preguntó Chiara, dejando que David y Cris se saludaran.

—Muy bien, ¿y tú?

Berto y Chiara se sentaron, fingiendo que no habían visto cómo Cris y David se besaban.

—¿Pedimos o esperamos a los hermanos? —preguntó David.

—Pedimos, ¿no? No creo que tarden —contestó Berto.

—Vienen por allí. —Señaló Cris discretamente, hacia la distancia.

Vieron cómo se acercaban a la terraza y se levantaron para saludar.

—¡Hola! —exclamó Nana dando un abrazo a Berto.

—Hola, rubita —dijo este.

Miguel saludó a todos, y dejó la presentación para el final.

—Nana, ellas son Cris y Chiara.

—Encantada —indicó Cris.

—Igualmente, Cris. —Nana miró a su amiga y sonrió—. Así que, tú eres Chiara.

—Esa soy yo —afirmó, dándole dos besos.

—Tienes razón. Es raro —comentó Nana mirando a su hermano.

Miguel asintió.

—Ya te lo dije, y Chiara y yo lo comentamos, pero supongo que es lo normal.

—No puede ser de otra forma. Hemos oído hablar de las familias, pero nunca nos habíamos visto. Es como conocernos sin saber cómo somos y, cuando pones cara…, resulta extraño —dijo Chiara, sentándose al lado de Miguel.

—Sí, pero extraño bien. Es decir… No eres el ogro que se supone que tienes que ser —bromeó Nana.

—Menos mal —contestó Chiara en tono teatrero, llevándose la mano al pecho, y provocando la risa en la mesa.

—El otro día hubo un momento que no sabíamos qué iba a pasar y creo que todos pensábamos que se iba a liar. Pero, oye, se comportaron tan educadamente que no parece que haya una guerra entre vosotros —comentó David, después de mirar al camarero, que se había acercado a la mesa, y pedir su consumición.

Cuando el chico se marchó con la comanda apuntada, Miguel retomó la conversación.

—Y entre nosotros no hay guerra. Hemos firmado la paz. Si ellos quieren seguir peleados, es cosa de ellos.

—Será verdad eso —indagó Cris en tono de broma, sabiendo la verdad.

—Sí, con pañuelo blanco y todo —dijo Chiara sonriendo, continuando con la chanza de su amiga.

—Solo nos faltó fumar la pipa de la paz.

—Ya lo haremos —contestó Nana a su hermano, cogiendo el vaso de cerveza que le habían servido.

—Pues nos alegramos de que penséis de esa manera. La verdad es que esa pelea fue hace muchos años y ni siquiera habíais nacido. —Berto tomó una aceituna.

—No habían nacido ni nuestros padres, y seguir con una enemistad, que realmente no aporta nada, simplemente por tradición familiar, es absurdo, se mire por donde se mire —sentenció Chiara.

—Por lo que a nosotros respecta, si ellos se quieren odiar, que se odien. No creo que pase nada porque nosotros tres hablemos y nos llevemos bien —comentó Miguel, dejando su vaso sobre la mesa.

—Exactamente. Así que, cambiando de tema: la fiesta de Tito. —Nana se acomodó mejor en la silla.

—No hay verano sin la fiesta de Tito —apuntó Cris.

—Eso es un hecho. Lo que no entiendo es que, si siempre habéis ido, como es que nunca nos hemos visto. —David sonrió a Cris.

—Va casi todo el pueblo, por lo que hay mucha gente. Si vas con amigos, pues estás con ellos.

Berto asintió ante las palabras de Cris.

—Sí, pero es curioso que no nos hayamos visto nunca.

—Con seguridad, sí nos habremos cruzado, pero no prestamos atención. Al no estar todo el año viviendo aquí, es fácil pensar que se puede ser turista o algún familiar que está de visita.

Chiara cogió una patata frita y vio cómo Berto le daba la razón con la cabeza.

—Lo importante es que este año la fiesta va a ser mejor porque somos más —dijo Nana.

—Y porque legalmente puedes beber —comentó Berto, pinchando a Nana.

—¡Qué gracioso eres!

—Yo que vosotros no me metería en esos lares. Tenemos una abogada en la mesa y nunca se sabe. —Cris sondeó a Chiara, para ver cómo reaccionaba.

—Nana, por lo que a mí respecta, todo ha sido legal. Tienes dieciocho años, eres mayor de edad y puedes consumir alcohol, pero si alguien investiga tu pasado fiestero, no me pidas que sea tu abogada. Sé lo que has hecho y no puedo defenderte.

—Lo creas o no, solo se tomaba un mojito, y poco cargado. Siempre ha sido asquerosamente responsable —comentó David.

—Sí, a pesar de que intentabas por todos los medios que me descarrilara. —Nana le tiró una patata pequeña, que David consiguió coger al vuelo.

—Pequeña, había que intentarlo.

Nana le sacó la lengua, y miró a Cris y a Chiara.

—Como podéis ver, no contenta con un hermano mayor, tengo tres.

—Bueno, mejor eso que ninguno —apuntó Chiara.

—¿No tienes hermanos? —preguntó Berto.

Chiara negó con la cabeza antes de contestar:

—No, soy hija única. La verdad es que nunca he echado de menos tener hermanos, pero creo que ha sido porque siempre he tenido a Cris.

Cris dio un beso a su mejor amiga.

—Llevamos juntas desde la guarde, y fue una alegría que nuestros padres nos llevaran al mismo colegio en Madrid. Hemos estado juntas siempre, a pesar del revuelo de estos últimos años.

—¿Revuelo? —preguntó Nana.

—Chiara hizo Bachillerato en Suiza y la carrera en Oxford. Yo hago Medicina en Navarra —contestó Cris.

—Sí, pero nos hemos visto siempre que hemos podido, y hemos ido de visita donde estaba la otra. Somos como hermanas —dijo Chiara, antes de coger su botellín de Estrella Galicia.

—¿Tú tienes hermanos, Cris? —preguntó Miguel.

—Sí, tengo dos hermanas. Con la pequeña me llevo muy bien, tiene dieciséis años, pero con mi hermana mayor, no tanto. No hablamos mucho. Es quince años mayor que yo. Mis padres intentaron tener más hijos, después de que ella naciera, pero no tuvieron suerte. Fue una sorpresa para ellos saber que mi madre volvía a estar embarazada, y otra más cuando supieron lo de la pequeña. Mi hermana mayor y yo no nos hemos llevado muy bien, que se diga. Ella siempre ha hecho su vida y no ha estado pendiente de la mía, ni de la de mi hermana pequeña. Menos ahora, que está casada y vive en Zaragoza.

—¿Tú tienes hermanos, Berto? —se interesó Chiara.

—Atenta a la respuesta —le dijo Miguel, mirando a su amigo.

—Tengo tres hermanos mayores —respondió Berto.

—¿Todos chicos? —quiso Cris asegurarse.

Berto asintió.

—Cuatro chicos… Vaya. ¿Qué tal tu madre? —Sonrió Chiara ante la cara divertida de Berto.

—Es maravillosa. Siempre quiso una familia numerosa y, a pesar de que fuimos un poco gamberros, no le hemos dado muchos quebraderos de cabeza. Mi padre y ella lidiaron bastante bien con las pocas peleas que había en casa.

—En serio, ¿no os peleabais? —preguntó Cris sorprendida.

—No. Nos llevamos pocos años de diferencia y estamos muy unidos. Era más bien lo contrario: haz algo a mi hermano y te mato.

—Pues eso es genial —comentó Chiara—. ¿Tú tienes hermanos? —preguntó mirando a David.

—Tengo una hermana por parte de madre. Mis padres se separaron cuando yo era pequeño y mi madre se volvió a casar. Vive en Sevilla, con su marido y su hija. —David hizo una breve pausa. Entendía que podía parecer extraño—. Cuando mis padres se separaron, mi madre se fue a Sevilla con su pareja, y me dejó con mi padre. Cosa que, a la larga, agradecí, porque mi madre y yo no tenemos nada que ver. Además, tampoco me llevo bien del todo con el que ahora es su marido y no tengo relación con mi hermanastra. Hablo de vez en cuando con mi madre, pero hace tiempo que no la veo. Ni ella tiene interés en venir aquí, ni yo en ir allí.

—Pero con tu padre te llevas super bien —dijo Cris, quitando tensión al momento.

David le guiñó un ojo con cariño.

—Sí, con mi padre me llevo genial. De hecho, trabajamos juntos. De pequeño, siempre me gustaba estar en la clínica, y eso no ha cambiado.

Chiara recordó que David le había dicho que era fisio y asintió.

—Chiara —dijo Nana—, ¿dónde trabajas tú?

—Acabo de terminar la carrera de Derecho y en septiembre me incorporo al negocio familiar. Los viñedos son mi vida. Me encantan, y trabajar con mi padre es una ventaja. Mi tía Ana tiene un bufete, y me ofreció la oportunidad de trabajar con ella, pero la empresa familiar me llama más la atención.

—Te entiendo —contestó Nana—. A nosotros nos pasa lo mismo.

—¿Qué planes tienes, Nana? —preguntó Cris.

—Me marcho a Harvard a finales de agosto. Voy a estudiar Química, y mi idea es que, cuando acabe, vuelva para trabajar en la empresa.

—Suena trepidante —comentó Cris sonriendo.

—Sí, a nuestra pequeña le van los retos, pero, como tiene una flor en el culo, le saldrá perfecto —dijo Berto, volviendo a pinchar a Nana.

—¿Una flor en el culo? Berto, poca gente sabe eso. Has tenido que observar mi culo detenidamente para saberlo.

—Y es justamente eso lo que hecho —contestó siguiendo el juego.

—La cuestión es… ¿Por qué? —preguntó Chiara, viendo que había algo más.

Berto se estiró levemente y, con toda la seriedad que la broma le permitía, aclaró:

—Nana, estoy enamorado de ti. Nana…, mi querida Nana. ¿Tendrías el enorme placer de salir conmigo?

—¡Oh…, Berto! ¿De verdad? Nada me haría más feliz que salir contigo. Llevo años enamorada de ti. Siempre buscando excusas para ir a verte, para hablar contigo, y ahora eso se ha terminado porque, por fin, tú también me profesas el mismo amor que yo siento por ti. —

Nana hizo una pausa teatrera—. Por fin, los dioses me han escuchado; por fin, mis plegarias tienen recompensa. Hermano —continuó mirando a Miguel—, ¿te das cuentas? Se ha terminado lo de soñar despierta, imaginando un futuro con Berto. Dejaré de pasar las noches en vela, porque él estará durmiendo a mi lado. —Nana se giró hacia Berto con los ojos cándidos, llenos de dulzura—. Berto, nadie como mi hermano sabe lo muy feliz que me haces, manifestando tu amor por mí. Vamos a ser muy felices…, en cuanto me pidas una caña y me ahorres el tener que pagarla.

Las carcajadas y las risas estallaron de inmediato, alertando al camarero.

—¡Oh…, mi dulce Nana! Por ti, amor mío, lo que haga falta. —Berto se acercó a Nana y le dio un suave piquito en los labios, sonrió y miró al camarero.

Chiara, a pesar de entender la tónica de la broma, sospechó que tras esas palabras había algo de verdad, pero, al no conocerles lo suficiente, decidió seguir observando, hasta confirmar la teoría que tenía en ciernes.

Tras pagar las consumiciones, se despidieron y decidieron quedar otro día, antes de la fiesta de Tito.

Cris y David se fueron juntos en el coche de ella; Berto, que había aparcado en la calle, se despidió de ellos, y caminó hasta su vehículo.

Chiara y Miguel, junto con Nana, se dirigieron al parquin.

—Por cierto, sé que parece una tontería, y más preguntarlo a estas alturas, pero Nana…, es Susana, ¿no?

Ella soltó una suave risita.

—Sí, mi nombre es Susana, pero nadie me llama así. Mi hermano siempre me ha llamado Nana, y con Nana me he quedado. Hasta mis amigas me llaman así. Nadie utiliza otro diminutivo como Susi o algo parecido.

—Chiara es muy bonito.

La joven miró a Miguel y asintió.

—Es el nombre de mi abuela en italiano. Cuando nací, mis padres no se decidían, y mi abuela, que es una enamorada de Italia, les dijo que por qué no me ponían Chiara, y así fue.

—Pues es bonito y original —dijo Nana.

—Otra cosa… No sabemos si a ti te han contado algo del asunto familiar, pero nuestro abuelo siempre evita la conversación… —empezó Miguel diciendo.

—Mi abuela la ha evitado hasta ayer. Por supuesto, no me ha contado gran cosa, pero sí me habló del porqué de que las familias se odien. Un problema con las tierras hace años.

—¿Las tierras? —preguntó Miguel.

—Sí, mayor chorrada no puede ser. ¿Qué os parece si quedamos

otro día nosotros tres y os cuento todo lo que sé? Creo que puedo averiguar alguna cosa más —comentó Chiara, pensando en el diario de su abuela.

—Claro, nos encantaría hablar de todo eso. Al menos, para saber qué narices es tan importante para no tener relación con los vecinos.

Miguel miró a su hermana y asintió ante sus palabras.

—Pues así lo hacemos. Te escribo y quedamos para hablar de todo esto.

—Claro, sin problemas —contestó Chiara.

—Mickey, acompaña a Chiara hasta su coche. Yo te espero aquí. —Nana abrió la puerta del automóvil y, antes de entrar, guiñó un ojo a su hermano.

—Me cae bien —dijo Chiara, caminando hacia su vehículo.

—Es única.

Cuando llegaron al lado del Mercedes, que conducía ella, Miguel clavó su mirada en los ojos de ella, y se acercó despacio.

Un olor suave pero intenso, le inundó las fosas nasales antes de cerrar los ojos y atrapar entre sus labios la cálida boca de Chiara.

Sus labios respondieron con la misma intensidad y ambos sintieron cómo se deshacían el uno con el otro.

La maravillosa sensación de estremecimiento los acompañó mientras sus labios se devoraban con intensidad; mientras se deleitaban con su sabor.

Cuando pusieron fin al beso, la respiración de ambos estaba agitada y ella se mordió los labios, que permanecían hinchados.

Miguel acarició el contorno de su rostro, y sonrió.

—Espero que no nos deshereden —bromeó.

—Ten por seguro que lo harán.

—Pues entonces, mejor no les decimos nada.

—No, por ahora no.

Miguel volvió a acercarse y le dio un suave beso.

—Te escribo luego.

Chiara asintió y, antes de meterse en el coche, le dio otro beso.

Cuando ella puso el vehículo en marcha, Miguel caminó de vuelta al suyo, donde estaba Nana.

—¿Qué tal?

—Muy bien.

—Me alegro.

Los hermanos sonrieron y emprendieron el camino de regreso a casa.

A lo lejos divisaron el coche de Chiara, quien pensaba en cómo se tomaría su abuela semejante deshonra hacia la familia, tras lo ocurrido, pero, por otra parte, también pensaba en que a esta le había gustado Fernando, de joven.

Tal vez no hiciera caso a su padre y hubiera seguido viéndolo, a pesar de tenerlo prohibido.

En todo caso, la respuesta estaba en el diario que tenía escondido en su habitación.

Al llegar a la bifurcación de los terrenos, giró a la izquierda y se adentró por los viñedos Alcázar; los viñedos más antiguos de la región.

Capítulo 4

«Adoro, la calle en que nos vimos.
La noche, cuando nos conocimos.
Adoro, las cosas que me dices,
nuestros ratos felices.
Los adoro, vida mía».

Adoro,
Armando Manzanero

La habitación de Nana estaba saliendo por el pasillo a la derecha, llamó con suavidad, y abrió antes de que esta contestara.

Su hermana dejó de mirar la pantalla del móvil y sonrió al ver que se trataba de su hermano.

—Pasa —le dijo, dejando el teléfono bloqueado a un lado.

Miguel entró, cerró la puerta y se sentó en la cama junto a ella.

—¿Qué haces? —le preguntó. No por curiosidad, sino por hablar de algo.

—Estaba mirando Instagram. ¿Has hablado con ella?

Su hermano asintió.

—Sí, le he escrito esta tarde, y hemos estado hablando un rato.

—¿Te ha dicho algo sobre el tema?

—No, no hemos hablado de eso. Para ese tema es mejor que estemos los tres, pero tengo la sensación de que nos va a parecer una chorrada.

—¿Más de lo que ya nos parece?

Nana y Miguel se encogieron de hombros.

Desde pequeños, siempre les habían dicho que la enemistad venía de lejos, y que tenían que respetar la voluntad de su abuelo. Cada vez que preguntaban, él evadía el tema y ponía excusas tontas, para no mencionar a la familia Alcázar.

Poco a poco, esa guerra que mantenían las familias se volvió una costumbre, hasta que ellos simplemente dejaron de preguntar, y comprendieron que la posibilidad de una supuesta tregua era cada vez más imposible.

Los dos sabían cómo reaccionaría su abuelo ante la posibilidad de decirle que mantenían contacto con la nieta de la dueña de los viñedos vecinos, y que Miguel empezaba a sentir algo por ella.

No tenían claro si alguna vez se lo contarían, pero ambos entendían que jugaban con fuego y que, si no tenían cuidado, se quemarían sin remedio alguno.

Además, tampoco les gustaba demasiado tener ese secreto con su abuelo. Siempre habían tenido la bastante confianza con él para hablar de todo, y no contarle que Chiara empezaba a formar parte de

sus vidas iba a ser difícil para ellos.

—¿Sabes qué mamá, papá y el abuelo se marchan de viaje el fin de semana?

—Sí, tienen una reunión vinícola. —Nana se quedó en silencio unos segundos—. Puedes decirle a Chiara que venga. La casa va a estar vacía, y podemos hablar sin problemas.

Miguel pensó en la idea unos instantes y finalmente sonrió.

—Sí, me parece una gran idea. Aquí estaremos más cómodos, y podremos hablar de todo.

Nana dio un suave toque de cariño en la pierna a su hermano y ladeó la cabeza.

—¿Cómo crees que serán esas reuniones? Es decir, los Alcázar también deben ir.

—Supongo que se comportarán con educación, pero no se saludarán ni se mirarán a la cara. Además, tampoco creo que les sienten juntos ni que nadie pregunte sobre el tema. De sobra es conocida la enemistad de las familias, e igual que para nosotros es costumbre, para todos los empresarios vinícolas también lo será.

—Pues qué quieres que te diga, pero me parece lo más tonto del mundo. En qué cabeza cabe que hasta los empresarios vinícolas de la región acepten que la guerra existe, y sea un tema tabú.

Miguel negó con la cabeza, porque no había respuestas. Solo tenían conjeturas.

—No lo sé, renacuaja. Puede que los Alcázar, al ser los viñedos más antiguos, se hayan ganado el respeto de alguna manera. Además, ya sabes cómo es el abuelo. Seguro que él también habrá hecho su parte. Puede que nosotros no tengamos tantos años dedicados al vino, pero nuestra producción y ganancias no tienen nada que envidiar a la de ellos.

—Lo sé, pero no deja de ser ridículo —sentenció Nana.

—Poco podemos hacer, salvo ir con cuidado de que el abuelo no se entere de lo que está pasando.

—En algún momento se tendrá que enterar.

—Sí, pero cuando las cosas estén encarriladas y sepamos algo más. Si se entera ahora, es capaz de mover cielo y tierra para que no volvamos a hablar con Chiara, y tú sabes, mejor que nadie, que es capaz de todo.

Nana asintió.

Su abuelo era todo un carácter. Un hombre con las ideas claras y el sentido del honor muy arraigado. También era un hombre tierno y cariñoso. Siempre se había desvivido por su hija y por sus nietos, pero eso no quitaba que en las cuestiones familiares siempre tuviera la última palabra. Había levantado de la nada una empresa que, hoy en día, era puntera en el sector vinícola. Había trabajado y dedicado su

vida a esos viñedos, aunque no era todo lo que tenía, y sabía que, mientras él viviera, era su responsabilidad permanecer en ellos. Aunque su hija y su yerno estaban haciendo un trabajo maravilloso en la empresa familiar.

—¿Te gusta de verdad?

Miguel miró a su hermana y se acomodó en la cama.

—Sí, lo poco que he hablado con ella ha sido suficiente. Me parece inteligente y divertida. Puedes hablar con ella de todo, y me atrae de una forma que antes no me había ocurrido. Es extraño, pero desde el primer momento en que la vi en la plaza, sentí algo extraño. Sé que puede parecer una locura, pero…

—Te entiendo —le cortó Nana, sabiendo a qué se refería—. A veces pasa. Hay veces que ciertas personas desbaratan nuestro mundo y lo ponen patas arriba de alguna manera. Para bien o para mal, todavía no lo sabes, Chiara ha entrado como un rayo en tu vida, de la misma forma que tú has entrado en la de ella. Puede que salga bien o que no salga, pero es un hecho que los dos habéis sentido una conexión enorme nada más conoceros.

Miguel observó el perfil de su hermana y se incorporó.

—¿Cuándo te has hecho tan mayor?

Nana sonrió y ladeó la cabeza divertida, para mirar mejor a su hermano.

—Mickey, no me he hecho mayor. Solo sé explicar las cosas.

—Pues las explicas muy bien.

—Porque soy elocuente. —Nana hizo un gesto de modestia y provocó la risa de su hermano—. Dame el número de Chiara. La voy a invitar a venir a casa el viernes por la noche, ¿te parece?

—¿La vas a invitar tú? —preguntó Miguel, sacando el teléfono del bolsillo del pantalón.

—Claro. Mickey, esa chica puede que resulte ser mi cuñada en un futuro, y es justo que yo también pueda hablar con ella.

Su hermano le dio el móvil, mientras soltaba una carcajada.

Nana nunca dejaría de sorprenderlo, y eso era una de las cosas que más le gustaba de ella. Siempre podría esperar cualquier cosa y nunca acertaría con la opción que elegiría su hermana pequeña.

14 de mayo de 1963

Papá me ha dicho que no puedo hablar más con Fernando, que deje mi amistad con él, porque no es buena persona. No es trigo limpio.

No sé lo que ha podido pasar porque, cuando le he preguntado a papá por qué no podemos seguir siendo amigos, no me ha dicho

nada. Solo ha repetido que no quiere verme con él y que, si se entera de que seguimos hablando, habrá represalias.

Cuando se lo he dicho a Adela, esta me ha contestado con su típica frase de «te lo dije», pero ¡qué sabrá ella! ¡Qué sabrán todos! Fernando es un caballero. No haría nada que pudiera hacerme daño. No entiendo la conducta repentina de papá.

Hace dos días, cuando lo vi y le pregunté acerca del negocio, me dijo que tenía varias opciones. Estaba barajando las posibilidades, pero que aún tenía que hablar con el dueño que le iba a vender unas tierras.

Por lo visto, tenían que llegar a un acuerdo para la venta, negociar el precio.

Yo se lo conté a papá, cuando me preguntó por él, porque quería saber cómo iba el asunto con mi amigo, y esta mañana, de pronto, me dice que me olvide de Fernando, porque no puedo ser su amiga.

Estoy segura de que hay algo más. Tiene que haberlo porque, si no, papá no habría reaccionado de esa manera tan impropia en él. No es normal en papá ser tan brusco y radical. Además, gritaba, y estaba muy enfadado. Papá, por norma general, habla las cosas con calma.

Al comentárselo a Adela, la muy tonta me ha dicho, que los padres tienen motivos para reaccionar de esa manera, y que esos motivos a las hijas ni nos incumben ni nos interesan; que si papá me ha dicho que me olvide de Fernando, es lo que tengo que hacer, sin ponerle pegas, sin preguntar y sin rechistar.

¡Como si fuera una enclava! Que su padre nunca le cuente las cosas y la tenga en palmitas, como si fuera boba y solo valiera para acatar órdenes, no significa que todos los padres sean iguales.

Papá nunca ha sido así.

Papá siempre da un motivo a cada cosa que hace; comparte conmigo y con mamá sus asuntos. Por eso, esta reacción de gritar y

no decir la razón, me resulta extraña. Estoy convencida de que hay algo más, y pienso averiguar de qué se trata, aunque para ello tenga que desobedecer a papá y hablar con Fernando, otra vez.

Iba a continuar leyendo la siguiente entrada del diario, cuando su móvil empezó a vibrar, al tiempo que en la pantalla aparecía el nombre de Cris con su foto.

—¡Buenas noches! —exclamó cuando contestó la llamada.

—¡Hola! Perdona, he tenido una tarde de locos, mi hermana y su disfraz.

—No pasa nada. ¿Qué tal te ha ido con David esta mañana?

—Muy bien, pero no me quieras guiar por otro camino, que me tienes que contar qué ha pasado con Miguel.

—Pues, chica, que besa muy bien.

Cris pegó un gritito y Chiara sonrió ante el ímpetu de su mejor amiga.

—¡Chiara, nena! ¡Qué bien!

—Sí, lo sé. Me gusta de verdad.

—¿Y a quién no? —preguntó Cris con sarcasmo.

—¡Oye! Qué tú ya tienes a David, que tampoco está nada mal, por cierto —le contestó, siguiéndole el juego.

—Lo sé, chica, y no veas cómo besa… En fin, que me alegro mucho por ti, y que es normal que te guste. No solo porque es un chico muy guapo, sino porque es inteligente y supone lo prohibido.

—Madre mía, Cris, qué dramática eres —dijo Chiara riendo, por las palabras de su mejor amiga.

—¡Pero es cierto! —exclamó—. Cuando tu abuela se entere de lo que te traes entre manos, te cuelga del palo mayor, y de ahí no te baja hasta que claudiques, y pidas perdón. Conociéndote, tú no vas a hacerlo, porque menuda eres. Pero, lo peor no es eso. Lo peor es que mucho me temo que el otro es igual que tú. Ya verás como al final conseguiréis un escándalo en el pueblo. Que no me parece mal que haya un poco de vidilla, chica, porque últimamente no pasa nada.

Chiara rio ante la verborrea de su mejor amiga y pensó que siempre sería tremenda, y que, con seguridad, eso a David le encantaba, del mismo modo que le gustaba ella.

—Cris, no va a pasar nada. Estoy segura de que controlaremos la situación y no dejaremos que la sangre llegue al río. Además, todavía es pronto. No sabemos lo que va a pasar.

—Yo sí lo sé —contestó Cris.

—Ah…, ¿sí? ¿Ahora eres adivina?

—Llámalo pálpito, intuición o sexto sentido, pero ya te digo yo que acabarás contándole a tu abuela que eres la traidora mayor del reino Alcázar.

—Cris, te has equivocado de carrera. Tu camino es la escritura y no la medicina.

—Calla, calla…, que mi imaginación no da para tanto. Además, no podría faltar el respeto de esa manera a los grandes autores. Créeme, la medicina es la mejor opción.

Chiara asintió, porque estaba segura de que Cris sería una gran cirujana.

—Bueno, chica guapa, te dejo. Voy a seguir leyendo.

—El diario de tu abuela, ¿no?

—Sí, y no empieces.

—Ni empiezo ni acabo, pero acuérdate de esta conversación.

—Te lo prometo.

—Hasta mañana. Te quiero.

—Y yo a ti, hasta mañana.

Chiara colgó la llamada y dejó el móvil a un lado. Volvió a abrir el diario, por la página donde lo había dejado, cuando el iPhone emitió una leve vibración.

El mensaje de Nana, diciéndole que si cenaban el viernes, no le sorprendió. Lo que llamó su atención fue el lugar que la hermana pequeña de Miguel había escogido.

Después de confirmar que le parecía bien, contempló la pantalla encendida y se dio cuenta de que sería la primera vez que tomaría ese camino, para conocer los viñedos Moraleda.

Con las ganas instauradas en su cuerpo, abrió el diario y siguió leyendo.

15 de mayo de 1963

¡Un lío absurdo con las tierras! Ese es el problema.

Las tierras que papá quería comprar al señor Anselmo, al final se las ha vendido a Fernando, y papá se ha enfadado con los dos.

Ha venido a casa diciendo que Anselmo no tiene palabra y que Fernando no es más que un sinvergüenza, un niñato sin escrúpulos.

Papá se ha enfrentado a él y ha aparecido en casa echando chispas. Nunca había visto a papá tan enfadado.

Sin embargo, Fernando está muy tranquilo. Me ha dicho que papá solo tenía un acuerdo de palabra con Anselmo y que este, al final,

se las ha vendido a él, porque le ha ofrecido más dinero.

En parte, tienen razón los dos.

Un acuerdo verbal debería tomarse más en serio, pero, si se anda mal de dinero, y es por el bien de la familia, vender a mayor precio también es un asunto para tener en cuenta.

La verdad, es que no me puedo posicionar.

Sé que debería posicionarme del lado de papá, pero Fernando… No lo puedo evitar. Cuando me mira y me sonríe de esa manera, me falla todo, me pongo nerviosa, me tiemblan las piernas… No sé qué me pasa. Lo peor, o lo mejor es cuando me roza, porque siento que el mundo se desmorona a mi alrededor, y solo estamos él y yo.

Eso tiene que ser amor.

Pero no puedo verlo.

Si papá se entera de que le sigo viendo, a pesar de que me amenazó con castigarme, el castigo va a ser mayor. Papá se va a enfadar muchísimo, pero no lo puedo evitar, porque Fernando saca lo mejor de mí. Me hace reír, me hace disfrutar, y no siento que el tiempo pasa sin más, porque me enseña cosas nuevas, y creo que es perfecto para mí.

Si papá leyera esto, se moriría del disgusto…

No se puede enterar de que veo a Fernando, y de que me gusta.

No puede saberlo.

El castigo que me pueda imponer es lo de menos, es porque no quiero decepcionarlo.

La única que se lo puede contar es Adela. Ella sabe que lo veo, que me gusta y, aunque sigue advirtiéndome de que no me conviene y que Fernando no es trigo limpio, no lo conoce. No ha intercambiado más que cuatro palabras con él. Dice que algo dentro de ella le grita que algo va a pasar…

¿Cómo va a ser eso posible?

Adela es como toda la gente del pueblo: primero desconfía, mira

con recelo, y hasta que no le demuestran que es buena gente, y que se pueden confiar en ellos, no cambia de pensamiento.

¡Tampoco deja que Fernando se lo demuestre! ¿Cómo va a confiar en él? ¿Cómo va a dejar de pensar que tiene algo malo? Adela también dice que, a su padre, tampoco le provoca una buena sensación, pero el señor Agustín es peor que su hija. Ese sí que desconfía de todo el mundo. Tiene una mirada fría y un semblante muy serio. Cuando lo conocí, siendo pequeña, le llamaba el ogro, porque siempre está enfadado y te mira de soslayo. Sin embargo, con papá se lleva bien, pero papá se lleva bien con todo el mundo. Él dice que hay que tener amigos hasta en el infierno y que, aunque el señor Agustín sea un desconfiado y un incrédulo hombre de campo, hay que llevarse bien con él, porque tiene muchas cosas que ofrecer.

Papá no para de insultar a Fernando. Dice que le ha fallado su intuición, y eso le disgusta mucho más, pero yo estoy convencida de que él no es como papá cree. Fernando solo quería esas tierras y ha convencido a Anselmo, ¿por qué tiene que ser un bárbaro por el simple hecho de saber negociar mejor que papá?

En vista de los problemas que se presentaban con las tierras, papá tenía que haber jugado mejor sus cartas, haber pujado más por ellas, en vez de confiar en la palabra de Anselmo. Ese es el fallo de papá, que piensa que todo el mundo es igual que él.

Mamá está segura de que, después de esta decepción, él ha aprendido la lección.

Espero que sí, porque no me gusta ver a papá enfadado, soltando improperios que jamás le había escuchado.

Por eso rezo, para que no se entere de que Fernando es una debilidad que no puedo dejar de frecuentar.

—¿Qué te parece esta? —preguntó Helena a su hija, mostrándole la blusa.

—Me gusta más la verde. Te queda mejor.

Helena colgó la blusa azul en el vestidor y cogió la verde. La dobló con cuidado y la metió en la pequeña maleta de viaje.

—¿Vas a ver a Cris este finde?

—Sí, he quedado con ella para cenar esta noche —mintió Chiara.

—¿Dónde vais a ir?

—Ni idea, pero seguro que acabamos en el restaurante italiano.

Helena sonrió, sabía que ese restaurante era el favorito de las dos, desde que lo abrieron.

—Pues si vais, prueba los rigatoni al limón.

Chiara asintió y cambió de tema. No le hacía ninguna gracia mentir a su madre, pero necesitaba un poco más de tiempo para contarle todo lo que estaba pasando. No le iba a hablar de Miguel y Nana sin estar segura de que realmente la cosa era importante.

—¿Cuándo volvéis?

—El domingo por la tarde. Tu padre tiene una reunión por la mañana.

—Pasadlo bien —dijo con ironía a su madre, dándole los zapatos negros de tacón.

—Las reuniones vinícolas son entretenidas, lo creas o no.

—Ya te lo diré cuando vaya a alguna.

—No te queda mucho para empezar a ir —comentó Helena, metiendo los zapatos en la funda, y colocándolos en la maleta.

—¿La abuela dejará que vaya?

Helena miró extraña a su hija.

—¿Por qué no iba a dejar que fueras?

—Porque conoceré a la familia Moraleda.

Chiara sondeó a su madre para ver cómo reaccionaba, pero Helena ni se inmutó. Parecía que a ella le daba igual ese tema.

—No va a tener más remedio. Vas a llevar los papeles y la parte legal de la empresa; vas a tener que asistir a las reuniones. No puede mantenerte al margen solo porque ella tenga problemas. No lo hizo con tu padre, y no lo hará contigo. —Helena se sentó en el mullido banco que había en el vestidor y contempló la preciosa cara de su hija —. Sé que te parece una chorrada la guerra que mantenemos, yo soy la primera que te da la razón, pero te aseguro que no puedes hacer nada. Tu abuela es muy tajante al respecto. Si no, pregúntale a tu padre.

—¿Que me pregunte el qué? —dijo Mateo, entrando en el vestidor.

—Lo que opina tu madre sobre que hablemos con los Moraleda.

—Mejor no intentes hacerla entrar en razón. Es capaz de formar un escándalo en mitad de la reunión. La primera vez que lo intenté, me

dijo que, como se me ocurriera, me sacaba del testamento y se lo dejaba todo a la tía Ana.

—En resumen, que a todos nos parece una chorrada la enemistad, y no podemos hacer nada porque doña Clara Alcázar es más terca que una mula.

Helena y Mateo asintieron.

—Justamente eso, Coco.

Chiara sonrió ante el apelativo cariñoso de su padre y negó con la cabeza.

—Pues la primera vez que vaya a las reuniones espero que me alertéis de quiénes son, para no meter la pata.

—Tranquila, todo irá muy bien. Seguro —dijo Helena levantándose, y terminando de hacer la maleta.

Chiara salió del vestidor de sus padres y se fue a su dormitorio. Salió a la terraza y respiró el aire de la tarde. Se iba a quedar una noche estupenda y seguro que iba a disfrutar con la cena en casa de Miguel y Nana.

Solo esperaba que, de todo aquello, saliera algo bueno. No sabía cómo lo iban a conseguir, pero tenían que intentarlo. No solo por el bien de lo que pudiera pasar con Miguel, sino también por el bien de las familias. Con los viticultores unidos, siempre sería una mejor forma de hacer las cosas que estando en desacuerdo continuo.

—Chiara, cariño, me preguntaba si me puedes dejar la cartera burdeos. Me quiero poner el vestido negro y me gustaría darle un toque de color.

Su abuela entró en la habitación y esperó a que ella saliera de la terraza.

—Claro, abuela.

Chiara entró en su vestidor y cogió la cartera que le había dicho su abuela. La metió en una funda y se la dio.

—Gracias, tesoro.

—Abuela, ponte también el collar de perlas. El largo. Al estilo Coco Chanel.

Clara sonrió y le dio un beso a su nieta.

—Buena idea.

Cuando los tres estuvieron listos, Mateo bajó al garaje y salió a la entrada conduciendo un Porsche Cayenne.

—Pasa buen finde, cariño. Nos vemos el domingo.

—Si necesitas cualquier cosa, nos llamas.

Chiara dio dos besos a su madre y a su abuela, y dejó que se montaran en el coche.

Rodeó el vehículo, y metió la cabeza por la ventanilla del conductor.

—Buen finde, papi. Conduce con cuidado y llama cuando hayáis

llegado.

—De acuerdo, Coco. Pásalo bien.

Mateo dio un beso a su hija y arrancó, cuando su mujer y su madre estuvieron listas.

Chiara vio el coche alejarse, y sacó el móvil para comprobar la hora.

Entró en la casa y empezó a arreglarse.

Eligió un vestido rojo de tirantes y unas sandalias negras, con un poquito de tacón. Se dejó el pelo suelto y no se pintó los labios. Solo se puso rímel y color en las mejillas.

Cuando estuvo lista, cogió el coche y salió de los terrenos que ocupaban los viñedos Alcázar.

Al llegar a la bifurcación de los caminos, giró y dejó atrás el cartel que anunciaba que estaba entrando en los viñedos Moraleda.

Capítulo 5

«Procuro olvidarte,
siguiendo la ruta de un pájaro herido.
Procuro alejarme,
de aquellos lugares donde nos quisimos.
Me enredo en amores,
sin ganas ni fuerzas por ver si te olvido.
Y llega la noche y de nuevo comprendo
que te necesito».

Procuro olvidarte,
Manuel Alejandro

La entrada a la finca de los viñedos vecinos era muy parecida a la de Chiara. Las vides ocupaban gran parte de los terrenos y al fondo de ese enorme espacio se levantaba la casa familiar. Era una mansión de dos plantas, de estilo rústico.

Salió del coche, que aparcó a la derecha para no estorbar en la entrada, y Nana apareció enseguida para recibirla.

—¡Hola! —exclamó, acercándose a ella.

Chiara le dio dos besos.

—Qué bonito —dijo mirando todo a su alrededor.

—¿Se parecen? —preguntó Nana, dejando que entrara ella primero en la casa.

—La distribución de los terrenos, sí, pero las casas son muy distintas.

—¿Cómo es tu casa?

—Es una mansión de tres plantas, construida en piedra blanca y tejado negro.

—Muy distinta —dijo Miguel, aproximándose a ella, para darle un suave beso en los labios.

—Vamos, pasa. La cena está casi lista.

Ambos hermanos guiaron a Chiara hacia el porche y le sirvieron una copa de vino.

—Otra cosa que añadir a la lista de traiciones —dijo Chiara, señalando la copa de vino.

—Empieza a ser una lista larga —comentó Miguel.

—Repasemos. —Chiara entornó los ojos, haciendo memoria, y empezó a enumerar—. Hablar con un Moraleda… Mejor dicho, con dos; cruzar el camino y pisar los terrenos enemigos; probar el vino, y lo que provocaría que mi abuela se muriera, si lo supiera, besar a un Moraleda. Un poco más y me destierran.

Nana y Miguel rieron.

—Pero pensemos en lo importante, ¿merece la pena? —preguntó

Nana.

Chiara se llevó la copa de vino a los labios y saboreó el líquido burdeos.

—Fuerte en paladar, con regusto afrutado, tiene cuerpo y el aroma… roble, con ciertas notas a frambuesa.

Nana sonrió. Estaba claro que su abuela la había enseñado bien. Clavó su mirada azulada en la joven y bromeó.

—No hablaba del vino, me refería a los besos de mi hermano.

Chiara soltó una pequeña risita y miró de reojo a Miguel.

—Bueno…, están bastante bien, pero no son superiores a la media.

—¿Perdona? Mis besos están muy por encima de la media —contestó Miguel, fingiendo indignación.

—Puede que necesite volver a comprobarlo.

Este sonrió y le guiñó un ojo.

—No, ahora en serio. Sabéis hacer vino.

—Seguro que los vinos Alcázar son también increíbles —dijo Nana.

—La uva es parecida, pero hay diferencia —comentó Chiara—. Espero que algún día os pueda devolver el favor.

—Esperemos que sí, y que las cosas tengan algún tipo de solución. —Miguel ladeó la cabeza y pasó su brazo por la cintura de Chiara.

Cuando la cena estuvo lista y servida, se sentaron a la mesa.

—Entonces, ¿qué sabes sobre la disputa? —preguntó Nana, sin dar rodeos a la conversación.

—Pues, por lo visto, mi bisabuelo quería comprar vuestros terrenos. Tenía un acuerdo verbal con el anterior propietario, y estaba seguro de que ese hombre lo respetaría. Al parecer, vuestro abuelo le ofreció más dinero y él decidió vendérselas. Cuando el padre de mi abuela se enteró, se enfrentó a ambos, y lo único que sacó fue la enemistad con el anterior propietario, y una disputa con vuestra familia. Prohibió a mi abuela y a su mujer mencionar siquiera vuestro apellido, y pidió que respetaran el honor de la familia.

—¿Es en serio? ¿La venta de los terrenos? —Nana dejó el tenedor sobre el plato—. ¡Menuda estupidez!

—Lo sé. Más absurdo no puede ser, pero por lo visto, para mi bisabuelo, fue una falta de respeto terrible. Consideraban que no eran hombres ni de palabra ni de honor, y eso fue a misa.

Miguel cortó la carne y, antes de probarla, comentó:

—Y tanto, porque la tontería dura hasta día de hoy.

—¿Vosotros no sabíais nada? —se interesó Chiara.

—Cada vez que hemos preguntado, el abuelo evita el tema. Evade las preguntas y pide que respetemos las cosas —le contestó Nana.

—Pues como mi abuela. Siempre ha evitado hablar sobre ello, pero el otro día no tuvo más remedio. Sabía que no me iría sin respuestas.

—¿Y a qué se debe el cambio para tu insistencia? —preguntó

Miguel.

Chiara dejó la copa de vino con cuidado y respiró hondo.

—Buscando unas cosas en el desván, encontré el diario de mi abuela. Es de 1963. Ella tenía diecisiete años y escribe sobre el tema de la disputa. También habla sobre vuestro abuelo, y lo que sentía por él.

—Perdona, ¿qué? —Nana casi se atragantó con el vino al escuchar esas palabras de Chiara.

Esta asintió.

—Mi abuela conoció a vuestro abuelo cuando él llegó a Ábalos, y se fijó en él enseguida. Habla de lo que sentía cuando estaban juntos, de lo que le gustaba…

—¿Salieron juntos? —preguntó Miguel alucinado.

—Eso no lo sé. No he terminado de leer el diario, pero, si lo hicieron, seguro que escribió sobre ello.

—Entonces, desobedeció a su padre.

Chiara miró a Nana.

—Lo hizo. Siguió hablando con él y viéndole, a pesar del castigo que su padre pudiera imponerle. Le dio igual. Lo que sentía por Fernando era más fuerte.

—Es acojonante —suelta Miguel.

—¡Joder! ¡Qué puede que nuestros abuelos tuvieran un lío! Tienes que seguir leyendo el diario y contárnoslo.

—Ese es el plan. Según vaya descubriendo cosas, os iré informaré.

Después de cenar, Nana sugirió que se dieran un baño. Le prestó un bikini a Chiara y, mientras ambas se bañaban, Miguel hablaba con un compañero de la universidad.

Chiara contempló a Miguel en la distancia y decidió sacar el tema.

—¿Desde cuándo te gusta Berto? —preguntó sin rodeos.

Nana la miró sorprendida y cogió aire con lentitud.

—No lo recuerdo. ¿Desde siempre? —dijo, preguntándose a sí misma.

Chiara apoyó la espalda en la pared de la piscina y sonrió.

—A él también le gustas.

—¿Cómo lo sabes?

—Soy muy observadora y el otro día, tomando el aperitivo, pude ver que detrás de vuestra broma, había verdad.

—Eres la única que lo piensa.

—Con seguridad, sea porque no os conozco tan bien. El hecho de verlo desde fuera hace que sea capaz de percatarme de más cosas que los demás.

Nana se acercó a ella nadando y apoyó su espalda también en la pared de la piscina.

—¿Y qué hago?

—¿Por qué no hablas con él?

—¿Y si meto la pata y él no siente lo mismo, aunque tú creas que sí?

Chiara sopesó las opciones que quedaban.

—¿Quieres que hable yo con él? Puedo sondearle y, según lo que me diga, tomas tú la decisión.

—No sé si merece la pena, Chiara. Me voy a finales de agosto— dijo Nana suspirando.

—¿Y qué? ¿En serio te vas a negar la posibilidad de pasar un verano maravilloso por la simple tontería de que te vas? Nana, disfruta, aprovecha el tiempo que te queda aquí, y después ya se verá. No puedes dejar de hacer cosas simplemente por miedo o por comodidad. Eso no es una opción.

Nana contempló los ojos verdes de Chiara, y sonrió.

—Habla con él, y, depende de lo que diga, así hacemos.

Chiara asintió y en ese momento Miguel se tiró de cabeza a la piscina.

Se acercó a ellas nadando.

—¿Qué tal Jack? —preguntó Nana a su hermano.

—Bien, como siempre. Ahora está con un proyecto para la conservación de un edificio histórico.

Su hermana pequeña asintió y salió del agua, dejándolos solos. Entendía que ya era hora de subir a su habitación, y dejarlos solos.

—Que paséis buena noche —dijo sin más.

No hacía falta poner excusas ni alargar la situación.

Cogió la toalla que había dejado en una de las tumbonas cercanas y se envolvió con ella. Se puso las chanclas y desapareció por el interior de la casa.

—Me gusta. Es una chica especial —dijo Chiara.

—Lo sé. La voy a echar mucho de menos.

Chiara sonrió; le encantaba la relación que tenían los hermanos.

—Siempre puedes esperar ansioso las vacaciones.

—No me va a quedar otra.

Miguel salvó la distancia que había entre ellos y rodeó el cuerpo mojado de Chiara. Se inclinó levemente y la besó, como llevaba esperando hacerlo toda la noche.

La boca de Chiara sabía a vino y recibió a Miguel con las mismas ganas.

Mientras se saboreaban, él volvió a apoyar la espalda de la chica en la pared de la piscina, atrapándola contra su cuerpo. Las piernas de Chiara se elevaron, rodeando su cintura, y ambos se perdieron.

Él, con habilidad, desabrochó las cintas que sujetaban el bikini a la espalda femenina, y elevó con suavidad el cuerpo de Chiara, dejando que el aire de la noche estremeciera su piel. La sujetó con fuerza, y

saboreó la delicada cima rosada, que se endureció al contacto del calor que emanaba la peligrosa boca masculina. Mordió con cuidado, y succionó hasta que escuchó el pequeño jadeo femenino.

Mientras Miguel se deleitaba con el otro pecho de Chiara, sus dedos fueron bajando, recorriendo su cuerpo, hasta llegar al centro del deseo. Lo acarició con cuidado, hasta que la espalda de Chiara se arqueó en señal de placer, y finalmente aupó el cuerpo femenino, hasta sacarlo fuera del agua.

Dejó que Chiara se tumbara en el borde de la piscina, y él terminó de desnudarla.

Pasó las largas y suaves piernas por sus hombros, y cuando Chiara sintió el calor del aliento en el punto exacto, jadeó, sucumbiendo a las llamas.

Una espiral de placer incontrolable se apoderó de su cuerpo, hasta que este estalló haciendo que temblara de deseo.

Los rayos del sol se colaron por las persianas de la habitación y poco a poco fueron despertando a Miguel.

Cuando abrió los ojos, contempló el cuerpo desnudo que dormía plácidamente a su lado y sonrió.

Chiara estaba enredada en las sábanas de su cama y su pelo se extendía por la almohada.

Miguel se acercó más a ella y fue despertándola con ligeros besos.

—Buenos días —dijo Chiara.

—Buenos días. ¿Has dormido bien?

Chiara asintió, estirándose en la cama, y acarició el mentón de Miguel.

—No roncas, lo que está muy bien.

Él ladeó la cabeza, divertido, y regaló a Chiara otro beso de buenos días.

—¿Desayunamos?

Ella volvió a asentir, sonriendo, y se vistieron.

Cuando bajaron a la planta baja, Nana los esperaba para desayunar.

—¡Buenos días! —exclamó al verlos aparecer.

—Hola, renacuaja. —Miguel dio un beso en la cabeza a su hermana y se sentó a su lado.

Desayunaron tranquilos, hablando de los planes para el resto del fin de semana, y, cuando acabaron, Chiara se despidió de ellos.

Se subió al coche y dejó atrás los terrenos de la familia Moraleda.

Cruzó la bifurcación y cogió el sendero que daba paso a su casa. Contempló las vides y, a lo lejos, divisó la casa. Aparcó en el lado derecho, donde se encontraba el garaje, y subió a su habitación.

—Hola, Coco, ya hemos llegado. —Mateo alzó la voz en la entrada de la casa, para que su hija lo escuchara.

No habían terminado de dejar las bolsas para que el mayordomo las subiera, cuando ella ya bajaba las escaleras.

—¡Hola! ¿Qué tal ha ido? —preguntó, abrazando a su padre.

—Ha ido bien. Traemos una botella de las bodegas Balbuena. Este año, Carmen y Lucía tienen buena cosecha.

—Me alegro mucho. Podemos probarla cenando. Hace rato que escucho ruido en la cocina, así que la cena casi estará lista.

—En ese caso, vamos pasando al comedor —dijo Clara, saludando a su nieta.

—¿Qué tal el finde?

Chiara sonrió a su madre y arrugó la nariz con gracia.

—Ha ido muy bien, pero al final no fuimos al italiano. Así que, tengo pendientes los rigatoni al limón.

—Ya iréis. Es vuestro restaurante favorito —dijo Helena convencida.

Entraron en el comedor y observaron cómo Mateo abría la mencionada botella de vino.

Chiara desvió la mirada hacia su madre y se mordió el labio. No le gustaba mentirle. Siempre había evitado hacerlo, y, como siempre que lo hacía, se sentía culpable.

Quería contárselo. Si alguien iba a entenderla y a defender su postura, cuando su abuela se enterara, iba a ser ella, pero aún era pronto. Necesitaba un poquito más de tiempo para hablar con su madre y explicarle lo que estaba pasando. Necesitaba estar segura de que todo entre ellos iba a salir bien.

Cogió la copa que su padre le ofrecía y saboreó el líquido burdeos.

—Está estupendo —comentó.

—Desde luego, Carmen y Lucía están consiguiendo levantar esas vides y aquí tenemos la prueba.

Clara observó con detenimiento el color del vino y volvió a probarlo. Se alegraba por el matrimonio. Siempre se había llevado muy bien con ellas, y les había ayudado cuando compraron el pequeño viñedo Balbuena. Las vides estaban en las últimas, debido a la dejadez del anterior propietario, pero las ganas de Carmen y Lucía estaban dando sus frutos.

Se sentaron a la mesa y la conversación giró en torno a los planes de Chiara.

—Tengo muchas ganas de empezar a trabajar, pero quiero disfrutar del verano. Además, Cris y yo hemos hablado de hacer un viaje.

—¿Adónde? —preguntó Clara, llevándose una pequeña zanahoria a la boca.

—Aún no lo sabemos, pero estamos barajando Europa.

—Podéis ir a Grecia —sugirió Helena.

—O volver a París. Siempre lo habéis comentado —dijo Mateo, dejando el tenedor en el plato.

—Son buenas opciones. No sé, ya veremos. Aún queda mucho verano, aunque también he pensado que podía empezar a ponerme al día con los papeles, no de forma profunda, pero ya sabes, para ir adelantando de cara a septiembre.

—Como tu veas, Coco. No hay prisa. Acabas de volver, por lo que disfruta del verano, de los amigos…

—Y de la fiesta de Tito —comentó Clara.

—Tengo unasganas… No es verano, si Tito no hace su fiesta. ¿Vais a ir este año? —preguntó con curiosidad. Si sus padres iban, Miguel y ella tendrían que estar alerta.

—Aún no lo sabemos —dijo Helena, cogiendo la copa de vino—. Tu tía quiere que vayamos al balneario, como todos los años, y está tan liada, que una de las fechas propuestas es el fin de semana de la fiesta.

—Balneario o fiesta de Tito, yo sin duda elegiría el balneario.

—Porque no te gustan las fiestas, abuela —indicó Chiara sonriendo.

—No es que no me gusten, es que ya no tengo el cuerpo para tanta acción. Los planes tranquilos ya son lo mío.

—Qué exagerada eres, mamá. Tendrías que haberla visto el sábado, aguantó como una campeona la cena y las copas. —Mateo miró a su hija y después a su madre—. Tienes el cuerpo para las fiestas que te interesan.

—Mateo, los años me han otorgado la posibilidad de elegir. No quites mérito a la grandeza que eso significa.

—¿Grandeza? —preguntó Helena con cierto tono de gracia.

—Por supuesto, ¿qué piensas? ¿Qué ha sido fácil llegar a ello? No, cariño. Hay que trabajar y ganarse la posibilidad, ya que la vida no te lo pone fácil.

Chiara puso los ojos en blanco.

—Abuela, historias de dificultad a quien no te conozca.

—¿Así que esas tenemos? —preguntó mirando a su nieta—. Muy bien, señorita, ya hablaremos cuando seas un poco más mayor y lo entiendas.

Chiara sonrió a su abuela y se encogió de hombros.

Mateo negó divertido con la cabeza y Helena simplemente pensó que su suegra, de vez en cuando, se ponía demasiado dramática. Sabía que cada día ocultaba sus pensamientos y fingía no tener nostalgia. Se escondía bajo esa pose de mujer empresaria que, a pesar de su edad, no pensaba en la jubilación, y seguía al pie del cañón.

Helena intuía que había un motivo enorme detrás de tanto esfuerzo, pero no llegaba a alcanzar la razón correcta.

En ocasiones había pensado que Clara se refugiaba para no pensar en la falta que le hacía Cristóbal, en lo mucho que le echaba de menos, pero no había llorado demasiado su pérdida y tampoco llevó luto.

No es que a Helena le pareciera mal ese hecho. Solo le sorprendía, teniendo en cuenta a la generación a la que Clara pertenecía, pero esa opción ya la había descartado hacía tiempo. Ahora, intentaba entender los motivos por los que su suegra actuaba de esa manera, pero solo acertaba a preguntarse por qué llevó tan bien la marcha de Cristóbal.

Miguel caminó entre los viñedos, revisando el estado de todo, y, cuando llegó a las oficinas de las bodegas, saludó a todo el mundo.

Hacía seis años que no los veía.

Entró en el despacho y sintió que su vida empezaba.

La última vez que había estado allí, tenía dieciocho años y pensaba en todo lo que tenía que hacer para poder estar sentado en ese despacho. Pensaba en el futuro, en cómo sería trabajar en aquel sitio y dejarse invadir por los números y las cuentas.

Ahora que ese futuro había llegado, respiró hondo, caminó hacia la mesa y se sentó mirando el despacho con nuevos ojos, comprobando lo que era ser un hombre de negocios, por primera vez.

—¿Qué? ¿Te gusta estar aquí? —pregunto Rafael en el quicio de la puerta.

—Me encanta, papá. Siempre he querido esto.

—Y has trabajado mucho para poder estar aquí. El despacho es tuyo. Te lo has ganado.

—Por fin —dijo Miguel alegre—. ¿Dónde está la carpeta?

—En el primer cajón de la mesa. También lo tienes informatizado. Está todo preparado en el escritorio del ordenador.

—Cuando acabe, te aviso.

Rafael asintió y dijo antes de salir:

—De acuerdo. Estaré por aquí.

Miguel cogió los papeles de la carpeta del cajón y empezó a revisar los documentos. De vez en cuando, echaba un vistazo a la pantalla del ordenador, comprobando que las tablas coincidían, y volvía los papeles.

No llevaba ni diez minutos con ello, cuando se dio cuenta de que algo no encajaba.

Cogió el teléfono y marcó la extensión de su padre.

—¿Tan pronto has acabado?

—No, tan pronto he encontrado algo que no cuadra. ¿En el ordenador están las cuentas de otros años?

—Sí, están una carpeta que se llamaba contabilidad cerrada. Dentro de esa carpeta hay cuentas, balances, pedidos… Todo está ahí guardado, de diferentes años, aunque me resulta raro que encuentres algo que no encaja. Normalmente, las cuentas salen bien.

—No sé. Puede que sea una tontería, pero me gustaría comprobarlo —dijo Miguel, localizando la carpeta en el ordenador.

—Claro, hijo. Ese es tu trabajo.

Miguel abrió las subcarpetas que quería comprobar y empezó a revisar las cuentas de años anteriores.

Cuando llevaba media hora trabajando en ello, se dio cuenta que, desde la primera fecha que se habían informatizado las cuentas, había una cantidad de dinero que salía sin justificación aparente. Se desviaban tres mil euros a una cuenta bancaria sin datos. No ponía el nombre del beneficiario ni tampoco el concepto. Solo aparecían las transferencias.

Imprimió uno de los extractos y fue al despacho de su padre.

—Papá —saludó, llamando a la puerta abierta.

—Dime, ¿qué es?

—Pues al parecer, desde que todo está informatizado en el nuevo programa, se puede ver que desaparece una cantidad de dinero que se envía a una cuenta bancaria anónima.

Rafael se incorporó en la silla y miró preocupado a su hijo.

—¿Cuánto?

—Tres mil euros. — Miguel miró el papel que había impreso y se lo dio a su padre —¿No os habíais dado cuenta? Es mucho dinero, y desde hace mucho tiempo.

Rafael miró el papel y comprendió a qué se refería su hijo.

—La cuenta no es nacional.

—No, no lo es.

Ambos se miraron y Rafael abrió la carpeta en el ordenador. Echó un vistazo, y comprobó que su hijo tenía razón. Suspiró preocupado.

—¿Cómo es posible? —preguntó, intentando buscar una respuesta.

—No lo sé, pero la última es de hace dos días.

Su padre asintió y se quitó las gafas.

—Es imposible. Esta cuenta la repasé yo hace tres días y la archivé, lo que significa…

—Que un día después, alguien desvío los tres mil euros, cuando las cuentas ya estaban cerradas, y nadie las iba a tocar.

—Esto es muy gordo. Se trata de mucho dinero. Por no mencionar, que la persona que hace las transferencias sabe de contabilidad, y vuelve a cerrar el ejercicio después de desviar el dinero.

—¿Quién podrá ser?

—No lo sé, pero tenemos que averiguarlo.

Nana caminó por el jardín, cruzó los viñedos y entró en las oficinas, porque quería saludar a su hermano.

—Mickey —dijo entrando en el despacho—, ¿qué ocurre?

Miguel le contó a su hermana lo que había descubierto, y ella se sentó junto a él, para ayudarle a repasar todas las transferencias realizadas.

Este le pasó un montón de cuentas cerradas de otros años y Nana fue localizando lao traspasos, que correspondían al desvío de los tres mil euros.

—No falla. En el montón que yo tengo, las transferencias se realizan puntuales a finales de mes, una vez que las cuentas están cerradas, y después el ejercicio se cierra otra vez.

Miguel se quedó en silencio y miró a su hermana.

—Nana…, las… las transferencias se hacen desde 1968.

Su hermana se levantó de un salto y observó el primer movimiento de dinero que se realizó, y que su hermano había localizado en los antiguos papeles archivados.

—Son muchos años, Miguel.

—Sí, pero descarta a todos los empleados. El único que lleva tantos años en el negocio y que conoce el sistema de contabilidad es el abuelo.

—Miguel, no fastidies. ¿Cómo va a estar el abuelo robándose a sí mismo? Es absurdo.

—Lo sé, pero es el único. No hay nadie más.

—¿Quién lleva más tiempo además del abuelo? —preguntó Nana, pensando en la gente que trabajaba en las oficinas.

—El más antiguo que había era Gregorio Lazada y se jubiló el año pasado. Además, estaba en el proceso de etiquetado, en las máquinas. No pisaba las oficinas, así que dudo que supiera cómo funcionaba el sistema de contabilidad —contestó Miguel, revisando el archivo de empleados.

—No sabemos si siempre ha estado en las máquinas. Puede que antes estuviera en las oficinas… Es que no me lo creo. No puede ser cosa del abuelo.

—Podemos llamar a Gregorio y preguntarle —sugirió Miguel—, pero lo dudo. Seguramente, siempre ha estado en las bodegas, y no en las oficinas.

Nana asintió, preguntar a Gregorio era una opción, aunque su hermano tenía razón.

—¿Quién es el siguiente a Gregorio?

—El siguiente más antiguo… —Miguel echó un vistazo a la tabla—. Es Julián Almansa. Tiene sesenta y tres años, y trabaja en conservación y supervisión.

—Vamos, que tampoco tiene ni idea de balances y cuentas —dijo

Nana, sentándose abatida en la silla.

—Con sinceridad, lo dudo. Lo suyo es el vino, el proceso de elaboración, y no el rendimiento económico.

—¿No hay nadie más que lleve tantos años como para saber algo?

Miguel repasó la tabla de empleados y fue localizando a los más antiguos.

—María Teresa Núñez, prejubilación hace tres años con cincuenta y ocho. Pone que tuvo un accidente de coche y no pudo volver a mover la mano izquierda.

—María Teresa trabajaba como secretaria. ¿Te acuerdas de ella? —preguntó Nana.

Miguel asintió.

—Sí, la secretaria de publicidad, la que nos daba sugus de pequeños. —Miguel buscó al siguiente y torció los labios en una mueca de disgusto—. La siguiente es Violeta Santos.

—¿Violi? ¿La ayudante de dirección?

Nana se quedó en silencio y cogió aire.

—Sí, ella sí que puede saber cómo funciona el sistema. De hecho, creo que de vez en cuando ha ayudado a papá.

Miguel y Nana se miraron, se levantaron de golpe, y fueron al despacho de Violeta, dejando todos los papeles y las carpetas desperdigados por el despacho.

Cuando llegaron a la puerta, Violeta estaba sentada, llevaba unas gafas con montura roja, y se escondía tras la pantalla del ordenador.

A Nana y Miguel les dio una punzada en la boca del estómago, al pensar que Violi podía estar haciendo algo así. La tenían mucho cariño, al ser la empleada que estaba más cerca de su padre. La conocían bien y ninguno de los dos la veía capaz de hacer algo así, pero querían resolver cuanto antes el problema de las transferencias.

Antes de llamar a la puerta, los dos rogaron a Dios porque no fuera ella la responsable de aquella espantada de dinero.

—¿Violi?

Esta levantó la vista del ordenador y miró hacia la puerta.

—Chicos, ¿qué hacéis aquí? ¿No estaréis trabajando este verano?

—Solo nos ponemos al día. Sabemos que te queda media hora para marcharte a casa, pero nos gustaría hablar contigo de un asunto. ¿Te importaría? —preguntó Miguel.

—Pero si no es mucha molestia, Violi. Si no, ya mañana, o cuando puedas —dijo Nana.

—No, no… Para nada. —Violi se levantó, rodeó la mesa y fue hasta la puerta. Una vez allí, acarició a Nana el pelo—. Vamos a tomar un café y me habláis del asunto.

Fueron hasta la cocina de las oficinas y entraron.

Allí, los empleados siempre tenían café hecho y galletas.

Violi cogió tres tazas y sirvió café en ellas, puso un plato con galletas y lo dejó en la mesa que había en el centro de la cocina.

—Cuando empieces a trabajar aquí, tienes que traer tu taza. Esa es la de tu padre. —Violi sonrió a Miguel con cariño y señaló la taza de Rafael.

Miguel contempló el recipiente de cerámica y volvió a pedir a todos los santos que Violi no supiera nada.

—La traeré —señaló, sonriendo.

—¿De qué queríais hablar?

—Verás —empezó diciendo Miguel—, poniéndome al día para no empezar retrasado en septiembre, he comprobado que una vez cerradas las cuentas del mes, y después de ser archivadas, se hace una transferencia a una cuenta bancaria extranjera.

Miguel y Nana miraron a Violi con fijeza. Cuando comprobaron la cara de sorpresa de esta, respiraron aliviados, momentáneamente.

—¿Una transferencia? Pero… ¿cómo? A ver chicos, que me aclare y me sitúe: una vez que las cuentas han sido revisadas y archivadas por vuestro padre, alguien saca dinero. Hace una transferencia y vuelve a cerrar el ejercicio, como si lo hubiera hecho Rafael.

—Eso es —afirmó Nana.

—Pero… no puede ser. Quiero decir, que nadie tiene permiso para hacer eso salvo vuestro padre.

Nana y Miguel asintieron.

—Lo sabemos, pero papá no tenía ni idea de que eso estaba ocurriendo. Él revisa las cuentas una vez que llegan, comprueba que está todo bien y las da por buenas. Cierra el ejercicio y las archiva. Al mes siguiente, hace lo mismo, partiendo de la base.

Violi se quedó callada unos segundos.

—Nadie toca esos archivos una vez que Rafael los da por buenos. Nadie salvo él, que tiene permiso para realizar transferencias y operaciones.

—Lo sabemos, pero se ha quedado tan sorprendido como yo al ver las transferencias, y me ha pedido que las localizara todas. La primera es de 1968. Es mucho tiempo… Por eso, se nos ha ocurrido preguntarte a ti, por si sabías algo.

Violi negó con la cabeza antes de responder:

—No entiendo cómo puede salir ese dinero. Una vez que todo está en poder privado de Rafael, no hay más que hacer. Para todo se necesita la firma de él. El banco es lo primero que pide, además de las claves que solo tiene él.

—Pues alguien más las tiene —sentenció Miguel.

Un silencio se hizo entre los tres y finalmente fue Nana quien terminó con la conversación.

—Muchas gracias, Violi. Volveremos a hablar con papá, y

seguiremos tratando de averiguar.

—Siento no haber sido de utilidad. Espero que podamos resolverlo, son muchos años —dijo la secretaria, sopesando las posibilidades.

Miguel y Nana salieron de la cocina, dejando a Violi en silencio, mirando las tazas de café. Después, se levantó y comenzó a fregarlas.

—Ay…, Fernando, en los líos en los que me metes —dijo suspirando.

Dejó las tazas de café para que se fueran secando y se dirigió a su despacho. Descolgó el teléfono y esperó a que contestara la llamada.

—¿Qué pasa, Violi? —preguntó una voz al otro lado del teléfono.

—Miguel ha descubierto las transferencias. Nana y él han hablado con Rafael, y también conmigo.

—¿Qué les has dicho?

—Pues que no sé nada, que el único que puede realizar operaciones es Rafael, pero, como él tampoco sabe nada, pues lógicamente los niños no se van a quedar parados, y Rafael tampoco. Al fin y al cabo, son tres mil euros desde 1968.

Fernando cogió aire y cerró los ojos.

—Era de esperar que Miguel descubriera ese desvío de dinero, pero no pensé que fuera tan pronto. Creía que iba a tener más tiempo para pensar en algo.

—Fernando, es tu nieto. Ya sabes como es.

Las palabras de Violi consiguieron que el hombre asintiera, dándole la razón.

—Lo sé. Pensaré en algo.

—Date prisa. Estoy segura de que te lo van a comentar hoy mismo. No creo que ninguno de los tres quiera esperar a hablarlo.

—Muchas gracias, Violi.

—Hace muchos años que te lo prometí, Fernando.

Sin nada más que decir, ambos colgaron el teléfono.

Fernando se levantó, se acercó a la barandilla de la terraza y contempló el horizonte.

Su nieto había vuelto para quedarse y estaba claro que los años en Harvard habían dado sus frutos. A la primera de cambio había descubierto las transferencias que, con tanto cuidado, él había mantenido ocultas. No le gustaba mentir a su familia, pero esa fue la decisión que tomó en su día, y, por mucho que le costara, iba a tener que seguir haciéndolo.

Desvió su mirada a las oficinas y pensó que al menos a Nana todavía le quedaban algunos años antes de meterse de lleno en el negocio.

Sopesó las opciones que tenía para evitar la catástrofe y seguir manteniendo el secreto, y finalmente optó por la más sencilla.

En las cosas que parecen simples, es donde se ocultan las grandes

verdades.

Visualizó a lo lejos a su yerno y a sus nietos volver por los viñedos, y decidió bajar. Al fin y al cabo, era la hora de comer.

Nana, Miguel y Rafael, llegaron a su casa de las oficinas, buscaron a Fernando, y lo encontraron sentado a la mesa, esperando a todos para comer.

Le contemplaron unos instantes antes de que él se diera cuenta de que los tres estaban allí.

—¿Qué ocurre? ¿Va todo bien? A juzgar por vuestras caras, parece que ha pasado algo grave.

Nana clavó su mirada en su abuelo y decidió que lo mejor era soltarlo sin anestesia:

—Abuelo, Miguel ha descubierto que se desvían tres mil euros todos los meses a una cuenta bancaria extranjera. Además, no se especifica el beneficiario ni el concepto.

Fernando miró primero a su nieta, después a su nieto y, por último, a su yerno. Se irguió durante unos segundos y abrió la boca para responder:

—Lo sé. Se hacen desde 1968. Tres mil euros ahora, y antes el equivalente en pesetas. En efecto todos los meses, una vez que las cuentas están cerradas.

Los tres se quedaron mudos.

—¿Las haces tú? —preguntó Miguel.

—Claro que sí. ¿Quién más iba a hacerlas, si vuestro padre está tan sorprendido como vosotros? Yo también tengo firma en el banco y las claves. Una vez que el ejercicio mensual está cerrado, realizo las transferencias, y aviso al equipo de contabilidad para que lo vuelva a cerrar, y así, de cara al mes siguiente, para que no haya problemas en el ejercicio anual.

—Pero ¿por qué? —quiso saber Rafael.

—Para tener un seguro. ¿Y si empezamos a tener pérdidas? ¿Y si el negocio deja de funcionar? Hay que tener un seguro, un respaldo. Lo pensé en su momento, y lo sigo pensando ahora. Si pasa algo, Dios no lo quiera, tenemos ese dinero para subsistir y poder tirar para adelante.

—¡Joder! —exclamó Miguel.

Fernando sonrió a su nieto y le contestó:

—Lo sé, no me digáis que no es una gran idea.

—Sí, claro. Es una gran idea. Pero ¿nunca se te ocurrió decírmelo? ¿Tú sabes el susto que me he llevado cuando Miguel me lo ha dicho?

Fernando se quedó callado unos segundos pensando por dónde salir.

—Creía que lo sabías.

—¿Y cómo demonios iba a saberlo? Se supone que el único que tiene firma y claves soy yo. Nunca me dijiste que tú también las tenías.

Fernando se encogió de hombros, intentando parecer inocente.

—Cuando se me ocurrió la idea, era yo quien llevaba la contabilidad. Después, cuando la empresa comenzó a crecer y empecé a tener trabajadores, un equipo de contabilidad se ocupaba de todo. Año tras año, todos veían que, a final de mes, yo retiraba el dinero, y les avisaba para que lo tuvieran en cuenta en la siguiente contabilidad. Al saberlo ellos, pensé que tú también.

—Pero Fernando, lo haces una vez que yo he aprobado las cuentas. ¿Cómo iba a saberlo?

—No sé. Supongo que no pensé en ello.

—No te mato porque eres mi abuelo —dijo Miguel aliviado—. La próxima vez que hagas cualquier cosa que altere algo, díselo a papá o a mí, por favor.

—Claro, no se me ocurrió que fuera a pasar esto. Hace muchos años que ese dinero se mueve, y simplemente lo di por sentado.

—¿De qué habláis? —preguntó Carla, saliendo al jardín.

—De que tu padre que no tiene arreglo, mamá —comentó Nana, sentándose al lado de su abuelo.

—¿Por qué?

—Nada, cariño. Tu padre, que hace cosas sin avisar, y luego pasa lo que pasa.

Carla miró a su padre y Fernando le explicó lo que había ocurrido.

Capítulo 6

«No sé por qué te quiero
será que tengo alma de bolero
tú siempre buscas
lo que no tengo
te busco en todos
y no te encuentro
digo tu nombre cuando no debo».

No sé por qué te quiero,
Víctor Manuel

10 de junio de 1963

Me ha besado. Fernando me ha besado.

Llevo todo este tiempo viéndolo a escondidas, y, por fin, me ha besado. Me ha dicho que me quiere y me ha dado el beso más bonito del mundo. Sus labios son tan suaves y cálidos… Me muero por ellos. Por sus caricias, y sus abrazos.

Los encuentros con él, este tiempo, han sido gloriosos, pero todo eso se ha terminado. Papá se ha enterado de todo y me ha castigado sin salir de casa. No puedo ver a Adela ni tampoco ir a las clases.

Va a resultar imposible volver a ver a Fernando.

Papá estaba muy furioso, y me ha gritado. Él nunca había hecho algo así. Se ha puesto rojo y me ha dicho que he faltado al honor de la familia, que no esperaba que su hija fuera una libertina, pero se ha relajado, cuando le he dicho que no he hecho nada. Se lo prometido y jurado por lo más sagrado que hay en esta vida, y, por un milagro de esta, me ha creído.

En el fondo, sabe que no soy nada de lo que me ha llamado, pero ahora no sé qué hacer.

He buscado mil maneras de hacerle ver que no es tan grave; le he intentado convencer de que me deje ver a Adela e ir a las clases, pero no entra en razón, y no sé qué más puedo hacer.

Mamá también lo ha intentado por todos los medios. También Adela, e incluso el señor Agustín, ha venido a casa para hablar con papá y convencerle de que no es buena idea encerrarme, de que al menos a las clases tengo que asistir, pero papá no ha entrado en razón, y ha dicho que las clases no son tan importantes, que no pasa nada porque no sepa coser ni bordar, que ya me enseñará mamá.

La verdad, me sorprende que diga eso, cuando él es el primero que siempre ha insistido en que las clases son importantes. Él fue quien buscó el mejor colegio. Era el más interesado en que recibiera una buena educación, en que leyera los libros correctos, en que tuviera nociones de francés. Fue quien habló con las monjas para que me aceptaran en el colegio, y ahora sale con estas, con que no es importante.

Mamá me ha dicho que buscará la manera de convencerlo, pero que no será fácil, porque lo que he hecho es muy grave.

Ya sé que es grave, pero no puedo evitarlo. Así que, yo también buscaré la manera de volver a ver a Fernando.

Chiara cerró el diario de su abuela y se quedó perpleja. Sabía que su historia con Fernando iba a dar de sí, pero no esperaba que para tanto. Ahora sí que estaba claro que su abuela no fue una adolescente modelo y que, como la mayoría, se rebeló.

Estaba pensando en cómo era posible que su abuela, esa mujer sensata, hiciera algo así y en aquella época, cuando el móvil empezó a vibrar en la mesa. En la pantalla apareció el nombre de Miguel, y Chiara sonrió.

—Hola —contestó con la ilusión en el tono de voz.

—¿Cómo estás?

—Muy bien, ¿y tú?

—Bien, llamaba para decirte que hemos quedado a las nueve en la entrada del club.

—Perfecto, nos vemos allí. Tengo que pasar a buscar a Cris.

—Genial, hasta luego.

—Un beso.

Chiara cortó la llamada y se fijó en la hora. Aún tenía tiempo.
Abrió de nuevo el diario y buscó la siguiente entrada.

15 de junio de 1963

Papá ha accedido a que vaya a clase. Dice que tengo que acabar el curso; que, para lo que me queda, acepta que lo termine, pero me ha puesto chófer.

Pascual recoge a Adela, y después viene a por mí. Nos lleva directamente al colegio. Además, cuando llegamos, nos acompaña hasta la puerta y se queda allí.

Cuando el colegio termina, me lleva a casa, y después deja a Adela en la suya.

Conclusión: papá no se fía de mí.

Habló con el señor Agustín y le dijo que accedía a que fuera al colegio, pero solo si Adela me acompañaba en todo momento.

El señor Agustín, por supuesto, aceptó. Que a su hija la lleve y la traiga del colegio a casa, y viceversa, un chófer, le parece de lo mejor.

Conclusión dos: es imposible que pueda ver a Fernando. Papá solo me permite salir de casa para ir al colegio y siempre estoy acompañada por Adela, quien tiene órdenes de su padre de no dejarme sola, y, encima, Pascual no me deja ni a sol ni a sombra.

Conclusión tres (y la más dolorosa): he aceptado que no voy a volver a ver Fernando. Me he resignado a dejar de luchar, y, por eso, he decidido dejar este diario. Ya no tengo nada sobre lo que escribir. Mi vida ya no tiene alicientes sobre los que hablar.

La nueva Clara Alcázar, no tiene secretos que revelar.

Chiara comprobó que no había más entradas en el diario y vio que las páginas siguientes estaban en blanco.

Su abuela dejó de escribir y dejó de ver a Fernando.

Allí acababa todo. En un beso.

Pensó que, con seguridad, se habría recuperado pronto y se olvidó en poco tiempo de Fernando. Al fin y al cabo, no tardó mucho en casarse.

Chiara recordó cómo su abuela le contaba las cosas que había hecho con su abuelo, y recordaba cómo su padre le decía que sus abuelos habían sido felices.

Clara siempre decía que fue un matrimonio lleno de cosas buenas, pero que acabó pronto.

Cerró el diario, lo guardó en el cajón, como siempre, y descalza entró en el baño para empezar a arreglarse. No podía no ir perfecta a la fiesta de Tito.

La terraza del club ya estaba llena a esas horas.

La gente, como siempre, había ido pronto para poder llegar a los aperitivos y a los canapés, que estaban situados en las mesas, que más tarde quitarían para dar más espacio a la pista de baile.

Las primeras fiestas que empezó a celebrar Tito, cuando compró el club, no eran tan importantes, y no iba tanta gente. Desde luego, no era el acontecimiento del año.

Ahora, a base de esfuerzo, de trabajo y su don gentes, había conseguido, no solo que la fiesta fuera lo más esperado del verano, sino que el club fuera el sitio preferido para pasar las horas.

Tito lo tenía decorado con un gusto exquisito y los cambios que iba haciendo eran tan estratégicos, que no había espacio para el error.

Cuando el grupo salió a la terraza, localizaron una mesa baja con sillones que, para su suerte, no estaba ocupada, y no dudaron en sentarse.

Cris, Berto y Miguel fueron a por algo de comida, y Tito, al verlos llegar, les sirvió las bebidas.

—¡Gracias! —exclamó Nana al ver el mojito.

—De nada, rubita. Este año está en condiciones —dijo Tito, alegando la mayoría de edad.

Nana se levantó, le dio un beso y le guiñó un ojo con gracia.

—Muchas gracias, Tito —dijo Chiara cogiendo el vaso que el dueño le ofrecía.

—A ti, chica. ¿Has bebido mojitos en tierras americanas? —preguntó Tito a Miguel.

—No, ellos son más de cerveza y chupitos.

—Universitarios —contestó Tito en tono divertido.

Después de servir todas las bebidas, se marchó a saludar a otros invitados.

—¿Cómo conocisteis a Tito? —preguntó Cris a los chicos.

—Fue al colegio con mi hermano mayor —contestó Berto—. Nos conoce desde que somos pequeños, y, cuando compró esto, mis hermanos le ayudaron con las reformas.

—¿Y vosotras? —quiso saber David.

Chiara dejó el vaso sobre la mesa.

—Cuando abrió el club, Tito quería llegar a toda la gente. Quería que este sitio fuera para todo el mundo. Por eso, todo lo que sirve es tan variado. En la zona de arriba y en la azotea —continuó Chiara señalando el edificio—, solo sirve productos *gourmet* bastante exclusivos.

—Sí, Tito nos ha invitado en alguna ocasión y lo hemos podido comprobar —comentó Berto.

—Tito quiso darnos las gracias por haberle ayudado con unas cosas y nos invitó a cenar —dijo David, recordando aquella noche.

Chiara asintió.

—Cuando estuvo buscando a esos proveedores, vino a casa para hablar con mi abuela. Le contó el proyecto, lo que iba a hacer, y lo que quería para esa zona más exclusiva del club. Le preguntó si quería que los viñedos Alcázar formaran parte de esa selección, y, obviamente, mi abuela, al ver el proyecto, aceptó. Los vinos más caros de la carta son los nuestros.

Miguel y Nana se miraron, y ladearon la cabeza.

—Vamos a tener que hablar con Tito. ¿Qué es eso de tener a la competencia y no a nosotros? —dijo Nana sonriendo.

—Es normal. La familia de Chiara lleva en esta región mucho más tiempo. Puestos a elegir, puede que yo también me decantara por los viñedos más antiguos —indicó Miguel, intentando quitar hierro al asunto. Sabía que el mundo del vino era así.

—Está claro que Tito lo hizo por eso, pero vuestro vino es excepcional. No tiene nada que envidiar al nuestro y, desde luego, deberíais estar presentes en la carta. Podéis hablar con Tito y sugerírselo. Estoy segura de que os incluirá. Además, teniendo en cuenta el drama que gira en torno a nosotros, y que nuestros viñedos son los más famosos de la región, no entiendo por qué no os incluyó desde un primer momento.

Miguel miró con ternura a Chiara, y Nana le cogió la mano para tranquilizarla.

—No te preocupes. Siempre hemos sabido que erais proveedores de Tito.

—¿Sí? —preguntó Berto con curiosidad.

—Sí, hemos cenado en la azotea. Al abuelo le gusta mucho este sitio y, al mirar la carta para elegir el vino, lo pone bien clarito. Nunca nos hemos sentido ofendidos. Hay muchos restaurantes que nos tienen a nosotros y no a ellos, y viceversa.

—Y otros muchos nos tienen a los dos —afirmó Miguel—. Todo es cuestión de competencia, publicidad… Saber moverse.

—No sé vosotros, pero cada vez que sale algún tema sobre los viñedos se me encoge el estómago y no sé cómo va a terminar el asunto —dijo Cris, bebiendo de la pajita.

—Puedes estar tranquila. Sabemos cómo funcionan las cosas y, a estas alturas, no nos vamos a enfadar por tonterías. El mundo del vino es complejo, pero, cuando te crías en él, comprendes cómo funciona. —Chiara sonrió a su mejor amiga.

—Bueno, me alegro de que el pañuelo blanco siga ondeando.

Más tarde, cuando terminaron de cenar y empezaron a recoger las mesas para dejar más espacio para que se pudiera bailar, Chiara divisó a Berto y decidió hacer el movimiento.

Se acercó a él y le dio un suave golpe con la cadera.

—¿Me acompañas a por otro mojito?

—Eso está hecho Alcázar.

Fueron a la barra y pidieron las consumiciones.

—¿Te puedo preguntar algo?

Berto miró a Chiara y asintió sonriendo.

—Claro.

—¿Desde cuándo te gusta Nana?

El chico se quedó mudo unos segundos.

—¿Cómo lo has sabido? Nadie lo sabe.

Chiara se encogió de hombros.

—Nadie se ha dado cuenta porque están muy acostumbrados a vuestras bromas o a vuestras muestras de cariño, pero alguien observador, que lo ve desde fuera, porque no lleva tanto tiempo con vosotros, entiende que detrás de todo eso hay verdad.

—¿Hablas solo por mí o también por ella? —preguntó Berto, mirando a Nana.

Chiara se mordió el labio con malicia y le guiñó un ojo al atractivo chico.

—¿Por qué no se lo preguntas a ella?

Chiara cogió el mojito que le habían dejado sobre la barra y salió a la terraza.

Berto observó cómo se unía al grupo y sonrió. Chiara y Cris habían llegado para revolucionar el panorama y se alegraba. David y Miguel habían sido dos hermanos más, y también mataría por ellos, así que verlos felices, por haber encontrado a las chicas, era suficiente para que él también lo fuera.

La música sonaba fuerte en la improvisada pista de baile.

Cris y David estaban en una esquina hablando, mientras Nana bailaba con unas amigas, que también habían ido a la fiesta.

Berto estaba al otro lado, observándola, sin apenas saber qué hacer, mientras sus hermanos intentaban darle un poco de ánimo y valor.

Miguel dejó su copa vacía en una de las mesas bajas del rincón y se acercó a Chiara, que charlaba con un grupo de chicas. Le pasó la mano por la cintura y la atrajo hacia él.

—Bueno, chicas, nos vemos —dijo a modo de despedida.

—Estupendo, Chiara.

La pareja se dio la vuelta y se adentró en el bullicio de la gente que bailaba. Estaba sonando *El tonto*, de Lola Índigo, y las caderas de Chiara se empezaron a mover.

Colocó sus brazos alrededor del cuello de Miguel, y este la cogió de la cintura, siguiendo su ritmo. La besó el cuello, mientras la música sonaba, y subió las manos por su espalda.

Chiara lo besó con mimo, y le mordió el labio, cuando puso fin al beso.

El *DJ* cambió de canción, y ellos se fueron a la zona de los sofás.

—Hay más gente que otros años —comentó Miguel, sentándose, y pasó un brazo por la espalda de Chiara.

—Cada vez la fiesta de Tito es mejor. ¿Has visto a Cris y David? —dijo, señalando a la pareja.

—Te juro que jamás había visto a David tan colado por una chica. Siempre ha sido un rompecorazones.

—¿Y Berto? —preguntó Chiara, sondeando a Miguel.

Ella lo había descubierto, observando más allá de lo evidente, pero sabía que Miguel era lo bastante inteligente para haberlo sospechado también.

—Berto hace años que suspira por mi hermana, pero no hace nada.

—¿Lo sabías?

Miguel miró a Chiara y sonrió.

—No era muy difícil darse cuenta.

—¿Y por qué no le has dicho nunca nada?

—Porque él no sabe que yo lo sé, y sus hermanos me dijeron que no me lo había contado, y que nunca me lo iba a contar, porque Nana es mi hermana. Ante todo, no quiere complicar las cosas, y lo entiendo, pero no habría complicación ninguna. Mi hermana ha estado enamorada de él, desde la primera vez que lo vio, pero Nana tampoco me ha dicho nada nunca, y eso sí que me cabrea. Es el único secreto que tenemos, pero, en parte, también lo entiendo. —Miguel hizo una pausa. Miró a su hermana y después a Chiara—. Nana era muy pequeña, cuando lo intuí. Ella y Berto se llevan seis años, y, por eso, decidí callarme y no hacer nada hasta que cumpliera los dieciocho.

Pensaba que, cuando eso ocurriera, Berto o ella moverían ficha, pero no ha sucedido. Nana se marcha a finales de agosto, y, con sinceridad, ya no sé si deberían hacer algo.

Chiara asintió, comprendiendo las palabras de Miguel.

—Sé a qué te refieres, pero, aunque se marche a finales de agosto, no importa, que al menos lo vivan, lo sientan… No se puede dejar de hacer cosas por miedo. La vida está para eso: para disfrutar, y vivirla con intensidad. Qué más da que sea una semana, un mes, o toda la vida. Si tienes la oportunidad, dátela.

»He hablado con los dos, y Berto sabe que a Nana le gusta. Tu hermana está esperando a que yo se lo diga. Una vez que ambos lo sepan, dependerá de ellos, pero, desde luego, si los tengo que encerrar en una habitación para que hablen, no tengo problemas.

Miguel soltó una carcajada.

—¿Te han dicho alguna vez que eres asquerosamente inteligente?

Chiara sonrió y le dio un suave beso.

—No con esas palabras.

—Si no fuera por ti, esos dos seguirían sin decirse nada, y yo viendo cómo pierden el tiempo.

—Podrías haber hecho lo mismo que yo —sugirió Chiara.

—Sí, pero probablemente esos dos se habrían quedado en silencio, sin saber qué hacer, porque yo estoy implicado demasiado en ambas partes, pero tú eres diferente. Puedes lidiar con ellos desde fuera.

—Puede que tengas razón, pero… si me preguntan qué piensas tú…

—Diles la verdad, que no tengo problema, que lo he sabido siempre, y que estaré de acuerdo siempre y cuando no me hagan elegir. No me gustaría tener que posicionarme entre mi hermana y mi mejor amigo, que es como mi hermano.

Chiara asintió y observó cómo Nana bailaba. Pensó que esa noche no era un buen momento para decírselo. Se pondría nerviosa y era una noche demasiada bonita para que todos sintieran que pasaba algo, aunque fuera bueno.

Localizó en la otra punta de la terraza a Berto con uno de sus hermanos, y ladeó la cabeza, cuando vio que él también la observaba.

Berto se encogió de hombros, en señal de no saber qué hacer, y Chiara asintió para que supiera que lo había entendido. Comprendía lo que estaba sintiendo y pensando, y volvería a hablar con él, pero también otro día.

—¿Has leído algo más del diario de tu abuela? —preguntó Miguel cambiando de tema.

—Sí, se besaron. Está claro que se gustaban, pero mi bisabuelo descubrió que se seguían viendo, y la castigó. En el diario pone que la encerró en casa y no la dejaba ni siquiera ir al colegio. No sé cuánto tiempo estuvo sin salir de casa, hasta que su padre comprendió que el

encierro no era lo mejor. Entonces, la puso un conductor para que la llevara al colegio, y luego de vuelta a casa. Mi abuela escribió que solo salía para ir a clase, y que nunca estaba sola. Siempre estaba acompañada por el conductor y por su amiga Adela. —Chiara observó los ojos de Miguel y continuó—: Después de eso, escribió la última entrada en la que dice que no volvería a ver a Fernando, que se había rendido. Ahí acaba todo. No hay escrito nada más. Las páginas están en blanco.

—¿En eso quedó todo? ¿En un simple beso?

—Eso parece.

—¿Y tú te lo crees? —preguntó Miguel.

No conocía a Chiara de toda la vida, pero sí lo suficiente para saber que era demasiado lista y curiosa.

—A priori es lo que parece, pero no. No me creo que mi abuela se rindiera. Ella… No la conoces, pero es una mujer fuerte y valiente. Su padre murió cuando ella acababa casi de casarse y ha sido quien ha conseguido que los viñedos se conviertan en lo que son hoy en día. Transformó una pequeña empresa vinícola, que funcionaba de maravilla, en el imperio que es hoy en día, y todo eso criando a dos hijos. No, no me creo que no volviera a ver a tu abuelo. No estoy diciendo que salieran juntos, pero está claro que algo más pasó, para que ella finalmente estuviera de acuerdo con su padre en seguir con las rencillas familiares.

Miguel sopesó las palabras de Chiara y llegó a la misma conclusión.

—No sé… Quizás lo intentaron, pero la competencia entre ellos se hizo palpable, dado que mi abuelo estaba prosperando muy rápido, y eso acabó con todo. Hizo que, de gustarse, pasaran a odiarse.

—Tanto como odiarse, no creo, pero que puso fin a una tontería de adolescentes, sí. Después de eso, posicionarse del lado de su padre y seguir con la disputa familiar, fue fácil. Tal vez, por eso no hablan de lo que pasó. No quieren que sepamos que se gustaron.

—¿Y qué más da que lo sepamos?

—Para nosotros es una tontería. El mundo ha cambiado, pero, para ellos… No sé, tal vez les dé vergüenza, sientan apuro, o el hecho de que sepamos que en cierto modo se rebelaron, les hace sentirse mal, por lo que supone traicionar a un padre, para al final… nada.

Ambos se quedaron en silencio, meditando las palabras que flotaban en el aire, hasta que Nana se acercó a ellos y los sacó a bailar.

Capítulo 7

Cuánto daría por gritarles nuestro amor,

decirles que al cerrar la puerta nos amamos sin control.
Que despertamos abrazados,
con ganas de seguir amándonos,

pero es que en realidad no aceptan
nuestro amor.

Simplemente amigos,
Ana Gabriel

—Eso se lo regalamos hace dos años —dijo Helena.

—Es verdad, ¿y por qué no le regalamos el reloj?

—¿Otro? —preguntó Clara.

—Ya sabes que papá es el tonto de los relojes.

—¿Por qué no dejamos por el momento el regalo y nos centramos en la fiesta? —Helena sabía que el tema del regalo, como todos los años, iba a traer cola, hasta que se pusieran de acuerdo. Por eso, decidió que era mejor seguir con los preparativos de la fiesta.

—Ya he llamado a la empresa de *catering*. He elegido la del año pasado, porque todo estaba exquisito, y salió de maravilla.

—Estoy de acuerdo. Los canapés de angulas fueron una delicia —dijo Chiara recordando.

—¿Cuándo vas a ir a probar el menú? —preguntó Helena, para apuntarlo en la agenda.

—He quedado con ellos la semana que viene.

—Perfecto, pues la comida la podemos quitar de la lista. Los invitados… Eso es fácil. Si queréis me encargo yo.

—A mí el tema de los invitados, por el momento, me da un poco igual. En septiembre cambiarán las cosas, pero, por ahora, con que invites a Cris y a su novio.

Clara giró la cabeza para mirar sorprendida a su nieta.

—¿Cristina tiene novio? ¿Desde cuándo?

—No mucho. Se conocieron en el pueblo. Es un chico de Ábalos, pero les va muy bien, y parece que van en serio.

—¿Le conoces? —volvió a preguntar Clara, cada vez más interesada.

—Sí, se llama David. Es muy simpático y divertido. No tiene nada de tonto, y trabaja con su padre en una clínica de fisioterapia.

—Parece un buen chico —comentó Clara.

Chiara miró a su madre, que también sabía por dónde iba a ir los próximos tiros, y Helena se adelantó a las palabras de Clara:

—Pues está hecho, de la lista de invitados me encargo yo. ¿El

vídeo? —preguntó, mirando a su hija.

—Me parece una idea estupenda. Tendría que hacer recopilación de fotos, pero no hay problema y tengo tiempo. De hecho, creo que voy a empezar a recopilar fotos hoy mismo. Quiero que quede perfecto.

—Quedará muy bien —afirmó Clara abatida. Sabía que su nieta y su nuera la habían cazado, y nunca le había gustado sentirse derrotada.

También sabía que su nieta no le iba a decir nada más, y mucho menos que tuviera que ver con ella en el plano sentimental.

Últimamente, estaba más callada de la habitual, y Clara no sabía si era por los nervios de empezar en septiembre su nueva vida o si había algo más, pero esperaba que no fuera lo que realmente había empezado a temer.

—Bien, pues la lista de invitados y el vídeo lo quitamos. Solo quedaría la decoración, que, como todos los años, lo hacemos entre las tres. El vino que vamos a servir y las invitaciones, también las podemos quitar, porque de eso se encarga Ana.

—¿Cómo? ¿Mi hija mayor este año va a cooperar? —preguntó Clara sorprendida.

Ana, la tía de Chiara, tenía un bufete de abogados y siempre estaba hasta arriba de trabajo.

—Dice que sí, que se siente culpable.

—Pues déjala. No vaya a ser que se arrepienta —comentó Clara riendo.

—Pues yo creo que lo tenemos encarrilado —dijo Helena, cerrando la agenda.

—Os diré algo la semana que viene cuando haya elegido el menú —indicó Clara, levantándose de la silla.

Las tres salieron del despacho y se perdieron por la casa.

Chiara fue al salón, y abrió el armario donde estaban los álbumes de fotos. Muchas de ellas ya estaban en formato digital, pero las más antiguas estaban todavía en papel.

Pensó que debería digitalizarlas todas, pero lo haría más adelante.

Se llevó los álbumes a su habitación y, cuando se quiso dar cuenta, tenía la cama empantanada.

Le encantaba ver a su padre y a su tía de pequeños, pero las fotos que más le gustaban eran la de sus abuelos.

Le gustaba observar la vida que habían tenido y ver cómo habían cambiado con los años.

Estaba pensando en cómo se conocieron sus abuelos y en la vida feliz que habían tenido, cuando una foto de su padre de pequeño le llamó la atención. Estaba posando en la entrada de la casa y detrás de él había un jarrón con flores blancas.

Le llamó la atención, porque ese jarrón seguía en el mismo sitio, y cada viernes las flores blancas cambiaban.

Chiara nunca se había percatado de eso hasta ese momento. Hasta que había entendido la cantidad de años que en su casa se hacía eso.

Dudosa de absolutamente todo lo que tuviera que ver con su abuela, decidió preguntarle.

Bajó las escaleras con la foto de su padre, y buscó a su abuela.

Clara estaba sentada en uno de los salones, leyendo al sol.

—Abuela —dijo para llamar su atención.

Ella cerró el libro después de marcar la página y dejó que Chiara se acomodara a su lado.

La joven le tendió la foto y Clara sonrió al verla.

—Era su primer día de cole. Estaba tan guapo con el uniforme.

—Sí, está superrico, pero me ha llamado la atención el jarrón con flores blancas. La casa ha cambiado mucho con los años, pero ese jarrón sigue en el mismo sitio, y con las flores blancas.

Clara colocó un mechón de cabello detrás de la delicada y pequeña oreja de su nieta, y tomó aire.

—Ya sabes que me encantan las flores blancas. Son mis favoritas. Cuando nos casamos, tu abuelo empezó a regalármelas cada viernes y, cuando él se fue… Bueno, pensé que podía seguir con su tradición. Fui a la floristería y les dije que las continuaran enviando. Parece una tontería, pero ver las flores en la entrada hace que parezca que, de algún modo, sigue con nosotros.

Chiara agachó la cabeza y observó la fotografía.

—No es una tontería, abuela. Es un detalle precioso, para honrar la memoria del abuelo.

Se levantó y le dio un beso.

Salió del salón, dejando a su abuela leyendo, y subió de nuevo a la habitación. Dejó la fotografía con las demás que había seleccionado, y salió a la terraza.

Adoraba a su abuela, la quería muchísimo, pero, en alguna ocasión, cuando su padre había tenido un detalle romántico con su madre, su abuela siempre había dicho que menos mal que no había heredado de su padre lo de no ser detallista. Así que, era un poco difícil creer que su abuelo, con lo supuestamente poco romántico que fue, tuviera un detalle tan bonito con su abuela cada viernes.

Lo que significaba que Clara estaba mintiendo.

Chiara respiró el aire de la tarde y cerró los ojos.

«¿Por qué su abuela la mentía? ¿Por qué no quería que supiera la verdad?».

Estaba segura de que había mucho más detrás de esas flores blancas, y tenía una corazonada.

Se recogió el pelo en un moño y pensó que ojalá estuviera equivocada.

Por una parte, quería tener razón, pero, por otra, deseaba que fuera

todo imaginaciones suyas. Aunque, cada vez estaba más convencida de que su abuela llevaba mintiendo mucho tiempo, y todo tenía que ver con la familia Moraleda, y su no relación con Fernando.

Siempre se había guiado por su intuición y rara vez le había fallado.

Chiara esperaba que las cosas se solucionaran sin tener que agitar el avispero, pero cada vez que algo no le cuadraba, su intuición le gritaba que la única forma de saber la verdad era remover y que las avispas salieran.

Entró en la habitación y tomó el móvil para llamar a Cris.

En un primer momento pensó en llamar a Nana y a Miguel, pero prefirió hablar con su amiga. Si lo que descubría era grave, tendría que ir con cuidado.

Pulsó sobre el nombre, y esperó a escuchar su voz.

—¡Hola! —contestó Cris feliz.

—Hola, ¿cómo vas?

—Bien, estaba viendo una serie.

—¿Puedes hablar?

—Claro, tonta. Dime.

—Estaba con lo del vídeo para la fiesta de mi padre, y he visto una foto que me ha llamado la atención. Detrás de mi padre hay un jarrón con flores blancas en la entrada.

—¿El mismo que hay ahora? —Cris había estado infinidad de veces en casa de Chiara, y se conocía la mansión al dedillo.

—El mismo. Cada viernes, las flores cambian. Le he preguntado a mi abuela y me ha contado una historia superbonita con mi abuelo. Según ella, este le regalaba el mismo ramo y, tras su muerte, siguió con la tradición… Creo que es mentira.

—¿Por qué?

—Ella siempre ha dicho que mi abuelo no era detallista y, de repente ¿me sale con esto? No me lo creo. A lo mejor son conjeturas mías, pero quiero… Necesito averiguarlo.

Cris se quedó en silencio.

—Menudo veranito me estás dando con lo de tu abuela, chiqui, pero vale. ¿Qué hacemos?

Chiara respiró aliviada.

—Tenemos que ir a la floristería y preguntar.

—De acuerdo. ¿Nos vemos allí?

—Sí, me visto y voy para allá. Ahora te veo.

Ambas cortaron la llamada y Chiara entró en el vestidor para cambiarse.

No sabía si en la floristería le dirían algo, pero por algún sitio había que empezar. Si no conseguía información, tal vez podría preguntar a Carmela. Ella llevaba mucho tiempo trabajando en la casa, y quizás sepa algo.

Cuando estuvo lista para salir, cogió las llaves del coche y condujo hasta el pueblo.

Metió el automóvil en el parquin, y se dirigió a la floristería.

Cuando llegó Cris, la esperaba en la puerta observando unos girasoles.

—Que sepas que hago esto porque eres mi mejor amiga y te quiero un porrón. Pero, en serio, esto empieza a ser muy raro. Primero encuentras un diario de tu abuela, que habla sobre Fernando Moraleda; después conocemos a sus nietos, y tú te lías con Miguel, y ahora esto. Una de dos, o los astros se han conjurado para que podáis tener una relación o… o… Mira, no sé, pero es no me digas que no es raro.

Chiara abrazó a su mejor amiga.

—Tienes toda la razón del mundo. Esto no empieza a ser raro, sino más bien complicado y absurdamente misterioso.

Cris asintió con energía y ambas entraron en la floristería.

El aroma que se respiraba dentro del local era agradable. La combinación de plantas y flores hacía que el espacio pareciera un jardín secreto, escondido al final de una calle.

Al entrar, habían sonado unas pequeñas campanitas, que habían alertado al dueño de que tenía clientes.

Este había salido de la trastienda, vestido con un delantal verde, con el logo de la floristería.

Las chicas supusieron que estaría dentro, trabajando en los arreglos florales que otros clientes le habían pedido, y elaborando hermosos ramos de flores para ser vendidos como detalle a alguien especial.

Chiara pensó en ese hombre escondido tras su jardín, elaborando el ramo de flores blancas, que cada viernes enviaba a su casa.

—Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarles?

—Buenas tardes —empezó diciendo Chiara—. Soy la nieta de Clara Alcázar. Usted envía a casa de mi abuela un precioso ramo con flores blancas desde hace muchos años.

El dueño de la floristería asintió antes de hablar.

—Por supuesto. Todos los viernes mando flores blancas a la dirección de los viñedos Alcázar.

Chiara sonrió con ternura al hombre.

—Verá, disculpe mi atrevimiento al presentarme así, y pedirle esto, pero este viernes me gustaría sorprender a mi abuela, y he pensado en variar un poco el ramo que siempre le envía.

Chiara hizo una pausa y esperó a la reacción del hombre.

—Entonces, ¿quiere mandarle a su abuela otro ramo de flores?

La joven sonrió y entendió que el dueño de la floristería no había

comprendido lo que quería decirle.

—Sí, sé que las flores blancas son las favoritas de mi abuela y, por eso, ella siempre le encarga que los ramos semanales sean de flores blancas, pero, como deseo darle una sorpresa, he pensado que el ramo de este viernes sea un poco diferente. Estoy segura de que usted…

El hombre, al entender la supuesta confusión de la nieta de Clara Alcázar, hizo un gesto de extrañeza.

—Señorita, si usted este viernes quiere enviarle un ramo de flores a su abuela, no hay ningún problema. Solo tiene que decirme qué flores quiere, yo se lo preparo y lo mando con la tarjeta que quiera ponerle. Pero el ramo de flores blancas también llegará el viernes puntual, como siempre.

Chiara fingió no entender a qué se refería el hombre, y abrió la boca desconcertada.

—Pero… Quiero decir… ¿Es necesario enviar los dos? Solo es un cambio en el ramo habitual que ella le encarga, y solo será esta semana.

El dueño se dio cuenta de lo que pasaba y sonrió con dulzura.

—No, señorita. No es que sea necesario mandar los dos. Es que su abuela no es la clienta que me encarga las flores blancas. Las flores son para ella, y la dirección es la de los viñedos Alcázar, pero las encarga otra persona.

—¿Mi abuela no es su clienta? Quiero decir, ¿no le encarga ella las flores? ¿Solo se las envían?

—Correcto. Por eso, si quiere mandarle un ramo de flores a su abuela, no hay problema, pero las flores blancas también le llegarán.

—Y…, ¿usted me puede decir quién es la persona que manda las flores a mi abuela?

—No, señorita. Lo siento mucho. Guardamos la confidencialidad de los clientes. Llevamos muchos años con este negocio, y nos hemos ganado la confianza de los clientes. No se lo podría decir. De hecho, creo que ya le he dicho más de la cuenta, pero es que usted no entendía…

El hombre parecía apurado y preocupado.

Chiara cerró los ojos unos segundos y, al abrirlos, miró al hombre con ternura. Colocó su mano sobre la de él y le sonrió.

—No se preocupe. No diré nada. Se lo prometo. Palabra de Alcázar. Pero, a cambio, me tiene que hacer el ramo más bonito del mundo con esos girasoles tan preciosos que tiene en la entrada.

El hombre respiró aliviado y asintió con toda la amabilidad que le era posible.

Salió del mostrador y volvió a entrar con los girasoles.

Le pidió a Chiara que aguardara un minuto y desapareció por el interior de la trastienda.

Cuando volvió a aparecer, el ramo que portaba era sencillamente espectacular.

—Aquí lo tiene —dijo lleno de orgullo.

—Es absolutamente precioso.

Chiara pagó el ramo y volvió a darle las gracias al dueño, dejando claro que nunca diría nada.

Salió a la calle, acompañada por Cris, que apenas podía creer lo que había pasado.

—Supongo que esto confirma tu corazonada, ¿no? Ahora estás más segura que antes, de que las flores se las envía Fernando Moraleda.

La joven miró a su mejor amiga y asintió.

—Si las flores no las encarga mi abuela, como ella me ha dicho, y el dueño de la floristería me lo ha confirmado, sintiéndose culpable, él único que nos queda es Fernando.

—Pero ¿no te das cuenta de lo absurdo que es? ¡Si las familias no se pueden ni ver! A ver, Chiara, entiendo que el diario de tu abuela ha resultado un pozo de información adolescente, y nos ha dejado claro que Fernando y ella se gustaban, pero tu abuela no solo dejó de escribir el diario, confirmando que no volvería a ver a Fernando, sino que se casó con tu abuelo. Han sido felices, han tenido dos hijos y Fernando también ha hecho su vida. La prueba son Miguel y Nana.

—Entonces, ¿quién le manda las flores a mi abuela?

—Pues quizás se las envíe un cliente agradecido.

—¿Desde hace mil años?

Cris se quedó en silencio unos segundos.

—Vale, está bien. Reconozco que esto tiene su misterio, pero hay que reconocer que es rocambolesco pensar que se las manda Fernando Moraleda. Puede que de adolescentes se gustaran un poco y se dieron un besito, pero sus vidas no se llegaron a juntar ni por asomo, y llegaron hasta el punto de odiarse. Un odio que siguen manteniendo vivo, aunque a nosotros nos parezca una ridiculez.

Chiara meditó las palabras de Cris.

Sabía que eso era justo lo que parecía, y deseó que su mejor amiga tuviera razón, pero también sabía que había algo más.

Ese odio entre las familias no estaba sustentado en mantener el honor.

Sacudió la cabeza con elegancia, para no seguir pensando en ello, y miró a Cris.

—Está bien. Puede que tengas razón y, por hoy, ya vale, pero eso no quita que seas la mejor amiga del mundo y te lo merezcas todo —le dijo, tendiéndole el ramo de girasoles.

—¿Para mí?

—¿No pensarías de verdad que le iba a regalar flores a mi abuela?

—Claro que no, pero tampoco que me las regalarías a mí.

—Cris, no me gustan los girasoles. Mis flores favoritas son las azaleas.

Su amiga cogió el ramo de girasoles con mimo y lo contempló feliz.

—Gracias. Tendré en cuenta cuáles son tus flores favoritas, por si acaso.

Chiara sonrió y siguieron caminando hasta el parquin.

Acercó a Cris a su casa y después recorrió el camino hasta la bifurcación de los terrenos.

Observó, por millonésima vez, los carteles y entró por el camino de los viñedos Alcázar, sabiendo que la historia acababa de empezar. No sabía cómo iba a terminar una vez que las cosas estuvieran claras, pero estaba segura de que, en algún momento, volvería a cruzar los caminos y cogería el que iba en dirección a los terrenos vecinos, una vez más.

Capítulo 8

«Te quiero vida mía, te quiero noche y día
No he querido nunca así.
Te quiero con ternura,

Con miedo, con locura, sólo vivo para ti».

Te quiero, te quiero,
Nino Bravo

Esa tarde noche, Nana había bajado a la piscina a leer un rato. El sonido del agua y las próximas luces que iluminaban la zona de la piscina le resultaban un remanso de paz.

Iba por el capítulo tres de la novela que estaba leyendo, cuando su móvil empezó a sonar.

Al ver en la pantalla el nombre de Chiara, levantó la vista, observó a su alrededor, y comprobó que su madre y su padre estaban cerca. Lo bastante para oírla.

Mickey estaba dentro del agua y su abuelo en el porche, haciendo lo mismo que ella, por lo que se levantó, y caminó hasta la parte de atrás de la casa, fingiendo que iba a dar un paseo por los jardines y las vides.

—Hola, guapa —saludó al descolgar.

—Hola, Nana. ¿Qué tal estás?

—Bien, estaba leyendo un rato hasta que se fuera la luz.

—Siento molestarte.

—Para nada. ¿Ocurre algo?

Chiara le contó lo que había descubierto, y Nana escuchó asombrada.

—¿Flores blancas todos los viernes?

—Desde hace muchos años. Mi padre era pequeño y ya estaban.

—Y el dueño de la floristería no te va a mentir, claro.

—Pobre hombre, Nana. En el aprieto en el que lo he metido. ¿Cuándo es tu cumple? Porque, que sepas que te voy a regalar flores.

Nana soltó una pequeña carcajada.

—El diecinueve de febrero, y no tengo problema. Me encantan los lirios.

—Vale, pero ahora en serio, ¿A ti no te suena de nada?

—Nada de nada, pero es que no nos suena a nadie. Esto es como los juegos esos de misterio, donde vas resolviendo el crimen a través de las pistas, pero, en vez de un asesinato, tienes un secreto familiar que empieza a resultar hasta cómico.

—Puede que Cris tenga razón, pero…

—Ojalá la tuviera, y esto no fuera lo que es en realidad, pero tú y

yo sabemos que esas flores las manda mi abuelo.

—No sé, Nana. Ellos no se hablan. Se odian —comentó Chiara.

—O quizás sea eso lo que quieren que pensemos.

—¿Qué estás sugiriendo, loca?

—¡Ay, no sé! Ya no sé qué pensar de todo esto. Mi abuela era la mejor de todas. Se le iluminaban los ojos cada vez que veía a mi abuelo, y él la trataba como una reina. Se fue hace dos años, y aún la echamos de menos.

—Lo siento, Nana.

—No, por Dios, tú no tienes la culpa de nada. Es esta condenada mentira que, al final, va a terminar con nosotros.

—¿Qué hacemos? —preguntó Chiara.

Nana observó la entrada de los viñedos y respiró con fuerza.

—Intentaré averiguar algo. Hablaré con Mickey y le contaré todo esto, para ver qué opina, pero, conociendo a mi hermano, te digo desde ya que va a pensar igual que nosotras. Tal vez a él se le ocurra algo y podamos saber un poco más, pero todo esto me toca las narices. ¿Por qué no decir la verdad y ya está?

—Eso mismo digo yo, pero parece que no es tan sencillo, y, cuanto más descubrimos y más nos acercamos, parece que siempre surge algo que nos complica aún más las cosas. Ahora, para colmo de males, las dichosas flores. Si llego a saber todo esto, no subo al desván.

—Está claro que las cosas pasan por algo y tal vez Dios, el destino o la casualidad querían que descubriéramos la verdad.

—Pues en momentos como este me encantaría que la verdad se fuera de paseíto para ver si encuentra la mierda, y se queda allí con ella.

Nana soltó una carcajada ante el divertido comentario.

—Estoy de acuerdo. Hacemos eso, ¿vale? Intentaremos averiguar desde este lado.

—Estupendo. Nos vemos, chiqui.

—Un besito, cielo.

Nana colgó la llamada y abrió la verja de entrada a los viñedos. Siempre le había gustado pasear entre las vides, observar cómo crecían, y cómo se hacían fuertes. La época de vendimia le encantaba, la finca se llenaba de ruido y de gente, y ella solía ayudar en la recogida.

Iba a echar de menos todo esto, cuando estuviera al otro lado del charco. Iba a tener que buscar un sitio para pensar en sus cosas, y, preferiblemente, que no fuera una calle llena de gente.

Estaba pensando en Boston, cuando un ruido llamó su atención.

—¿En qué piensas, canija?

Nana sonrió a su hermano.

—Chiara me ha llamado.

—¿Qué te ha dicho?

Nana le contó lo que la joven había descubierto, y Miguel apenas podía creerlo. Resultaba una broma, y de muy mal gusto.

—¿Es en serio? Lo que faltaba.

—Tenemos que averiguar si es o no el abuelo.

—¿Y quién más va a ser, Nana?

—Pues no sé, Mickey. Tal vez, Cris tenga razón y solo es un cliente agradecido.

—Durante qué sé yo… ¿cuarenta años?

Ambos hermanos contemplaron todo lo que les rodeaba en silencio.

—Mickey, ¿a ti alguna vez el abuelo te dio la sensación de no haber querido a la abuela?

—Nunca, enana. Jamás. Siempre los veía felices. Siempre hacían las cosas juntos, compartían todo. No les recuerdo enfadados, ni molestos por algo que sucediera entre ellos. Eran como papá y mamá.

—A mí tampoco me dio la sensación de lo contrario, pero…

—Lo sé.

Miguel abrazó a su hermana y le dio un beso en el pelo.

Pensar que el matrimonio de sus abuelos podría haber sido una mentira, no le entraba en la cabeza. No podía creer que su abuelo tuviera semejante bajeza, y fuera tan ruin como jugar durante años con los sentimientos de la mujer más maravillosa del mundo.

Mientras abrazaba a su hermana, pensó que deberían mandar a la mierda todo y confesar la verdad. Tal vez, de ese modo, toda esta situación se aclararía, y Chiara y él podrían estar juntos, y en paz.

Pero no podían enfrentarse a la situación y poner las cartas sobre la mesa sin tener una buena mano. No podían ir de farol. Necesitaban el maldito as que parecía no llegar en ninguna tirada.

—Tenemos que averiguar de dónde demonios salen esas flores. Puedo revisar las cuentas, porque en algún momento se tendrán que pagar los envíos.

—¿Y si el abuelo lo hace desde su cuenta personal? No todo se factura a través de la empresa.

Miguel cogió aire y respiró con fuerza.

—Paso a paso. Primero, vamos a volver a mirar la de la empresa, aunque no recuerdo haber visto nada. Si no lo encontramos, bueno, sé cómo acceder a la cuenta del abuelo.

—¿Y cómo sabes hacer eso? —preguntó Nana, más que sorprendida.

—Es mejor que no lo sepas. Solo te diré que tuve una urgencia hace dos o tres años, y no me quedó más remedio que hablar con el abuelo.

—¡Qué fuerte! ¿Y me lo cuentas ahora?

—No te enfades. Ya te lo explicaré más despacio, pero, por ahora, vamos a hacer eso. Cuando sepamos algo, llamamos a Chiara.

Fue hacia el baño y llenó la bañera. Cuando hubo suficiente agua, echó jabón y sales, y se empezó a desnudar. Encendió la música, se recogió el pelo, en un moño sujeto con una pinza, y se sumergió dentro de la gran bañera. Colocó la almohadilla, se recostó sobre ella y cerró los ojos.

Las palabras de Alejandro Sanz y su *A que no me dejas*, le llegaron suaves al oído, y disfrutó de la canción, hasta que él apareció en su mente.

Recordó cómo la besaba, cómo su piel se erizaba por su contacto…

No sabía lo que iba a pasar, ya que tenían todo en su contra. Recordó lo que decía el diario de su abuela, de cómo su bisabuelo se enfadó al conocer la verdad, y pensó en cómo se enfadaría su abuela si supiera que a ella le gustaba el enemigo.

Desconocía la reacción que Clara podría tener.

Su abuela era una mujer maravillosa, todo un carácter y personalidad, pero nunca la había visto enfadada. Nunca le había dado motivos, y Clara siempre se había mostrado como una abuela cariñosa y entregada. Solía decir que los abuelos están para consentir y malcriar, y los padres para educar, y a eso se había dedicado ella, cuando comprendió que su hija Ana no estaba hecha para tener hijos, y que sus padres no pensaban tener más que a ella.

Clara se había desvivido por su única nieta, y Chiara siempre se sintió protegida y mimada por su abuela. Siempre había sido el ojito derecho de su padre y de su abuela, y, mientras que su padre, impulsado por su madre, la regañaba a medias, su abuela la consentía.

Había tenido una infancia feliz, a pesar de haber ido al colegio en Madrid.

Sus padres y su abuela siempre estuvieron pendiente de ella. La llamaban, la escribían, la visitaban, cuando era el momento de visitas, y la recibían con cenas y comidas familiares, cuando volvía en vacaciones.

En esos momentos, su abuela aprovechaba para enseñarle todo lo que sabía del mundo del vino. Le mostraba todo lo concerniente con esos caldos burdeos, y se entretenía detallándole acerca de la maduración de la vid; cuánto quedaba para la recogida, cómo preparaban la cosecha, cómo maduraba el vino en los barriles… Le explicaba el proceso de embotellado y etiquetado; le enseñaba cómo catar el exquisito líquido, cómo saborearlo y sacar los distintos matices y aromas. Tenía paciencia en esperar a que ella diferenciara el sabor de la madera, el afrutado, los matices intensos del roble y la barrica, y se sentía orgullosa cuando Chiara acertaba el año de la cosecha.

Le brillaban los ojos cuando le enseñaba las botellas de reserva, que con tanta cautela guardaba; cuando le mostraba la manera correcta de

descorchar la botella, y le daba el corcho para que comprobara el color y el olor.

A Chiara le encantaba probar todo aquello con la selección de quesos, jamón y aceite que su abuela seleccionaba con mimo y cuidado para las catas. Le gustaba revolotear por ellas, cuando Serafina explicaba a los visitantes todo lo que su abuela quería que dijera.

Le encantaba escuchar a los turistas y a los enólogos alabar la calidad de los vinos de su familia.

En esos instantes, el olor que desprendían las bodegas la envolvía, con esa mezcla de corcho, madera y vino, unido al aroma de la tierra, que le fascinaba. Era feliz en ese ambiente, cargado de calor y frescura, un clima perfecto para que el vino madurara y creciera en sabor y cuerpo.

Chiara siempre estaba encantada de pasar las horas allí, aprendiendo y escuchando, y ahora que iba a dedicarse de lleno a esa profesión, estaba ilusionada.

Jugueteó unos segundos con las pompas de jabón y sopesó en las diversas opciones que podía tener su abuela para estar mintiendo. O, tal vez, no lo estuviera haciendo.

Chiara apenas sabía en qué pensar, y todas las opciones le resultaban inverosímiles. Quería agarrarse a un clavo ardiendo, que le diera la libertad suficiente de poder decirle a su familia que Miguel Moraleda ocupaba sus días, pero necesitaba que todo estuviera resuelto.

Necesitaba descubrir esa verdad que su abuela escondía con tanto mimo.

Una cosa estaba clara: la historia de su abuela tenía verdades ocultas, que necesitaban ver la luz; verdades que tenían que ser contadas para que todo fluyera, pero, sobre todo, quería saber por qué su abuela lo estaba manteniendo en secreto.

Chiara estaba segura de que aquello que no quería que nadie supiera, no podía ser tan grave como para haber llegado tan lejos.

Cuando sintió que el agua se quedaba fría, levantó el tapón de la bañera, se envolvió con una toalla enorme, de rizo gordo y color morado, y con el vapor que había en el baño empezó a secarse, para echarse la crema hidratante.

Estuvo lista para dormir media hora más tarde.

Abrió la puerta de la terraza y se envolvió con la sábana, y a los tres minutos respiraba profundamente dormida.

Nada. Allí no había nada de floristerías ni de flores. Claro que, desde un primer momento, sabía que no lo encontraría. Si era su abuelo

quien de verdad enviaba esas flores no iba a facturarlas a través de la empresa familiar, para que Rafael levantara la liebre, que iban a terminar levantando ellos, de todos modos.

Miguel se acomodó en la silla y contempló el despacho que le habían asignado. Era grande y espacioso. El escritorio ocupaba el eje principal, pero, junto a la ventana, tenía unos sofás y una mesa baja, que su padre utilizaba para recibir a los clientes en su propio despacho.

Desvió la mirada a las estanterías vacías y pensó en lo que iba a poner en ellas.

Recorrió de un solo vistazo la repisa que ocupaba la parte baja de la ventana y la parte de atrás de su escritorio, y pensó que tal vez Nana podría echarle una mano para que aquel espacio no pareciera tan impersonal y vacío. Quería trabajar a gusto, quería que su despacho dijera quién era él, y desde luego necesitaba que esos metros en los que iba a pasar tantas horas, le resultaran familiares.

Cerró los ojos y se los frotó con cuidado.

Tenía la vista cansada.

Llevaba horas mirando aquellas cuentas en busca de la nada, pero, al menos, ya se había puesto al día con ellas.

Con los ojos todavía cerrados, inspiró con profundidad, llenando los pulmones, y soltó el aire poco a poco. ¿Qué narices ocultaba su abuelo? Estaba claro que detrás de todo eso había algo más, pero no podía creer lo que a priori parecía.

Cuando Fernando hablaba de Luz, su mujer, siempre lo hacía con una sonrisa, con el brillo en los ojos. Era imposible que no la quisiera, que no la amara, y que hubiera jugado con ella.

Sus abuelos habían pasado toda la vida juntos y habían sido felices.

Las fotos, los detalles, la forma que tenían de mirarse… eran la prueba de que su matrimonio no había sido una mentira.

Su abuelo había sufrido la pérdida de Luz. Había llorado su ausencia, y la echaba de menos, como el resto de la familia.

Su abuela había sido una mujer maravillosa, y Miguel la recordaría toda la vida con el cariño y la ternura que se merecía.

—¿Duermes? —preguntó la voz de su padre.

Miguel abrió los ojos y negó con la cabeza.

—No, descansaba la vista. Ya me he puesto al día.

—Me alegro, porque así puedes seguir descansando y disfrutar del verano. Llevas unos días siendo demasiado responsable. Ya tendrás tiempo a partir de septiembre.

—Lo sé, pero necesitaba sentirme un poco productivo.

Rafael le dio la razón a su hijo y entró en el despacho.

—¿Qué piensas hacer en este sitio?

—Aún no lo sé, pero estoy seguro de que Nana puede echarme una

mano.

—Seguro que tu hermana lo deja increíble. Fue ella quien decoró tu dormitorio, tras las obras, y se negó a que tu madre la ayudara. Dijo que sabía a la perfección lo que debía hacer, y que ni se nos ocurriera meter mano.

Miguel sonrió.

—Lo sé, y me encanta. No podía ser más perfecta. Nana siempre ha sabido lo que me gusta.

—Lo que te gusta y lo que te pasa. Siempre habéis estado muy unidos.

—La voy a echar de menos.

—Lo sé. Ella también te ha echado de menos a ti, pero es lo que toca. Tenéis que vivir la experiencia, y volver con la energía de poner patas arriba todo esto.

—Papá, la empresa funciona de maravilla. Los viñedos están a tope. Es una máquina bien engrasada.

—Desde luego, pero a toda máquina, de vez en cuando, le hace falta un cambio de aceite o pasar una revisión, y con tu llegada, y luego la de tu hermana, todos esos cambios se van a notar.

—Esperemos que para mejor.

—No lo dudo, hijo.

Miguel se levantó de la silla y palmeó la espalda de su padre.

—Gracias, papá. Vamos, voy a ver si encuentro a la renacuaja y le pido ayuda con este espacio tan horriblemente vacío.

Rafael asintió y salió del despacho detrás de su hijo.

Ambos volvieron a la casa caminando por los viñedos.

Entraron por la puerta de atrás, y Miguel llamó a su hermana.

—Estoy en el comedor —le indicó Nana, alzando con suavidad la voz.

—¿Desayunando todavía? —preguntó su padre.

—No, ya he terminado. Estaba mirando unas cosas —contestó ella, ocultando lo que parecía una revista.

—He pensado que podías ayudarme con el despacho.

—Claro, puedo echarte una mano. ¿Qué planes tienes para hoy?

—Poca cosa. He quedado con Berto y David, para tomar el aperitivo. ¿Te quieres venir?

—Vale. —Nana contempló los ojos de su hermano y supo que no era verdad—. Papá, creo que mamá quería hablar contigo de… No me acuerdo de qué era, pero hace rato preguntó por ti.

—Voy a ver.

Rafael salió del comedor y desapareció por las escaleras.

—¿Tomar el aperitivo? —preguntó Nana.

—Sí, pero con Chiara. He pensado en ir a la floristería.

—No había nada en las cuentas, ¿verdad?

—Nada de nada.

—Era de esperar. Si realmente es el abuelo quien compra las dichosas flores, lo hará con su cuenta privada.

—No me gustaría tener que entrar en la cuenta del abuelo, pero, si en la floristería no me dicen nada… Bueno, tendremos que hacerlo.

—Lo sé, y a mí tampoco me gusta. Invadir la privacidad del abuelo me resulta un sacrilegio. Es como decir que no confiamos en él.

—Y no lo hacemos.

—Lo sé, pero no debería ser así. Tendría que ser como siempre… Como si nada de esto estuviera pasando. Nunca he dudado del abuelo y ahora pongo en duda todo lo que hace, y dice. Hay días que le miro y me encantaría estar dentro de su cabeza para saber qué es lo que piensa. Mickey, me siento como una intrusa.

—Tienes razón, enana. No debería ser así. Yo también me siento como un intruso que invade la vida de alguien que nos lo ha dado todo, pero, cuando lo pienso, me pregunto si realmente conocemos al abuelo.

—Ya no sé nada. Estaba segura de que el abuelo era lo mejor del mundo, y no quisiera tener que dejar de pensarlo.

—Enana, el abuelo siempre será lo mejor del mundo, independientemente de lo que descubramos.

—Solo espero que no sea grave.

—El abuelo no haría nada que nos perjudicara.

Nana apoyó su cabeza en el hombro de su hermano.

—Tú ve a la floristería, yo aviso a Chiara, y nos vemos en el bar de la plaza.

—De acuerdo.

Un ruido les alertó y ambos miraron hacia la puerta.

—¿Cómo están esta mañana mis nietos? —preguntó Fernando, entrando en el comedor, para sentarse con ellos.

—Bien, estábamos hablando de que vamos a ir a tomar el aperitivo al pueblo —dijo Miguel.

—¿Con Berto y David?

—Sí.

—Oye, abuelo, una pregunta: ¿Mickey va a tener que ir a las reuniones de viticultores?

—Estaría bien que fuera. No es necesario que vaya a todas, si no quiere, pero no estaría de más que empezaran a conocerle en el ámbito. ¿Por qué lo preguntas?

Nana se encogió de hombros.

—Abuelo, ¿Mickey en una fiesta rodeado de gente aburrida y con traje?

—Oye, que estoy aquí.

Fernando sonrió.

—Bueno, no todos son aburridos. Hay gente interesante.

—Vas a conocer a los Alcázar. Hazles fotos para saber qué pinta tienen.

Miguel se quedó callado unos segundos, sabía por dónde quería entrar su hermana, y aplaudía la idea. Ahora o nunca.

—¿Te imaginas que son normales? —dijo, siguiéndole el juego.

—Claro que son normales. No esperéis unos ogros.

Los dos hermanos miraron a su abuelo sorprendidos, porque no esperaban esa reacción.

—Vamos a ver, canijos, es cierto que las familias tenemos nuestros más y nuestros menos, desde hace muchos años, y que eso no va a cambiar, porque ninguno estamos dispuestos, pero eso no quita que menospreciemos su labor. Los viñedos Alcázar son los más antiguos de la región. Están situados en la mejor posición, y ganan premios, por lo que sus vinos tienen que ser soberbios. Una cosa no quita a la otra.

—¿Cómo son? —preguntó Miguel, intentado ver cómo se comportaba su abuelo.

—Ya os lo he dicho, gente normal. No hemos hablado desde hace más de cuarenta años, pero, Clara, la dueña de los viñedos, sigue al pie del cañón, y asiste a todas las reuniones, acompañada por su hijo Mateo, que es su mano derecha, y por Helena, su nuera, que también trabaja en los viñedos. En la última reunión escuché que su nieta se incorporará en septiembre, igual que tú.

Nana y Miguel observaron a su abuelo, pero no encontraron rastro de nostalgia ni de nada que pudiera resultar sospechoso. No había nada en él que les diera pistas sobre lo que realmente querían saber.

Ambos comprendieron que su abuelo se iba a mostrar educado ante la conversación de la familia Alcázar, y que, si por dentro estaba sintiendo otra cosa, no lo iba a mostrar bajo ningún concepto.

—¡Qué decepción! Esperaba un poco más de morbo. No sé… Una chispita de inicio de pelea.

—¡Nana! —exclamó Miguel.

—¿Qué? Un poco de salseo, Mickey, que siempre es bueno.

Fernando sonrió y miró con ternura a su nieta.

—Anda, es mejor que os vayáis yendo o al final llegaréis tarde.

Los dos hermanos se levantaron y dejaron solo a su abuelo sentado en el comedor.

Cuando Fernando se aseguró de que estaba solo, sacó el móvil y escribió un mensaje. Después, se levantó y se acercó al cuadro que había en la repisa de la chimenea, contempló la sonrisa de su mujer, y respiró con profundidad.

—Van a descubrir la verdad, y, como tú decías, no lo podremos evitar. Tenías razón. Han sido demasiados años ocultando la verdad.

Fernando volvió a dejar el cuadro en la repisa y contempló el

paisaje a través de la ventana. Sus nietos habían resultado demasiado curiosos, y, cuando los había escuchado hablar de la floristería y de Chiara, supo que ya no había marcha atrás.

No podía decirles nada. Tenía que seguir haciendo su papel, pero podía cambiar la estrategia, y no seguir evitando el tema de la familia Alcázar, si ellos preguntaban.

Desde luego, no esperaba que la salida de Nana fuera tan rápida, pero había actuado acorde a las nuevas necesidades: mostrarse educado y frío.

Ya habría tiempo para todo lo demás.

Se sentó en el sillón y esperó a la contestación del mensaje.

Cuando llegó, supo que todo iba a ocurrir más pronto que tarde. Las cosas estaban demasiado encarriladas. No había forma de pararlas ni de cambiarlas, pero, por primera vez en muchos años, no quería hacerlo.

—Mickey va a ir a la floristería por si puede averiguar algo, y luego nos vemos con él en la plaza para tomar algo. ¿Te viene bien?

—Claro, perfecto. Me arreglo y nos vemos allí. ¿Cómo vas a ir al pueblo?

—Me puedes recoger en la bifurcación de los caminos, y vamos juntas.

—Estupendo.

—Me da un poco de pena el pobre hombre. Ayer, tú, y hoy mi hermano.

—Ya te lo dije: vamos a estar comprando flores hasta el final de nuestros días.

Nana y Chiara rieron al teléfono, y se despidieron.

—¿Te recoge ella? —preguntó Miguel en la puerta de la habitación de su hermana.

—Sí, sin problema.

—Pues me voy yendo.

Le dio un beso a su hermana y salió al garaje.

Cuando cruzó la bifurcación de los caminos, pensó en el momento en el que visitaría los viñedos vecinos. Pensó en lo que tuvo que sentir Chiara cuando entró por el camino Moraleda, en la sensación de adentrarse en terreno prohibido, y siguió conduciendo.

Metió el coche en el parquin, porque el pueblo estaba a tope y buscar un sitio era perder el tiempo.

Al llegar a la floristería, observó el escaparate y empujó la puerta. Las campanitas sonaron alegres y el hombre salió a recibirlo.

—Buenos días. ¿En qué lo puedo ayudar?

Miguel sopesó cuál de las opciones que barajaba podía ser la mejor,

pero decidió que, o todo o nada, el hombre ya había hablado con Chiara, y ahora él no podía fingir no saber nada, cuando el tema iba por los mismos derroteros: las dichosas flores blancas.

—Buenos días, mi abuelo Fernando Moraleda me ha pedido que me pasara por aquí para decirle que, en el ramo de flores blancas que envía todos los viernes a Clara Alcázar, le gustaría que fuera incluida una tarjeta de Chiara. De la nieta de Clara.

El hombre, al comprender que la joven bonita del día anterior había descubierto el origen del envío, supo que en todo este tema había mucho más.

Pero él solo vendía flores.

Los temas de ambas familias no eran de su incumbencia.

—Por supuesto, si su abuelo así lo quiere, no hay problema. Enviamos las flores con ambas tarjetas. ¿Quiere que imprimamos el mensaje o lo escribe a mano?

—A mano, como la tarjeta de mi abuelo va impresa, la de Chiara que vaya a mano. A Clara le hará ilusión.

El dueño de la floristería asintió y le dio a Miguel una tarjeta, un sobre y un boli.

El joven escribió el mensaje, guardó la cartulina blanca dentro del sobre y se lo tendió al hombre, junto con el boli.

—Pues ya estaría. Las flores llegarán mañana, como siempre.

—Muchas gracias, y sentimos las molestias ocasionadas. Tanto ayer como hoy.

—No se preocupen, que todos los problemas sean estos.

Miguel sonrió con amabilidad al dueño y salió de la floristería.

El hombre se quedó unos segundos mirando la puerta con el sobre en la mano y decidiendo si debía llamar o no a Fernando Moraleda.

Al final, decidió que lo mejor era llamar. Llevaba muchos años enviando esas flores. Fernando confiaba en él, para que todo saliera bien, y no podía dejar al azar este posible revés.

Tomó el teléfono y marcó el número que tenía de Fernando como cliente.

—Residencia Moraleda.

—Buenos días, soy Andrés Palomar, me gustaría hablar con el señor Fernando Moraleda.

—Espere un segundo.

Se escuchó el silencio a través de la línea y un minuto después la voz de Fernando.

—Andrés, ¿cómo estás?

—Muy bien, señor Moraleda. Verá, siento llamarlo, pero…

—¿Hay algún problema con el envío de mañana?

—No, no… Es porque… Bueno, su nieto ha estado aquí, y me ha dicho que usted quiere que, en el envío de mañana, junto a su tarjeta,

también vaya la de Chiara, la nieta de Clara Alcázar.

—Sí, no te preocupes, Andrés. Yo le dicho a Miguel que me hiciera el favor de ir a verte, ya que iba a estar esta mañana por el pueblo.

—Entonces, perfecto. Sin ningún problema. Solo quería asegurarme.

—No te preocupes, Andrés. No hay ningún problema. Nos vemos la semana que viene.

—Hasta la semana que viene.

Fernando colgó el teléfono y soltó una suave risa. Sabía que su nieto era valiente, pero no esperaba que lo fuera tanto, dadas las circunstancias. Enviar una nota de Chiara, a través de las flores, era demasiado arriesgado, pero pensó que tal vez lo había hecho por algo, y decidió esperar a los acontecimientos. Aunque escribió otro mensaje.

Capítulo 9

Y cada noche vendrá una estrella
a hacerme compañía,

que te cuente cómo estoy y sepas lo que hay.
Dime amor, amor, amor, estoy aquí, ¿no ves?
Si no vuelves no habrá vida,
no sé lo que haré.

Si tú no vuelves,
Miguel Bosé

—Pues ya no hay dudas: las flores las envía el abuelo —dijo Miguel, sentándose en la silla que había al lado de Chiara.

—¡Joder! —exclamó Nana.

Chiara cerró los ojos unos segundos y volvió a abrirlos.

—Esperaba que estuviéramos equivocados.

Miguel miró a la joven, y se aproximó a ella para darle un suave beso en los labios.

—Y yo, porque esto significa que…

—El abuelo se casó con la abuela, pero amaba a Clara Alcázar.

—Bueno, puede que amara a vuestra abuela, y solo los recuerdos y una bonita amistad oculta sean el motivo de las flores.

—¿Durante más de cuarenta años? —preguntó Miguel.

—No sé, es que… No me creo que mi abuela, y tu abuelo…

—Y nuestra abuela y tu abuelo —dijo Nana.

Los tres se sondearon unos instantes.

—Vais a decir que estoy como una cabra, pero la excusa que le he dado al dueño de la floristería ha sido que tú también querías enviarle una tarjeta con las flores de mañana.

—¡Estás loco! ¿Y si llama al abuelo para preguntar?

—Y espero que lo haga —contestó Miguel.

—¿Quieres acorralar a tu abuelo?

—Más bien quiero que sepa que sabemos algo y ver qué hace. Nana y yo hemos hablado con él, pero no hemos podido averiguar nada. Aunque, ha cambiado su perspectiva. No ha evitado el tema y nos ha regalado buenas palabras.

—Cierto. Ha sido demasiado raro —corroboró Nana.

—Por eso, si ahora sabe que hemos descubierto algo, tendrá que reaccionar de algún modo, y puede que se ponga en contacto con tu abuela. Tal vez, les pongamos lo bastante nerviosos para que abran la veda.

—No sé si eres un genio o un loco —comentó Chiara.

—Ambas cosas van de la mano. La cuestión es que mañana tienes

que estar pendiente del envío de las flores, para coger la tarjeta que, supuestamente, le envías a tu abuela, y leer la que mi abuelo le manda a Clara.

—Madre mía, esto empieza a parecerse a una novela de misterio. —Nana cogió el botellín de cerveza—. Alcázar y Moraleda, secretos familiares.

Chiara soltó una carcajada.

—¡Qué dramática eres!

—Sí, sí… Tú ríete, pero ya verás.

—Lo que está claro es que tu abuela dejó de escribir el diario, pero sí que siguió viendo a nuestro abuelo. —Miguel bebió y dejó el botellín sobre la mesa.

—Está claro, porque un beso no es suficiente como para enviar flores tantos años —señaló Nana, agarrando una aceituna.

—Lo que no sé es por qué dejó de escribir el diario.

—Tal vez no quiso seguir haciéndolo. Escribir un diario al principio está bien, y eres superconstante, después pierdes el interés y las ganas de continuar.

Chiara miró a Nana y le dio la razón.

—Puede ser.

—¿En el diario no pone nada más? No menciona a tu abuelo o…

—Nada. En el diario mi abuela tenía diecisiete años, y ella se casó con mi abuelo a los diecinueve. Solo menciona a mi bisabuelo, y a su mejor amiga.

—La tal Adela.

Chiara asintió.

—¿Y si buscamos a Adela? Puede que sea imposible, porque han pasado muchos años, pero lo mismo sigue viviendo en el pueblo —sugirió Miguel.

—Es bastante improbable que demos con ella, pero no perdemos nada por intentarlo.

Nana miró a Chiara.

—Podemos probar, por algún sitio tenemos que continuar. Adela sabía todo. Mi abuela deja claro en el diario que confiaba en ella. El problema es que hasta que no he leído el diario, no he sabido nada de ella. Mi abuela nunca la ha mencionado. Habla de sus amigas, de sus amistades, e incluso las conocemos, pero Adela jamás ha sido nombrada.

Se quedaron un momento en silencio y fue Miguel quien reanudó la conversación:

—Aun así, no tenemos muchas más opciones. Otra cosa es que, si la encontramos, ella quiera decirnos algo.

—O que siga viva —indicó Nana, temiéndose lo peor.

—Esperemos que sí. Si no, va a ser difícil continuar. —Chiara cogió

el botellín y bebió.

—Bueno, lo primero es buscarla y conseguir dar con ella. Después, ya veremos.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Nana.

—La biblioteca tiene una zona de registros antiguos. Deberíamos ir a consultarlos.

Nana asintió ante la sugerencia de Chiara.

—Pues Nana y tú vais a la biblioteca, y yo buscaré por internet —sentenció Miguel.

—¿Sigue en pie lo de esta noche con Berto, David y Cris?—preguntó de nuevo Nana.

—Sí, Cris me ha escrito para confirmarme que va con David, y que no tengo que ir a buscarla.

—Voy dentro a pagar el camarero, que no sale. —Miguel se levantó y entró dentro del local.

—Por cierto, a Berto le gustas.

Nana dejó de respirar durante unos segundos y después abrió la boca.

—¿Te lo ha dicho él?

—Sí, ahora ambos sabéis lo que hay. Espero que no seáis tan tontos como para no hablarlo y disfrutar.

—Ay, Chiara…

—Chiquitina, sé valiente. Si puedes adentrarte en los secretos de tu abuelo, puedes hablar con Berto.—Nana asintió y vio cómo su hermano salía de local—. Él lo sabe. Lo ha sabido siempre, y está de acuerdo —le indicó Chiara.

—Pero…

—Entonces, esta tarde, después de comer, te recojo como esta mañana y vamos a la biblioteca —cambió de tema, antes de que llegara Miguel junto a ellas.

—Sí, lo hacemos así.

Los tres caminaron hasta el parquin y se despidieron.

Cuando Chiara acabó de comer, escribió a Nana, y quedaron media hora más tarde.

La recogió en la bifurcación de los caminos, y juntas fueron a la biblioteca.

La biblioteca del pueblo no era demasiado grande, pero albergaba una buena colección.

Las veces que Chiara había ido, siempre acaba en la zona de los

grandes clásicos.

Habían sido su madre y su tía quienes la habían convertido en una gran lectora. Su abuela también había colaborado, desde luego, pero todas esas grandes historias que había devorado, sobre todo en verano, venían de manos de Helena y de Ana.

Nana, por el contrario, siempre que visitaba la biblioteca acaba en la zona de los libros de ciencias. Los tratados de química, física o botánica eran sus favoritos.

Al entrar en aquel lugar, que les era tan familiar, caminaron por los pasillos en silencio hasta llegar a la zona de registros, que estaba en la segunda planta, en un pequeño rincón del fondo.

El chico al que habían preguntado al entrar las acompañó, para explicarles cómo funcionaba, y cómo estaban ordenados los archivos. Para suerte de ambas, muchos de ellos ya estaban informatizados, y, por eso, decidieron empezar por ahí.

—Vamos a ver quién eres Adela. ¿Apellido?

—No lo dice.

—¿Buscamos Adela para ver qué sale? —preguntó Nana.

—Dale.

Al teclear el nombre, los resultados que aparecieron en la pantalla no coincidían con las fechas aproximadas que debían barajar. Adela tendría la misma edad que Clara, y los registros eran más antiguos.

—Prueba con Agustín. En el diario pone que así se llamaba el padre de Adela.

Nana escribió ese nombre, y aparecieron registros que podían coincidir, pero sin ningún apellido, ni ninguna información más, era casi imposible descartar.

—Esto es como buscar una aguja en un pajar —dijo Nana—. ¿Por qué tu abuela no pondría los apellidos?

Chiara contempló la pantalla del ordenador, intentando recordar algo que les pudiera resultar útil o que les ayudara a descartar.

—Tenemos dos opciones: a lo mejor hay alguien en la biblioteca que sea mayor. El chico que nos ha atendido es joven, pero quizás aún quede alguien que nos pueda ayudar.

—Tan mayores como tu abuela y Adela, no. Estarían jubilados.

—Lo sé, pero podemos probar. Y dos, si no damos con nadie que nos pueda echar un cable, quedaría la opción de mirar la agenda de mi abuela porque, que nunca haya mencionado a Adela, no significa que no tenga algún tipo de contacto o que guarde algún teléfono. No me gustaría tener que revolver entre sus cosas, pero… a grandes problemas.

Nana asintió, comprendiéndola a la perfección, y ambas se levantaron para ir a preguntar al chico.

—Disculpa, otra vez.

—No pasa nada. Decidme.

—¿Hay alguien en el personal de la biblioteca que sea mayor? Tenemos dos nombres, pero ningún apellido, por lo que descartar es bastante complicado.

—Adelas y Agustines salen unos cuantos —terminó Nana de explicar.

El chico sonrió.

—¿Qué fechas más o menos barajáis?

—Adela, en 1963, tenía diecisiete años.

—Entonces, ahora rondaría los setenta, y largos. No hay nadie trabajando que os pueda echar una mano para descartar, pero… Dadme un segundo.

El chico se levantó y desapareció por la zona donde se encontraba la sección de Historia Medieval.

Cuando le vieron salir al pasillo central, el chico les hizo un gesto para que fueran.

Ellas se acercaron y lo siguieron entre las estanterías, y las mesas.

—Os presento a doña Julia. Es historiadora, y nuestra mejor lectora. Tal vez ella os pueda ayudar.

—Muchas gracias, Luis. ¿En qué os puedo ayudar, jóvenes?

—Buscamos a dos personas que vivían en el pueblo hace muchos años, pero no tenemos sus apellidos, y en los registros aparecen coincidencias, pero descartar es muy difícil —empezó diciendo Chiara.

—Bueno, vamos a ver si os puedo echar una mano. He vivido aquí toda la vida, y quizás los conozca. ¿Cómo se llaman esas personas?

—Ella se llama Adela, y su padre Agustín. Adela, en 1963, tenía diecisiete años. Era muy amiga de Clara Alcázar, la dueña de los viñedos más antiguos de la región.

—Sí, y ambas iban al colegio de las Carmelitas. —En el diario no aparecía el nombre del colegio, pero Chiara lo sabía por su abuela.

La mujer las miró con curiosidad.

—¿Y por qué los estáis buscando?

—Verá, me llamo Chiara, soy la nieta de Clara, y le estamos organizando una fiesta a mi abuela. Nos gustaría que la gente que ha formado parte de su vida pudiera asistir, para celebrarlo con ella. Si se lo pregunto a mi abuela, sospechará, y hemos conseguido que no sepa nada.

—Conozco tanto a tu abuela como a Adela. Ambas fueron al colegio conmigo, solo que yo soy un par de años mayor que ellas. Tu abuela era una joven muy bonita. Todo el mundo la adoraba, y todos los chicos estaban enamorados de ella. Rompió más de un corazón, y muchos se llevaron una desilusión cuando se casó con Cristóbal. Recuerdo verla salir de la iglesia con aquel vestido blanco. Estaba preciosa, por lo que no me extraña que levantara pasiones. Hoy en

día, sigue siendo una mujer muy hermosa. —Doña Julia hizo una pausa, y acarició las páginas del libro que estaba leyendo—. En cambio, Adela era todo lo contrario. Era una joven muy tímida y algo desconfiada. Llegó a ser popular y a tener muchas amigas, gracias a Clara. Nunca entendí por qué tu abuela se llevaba tan bien con una persona tan diferente a ella, pero siempre estaban juntas. Siempre se las veía riendo… Tal vez, tu abuela descubrió en Adela lo que nadie más veía.

»Adela asistió a la boda de tu abuela, y pocos meses después se marchó. No sé nada de ella. Lo único que os puedo decir es que se apellidaba Santos, y que, en efecto, Agustín Santos era su padre. Él murió unos años más tarde, y Adela vino al funeral. Estaba muy cambiada. Casada y embarazada.

—Muchas gracias, doña Julia.

—De nada. Me gustaría poder ayudaros más, pero no sé nada de Adela desde el funeral de su padre.

—No se preocupe, ya nos ha dicho bastante. —Chiara le tendió la mano a la mujer, y esta le devolvió el saludo.

—Dale recuerdos a tu abuela.

—De su parte.

La mujer asintió y se volvió a sumergir en el libro que la tenía tan entretenida.

Nana y Chiara regresaron al registro y buscaron por el apellido Santos.

Al teclearlo, apareció enseguida.

—Agustín Santos, aquí está.

—Pone una dirección —dijo Nana, sacando su móvil para hacer una foto a la pantalla—. Busca a Adela, para ver qué sale.

Chiara tecleó el nombre de la amiga de su abuela, pero no había ninguna entrada que correspondiera con ella.

Al tener la dirección, donde supuestamente Adela vivió, antes de marcharse de Ábalos, dejaron todo como se lo habían encontrado al principio. Se despidieron del chico, que las había atendido, y salieron de la biblioteca.

Chiara observaba cómo Cris bailaba, y sonrió. Le gustaba ver a su mejor amiga feliz.

David había resultado ser todo un descubrimiento. Le hacía reír y se sentía a gusto con él. Desconocía lo que iba a pasar cuando Cris volviera a Navarra, para seguir estudiando Medicina, pero sabía que, si a alguien podía salirle bien, era a Cris.

Se merecía todo lo que le estaba pasando y todo lo bueno que estuviera por llegar.

Chiara pensó en todo lo que su amiga había aguantado esas últimas semanas, con el tema de su abuela, y negó con la cabeza. Otra persona, en su lugar, no la habría apoyado de esa manera, sin estar de acuerdo con absolutamente nada. Solo pensar en que todo había ocurrido al ir a buscar el disfraz para su hermana, parecía un chiste. Sin embargo, todo eso le había llevado al punto donde estaban ahora, y Chiara, a pesar de todo, daba las gracias. Puede que cambiara la situación con su familia, pero no podía simplemente ignorar que el resultado de todo era Miguel.

Desvió su mirada y vio cómo Berto le colocaba un mechón a Nana tras la oreja, y ella sonreía para levantar sus ojos azulados. Lo miró con un poquito de vergüenza.

Berto agachó la cabeza y la besó, como siempre había querido hacerlo.

Chiara los observó unos segundos más y se levantó.

Buscó a Miguel, y lo localizó hablando con Tito. Se acercó hasta ellos, y Miguel le dio un beso al verla.

—¿En serio? Lo saben…—empezó Tito diciendo.

—No —contestó Chiara.

—Pero lo sabrán, porque no tenemos intención de dejarlo.

Miguel miró a Chiara y vio como ella asentía con la cabeza.

—Estamos esperando el momento oportuno para hablar con ellos. Aún es pronto.

—Si me hubieran dicho que Miguel Moraleda y Chiara Alcázar acabarían juntos, no lo habría creído ni en un millón de años, pero, ahora que os veo, lo entiendo. Os conozco a los dos hace años y me parece correcto que salgáis juntos. Con sinceridad, creo que os puede ir bien, si conseguís que vuestras familias limen asperezas.

—Tendrán que hacerlo por nosotros —indica Chiara.

—Hace muchos años de esa enemistad, y ya va siendo hora de que acabe.

Tito asintió y escuchó cómo lo llamaban. Se despidió de la pareja y desapareció por la barra.

—Quiero enseñarte algo —dijo Chiara, cogiendo de la mano a Miguel.

Le sacó fuera y le situó en el sitio estratégico.

Miguel observó a su hermana y a Berto, y sonrió.

—Ya era hora, y todo ha sido gracias a ti.

—Qué va, yo solo he acelerado el proceso.

—Creo que has hecho más.

Ella se encogió de hombros y Miguel la besó.

Desconocían lo que iba a suceder, pero sabían que no estaban dispuestos a renunciar a lo que crecía entre ellos. Si tenían que luchar, lo harían.

Miguel, separó sus labios de los de Chiara y la miró a los ojos.

—¿Te das cuenta de que todo el mundo nos conoce por el apellido de nuestros abuelos sin pararse a pensar que los tenemos de segundo?

—Sí, lo he pensado muchas veces, pero es normal. Las familias tienen mucho peso en la región, y los viñedos llevan el apellido de nuestros abuelos. Es más fácil llamarnos así, en general. A mi madre también la llaman Helena Alcázar.

Miguel asintió. Estaba de acuerdo. Es verdad que era más fácil.

—¿Cómo te apellidas en realidad? —preguntó con curiosidad.

Chiara sonrió antes de contestar.

—Chiara Vega Santamaría. El apellido Alcázar sería el tercero. ¿Y tú?

—Miguel Almagro Moraleda.

—Interesante —dijo Chiara antes de besarlo de nuevo.

Cuando llegaron a casa, tras dar por finalizada la noche, Nana se cambió de zapatos y subió al tejado. Siempre le había gustado ver las estrellas, y el tejado de su casa tenía unas vistas espectaculares.

Aquel pequeño escondite había sido su secreto.

Era allí donde solía guarecerse cuando se metía en algún lío, y sabía que sus padres la iban a regañar.

Nadie, excepto su hermano, sabía que allí arriba la podían encontrar.

Miguel abrió la puerta de la habitación de su hermana y, al no encontrarla, supo dónde estaba.

—Sabía que estarías aquí —dijo sentándose a su lado—. ¿Cómo estás?

—Feliz, asustada, preocupada…

—Cuántas cosas —comentó Miguel, pasando su brazo por la espalda de su hermana, mientras esta apoyaba la cabeza en su hombro.

—Feliz, por Berto. No me puedo creer nada de lo que ha pasado, y mucho menos que tú lo supieras y no me dijeras nada.

—No podía.

—Lo sé, y, aun así, ha sido perfecto.

—Gracias a Chiara.

Nana asintió y tragó saliva.

—Asustada, porque me voy. Voy a estar al otro lado del charco mucho tiempo, y siento que he llegado tarde.

—No te preocupes, por eso. Vívelo, disfrútalo y ya veréis qué pasa. No puedes negarte a vivirlo por miedo.

—Hablas como tu novia.

—Mi novia es una mujer sabia.

—Y tanto. —Rio Nana.

—¿Y preocupada?

—Por todo lo del abuelo. No quería creer lo que estaba pasando, pero cada vez estoy más convencida de que el abuelo… En fin, ya sabes.

—Yo tampoco quería creerlo, pero todo lo que sabemos y hemos descubierto nos lleva a lo mismo, y, aunque parezca increíble, dudo que de pronto pase algo que dé al traste con nuestras teorías.

—Yo también lo creo. Cada vez me cuesta más no pensar que tiene que haber una explicación mejor para todo esto. Es como es, y no hay más.

—¿Cuándo vamos a ir a la dirección que habéis encontrado en la biblioteca? —preguntó Miguel.

—He quedado con Chiara que mañana, cuando lea la tarjeta que le has enviado con las flores, me llamará, y hacemos para quedar. Eso también me preocupa. Imagina que la tarjeta lleva un mensaje de amor.

—Bueno, no creo que lleve un mensaje de odio.

—Lo sé, pero hay mensajes y mensajes. Puede tener cariño, pero amor…

—Tenemos que estar preparados.

Nana cogió aire y se mordió los labios. Contempló las estrellas y pidió al cielo que todo fuera bien. Si al final, algo salía mal, no podría irse tranquila y dejar a su familia con una brecha insalvable, a su hermano en medio, esquivando el temporal, y a Chiara lidiando por su parte lo que se le podía echar encima.

No sabía si alguien habría escuchado ese deseo, pero esperaba que, de alguna forma, se cumpliera, por el bien de todos.

Se recostó mejor en el hombro de su hermano y se quedaron en silencio unos minutos más, observando el paisaje desde las alturas.

Era como si allí arriba no pasara nada; como si estuvieran a salvo de todo.

Finalmente, se levantaron y entraron en sus habitaciones.

Miguel cogió el móvil antes de dormir y escribió un mensaje del que recibió una respuesta, que le hizo dormir mejor.

No sabía a qué hora solían traer el envío de las flores.

Nunca se había parado a pensar en la entrega, pero esa mañana tenía que estar atenta.

No eran las nueve y media, cuando el timbre de la puerta sonó.

Bajó corriendo las escaleras y esperó a que el servicio recogiera el ramo de flores.

Vio cómo lo dejaban en la mesa de la entrada y se retiraban para seguir con sus funciones diarias.

Chiara comprobó que su abuela no estaba cerca, y cogió las tarjetas.

La primera que abrió era la de Miguel, escrita a mano y para ella.

No importa lo que ocurra.
Somos tú y yo contra el mundo.

Chiara se mordió los labios y sonrió. Se guardó la tarjeta en el bolsillo de atrás del pantalón y abrió el otro sobre, que contenía el mensaje para su abuela.

Contigo aprendí, que yo nací el día en que te conocí.

La joven ahogó un grito y volvió a meter la tarjeta en el sobre.

Lo dejó entre las flores y subió a su dormitorio.

Fernando le había dedicado un verso de la canción *Contigo aprendí.*

Chiara se tiró sobre la cama e intentó sucumbir a las ganas de llorar.

¿Cómo era posible? Habían mantenido una mentira enorme durante años.

Tomó el móvil y llamó a Nana, que esperaba su llamada.

—¿Y bien?

—Le ha dedicado un verso de la canción *Contigo aprendí*. Es un bolero…

—De Armando Manzanero, lo sé. A mi abuelo le encanta.

Ambas se quedaron en silencio.

—Tenemos que ir a la dirección. Adela, o quién sea, nos tiene que contar qué pasó. Después, nos enfrentaremos a ello.

—No nos queda otra —dijo Nana.

—Creo que deberíamos ir esta tarde. Por las mañanas, la gente no suele estar en casa. Sin embargo, por las tardes hay más posibilidades de encontrar a alguien.

—De acuerdo. Voy a avisar a mi hermano…

En ese momento, Miguel entró en la habitación de Nana, y esta puso el altavoz.

Chiara le contó lo que había escrito en la tarjeta.

—¿No podía haber escrito algo menos romántico?

—¿Y eso qué importa? La cuestión es que se quieren y todos estos años han sido una mentira.

—Esta tarde, voy con vosotras para hablar con quien sea que viva en esa dirección.

—Pues quedamos a las cinco allí —dijo Chiara.

—Por mí, bien.

—Nos vemos luego.

—Miguel —llamó la voz de Chiara—. Somos tú y yo.

—Siempre.

Nana colgó y abrazó a su hermano.

Tras la puerta de la habitación de Chiara, Clara había escuchado la

conversación, después de haber comprobado que su nieta leía las tarjetas.

Bajó al despacho tranquila y descolgó el teléfono.

Buscó en la agenda el número que necesitaba y esperó a que la otra persona contestara.

—Hola, soy Clara. Necesito que esta tarde a las cinco estés en casa… Sí, van a ir a hablar contigo… No, no, cuéntales… Eso es. Vamos a dejar que lleguen a la verdad por ellos mismos. Necesitan descubrirla… Sí, lo sé. Teníamos que haber hecho caso a Luz, pero ya es tarde. Lo único que podemos hacer, es dejar que lo resuelvan. Sí, muchas gracias.

Clara colgó el teléfono y se sentó en la silla de escritorio. Sabía que en algún momento iban a tener que decir la verdad, porque seguir manteniendo este secreto iba a ser imposible, pero no esperaba que fuera tan pronto, y que Miguel y Chiara…

Clara sonrió al recordar la cara de su nieta al leer la tarjeta del chico, y se preguntó qué sería lo que este le habría escrito.

Fuera lo que fuese, su nieta estaba enamorada de Miguel Moraleda, y estaba claro que él lo estaba de ella.

Tal vez, las cosas de antaño salieron de esa manera para que hoy ellos pudieran estar juntos. Si las cosas hubieran sido diferentes, si todo hubiera salido como el plan original, ni sus hijos, ni su nieta estarían hoy en el mundo, e imaginar un día sin Ana, sin Mateo o sin Chiara, e incluso sin Helena, la ponía demasiado triste.

Clara negó con la cabeza, para evitar seguir imaginando algo tan horrible, y escuchó los sonidos de la casa.

En torno a la una de la tarde, Chiara se revolvía nerviosa, y estaba intentando que nadie lo notara. Había hecho lo que habitualmente solía hacer, pero sus pensamientos divagaban entre la tarjeta de Miguel y la visita de esa tarde.

Finalmente, optó por salir a los jardines y pasear hasta los viñedos.

Se adentró por ellos y vio cómo los empleados trabajaban.

Observó a lo lejos un grupo de turistas y se acercó, fingiendo que era una más del grupo.

—El azufre permeable sirve para controlar el moho, pero con las tormentas se limpia… Además, es muy importante controlar la salvia…

La voz de Serafina se escuchaba alta, clara y firme. Ella era quien guiaba las visitas desde los viñedos hasta las bodegas. Les explicaba el proceso y, finalmente, les servía una copa de vino.

—El suelo rocoso es el mejor. Cuanto más tiene que luchar la vid, mejor es el vino… Antiguamente, se enterraba la piel del plátano en

las vides para aumentar la resistencia a las enfermedades. Ahora se utiliza el suministro del agua… Exacto, se pueden controlar los niveles y alterar la acidez. Si aumentas la temperatura, se puede acelerar el envejecimiento.

Chiara estaba disfrutando de la visita a las bodegas, cuando llegaron a su parte favorita: la cata. Siempre le había gustado ver la cara de la gente al probar el vino.

—Chiara —la llamó Serafina—, ¿me echas una mano?

Ella asintió y se colocó detrás de la barra de madera, esperando que la gente seleccionara el vino que quería probar.

—¿Qué le perece este? —preguntó uno de los turistas.

Chiara sacó dos copas y sirvió el vino.

—Gran elección. Es uno de nuestros reservas más vendidos. Tiene cuerpo y la acidez perfecta para ser maridado con carnes. Les confieso que es uno de mis favoritos. Cada vez que lo pruebo, descubro algo nuevo. Intenten captar las notas iniciales de frambuesa, seguidas de un tono picante, que los sorprenderá, pero no dejen de saborearlo o se perderán el sabor achocolatado del final. No es un vino para personas impacientes. Se ha de disfrutar con calma, dejando que cada matiz los envuelva. Prueben a degustarlo con queso.

Chiara les señaló un pequeño plato con queso y dejó a los turistas disfrutar de la copa que les había servido.

Clara, a lo lejos, contempló cómo se desenvolvía su nieta y supo que sería una gran heredera. Con ella, el imperio Alcázar estaba a salvo.

Cuando llegaron a la dirección que habían localizado en la biblioteca eran las cinco en punto.

La impuntualidad no formaba parte del carácter de ninguno.

La casa era un precioso chalé adosado, con un bonito jardín en la entrada, en el que había plantado todo tipo de flores de colores.

Se acercaron a la puerta y llamaron.

Escucharon los pasos de la persona al acercarse y esta abrió la puerta.

—¿Violi? —soltaron Nana y Miguel a la vez.

—¿La conocéis? —preguntó Chiara.

—Claro, Violi trabaja en las oficinas de la empresa desde antes de que nosotros naciéramos —explicó Nana.

—Chicos, ¿qué hacéis aquí?

—Violi, no sabíamos que vivías aquí… Violeta Santos —dijo Miguel recordando el apellido de la mujer—. ¿Eres la hermana de Adela Santos?

—Por supuesto, Adela es mi hermana mayor.

—Y tu padre se llamaba…

—Agustín Santos —indicó Violi, interrumpiendo a Chiara.

—Violi, ¿podemos pasar? Necesitamos hablar contigo sobre tu hermana.

—Claro que sí. Adelante. ¿Queréis un café?

—Sí, muchas gracias.

Violi sacó una bandeja con tazas y la cafetera al patio de atrás, y sirvió el café para los cuatro.

—Bien. ¿Qué queréis saber de mi hermana?

—Verás, Violi, soy Chiara. La nieta de Clara Alcázar.

—Chiara. Me alegro de conocerte. Eres igual de bonita que tu abuela.

La joven sonrió y continuó hablando:

—Mi abuela era la mejor amiga de tu hermana, y necesitamos hablar con ella para que nos cuente lo que pasó entre mi abuela y Fernando.

—A menos, claro, que lo sepas tú.

Violi negó con la cabeza.

—Lo único que os puedo contar es que tu bisabuelo se enfadó mucho cuando perdió los terrenos que ahora pertenecen a la familia Moraleda, y que mi padre se aseguró, por petición de su gran amigo, que mi hermana fuera a todas partes con Clara. Iban juntas al colegio en coche y volvían. Mi hermana adoraba a Clara. Ellas eran… como hermanas de distintos padres.

»Sé que Clara y vuestro abuelo se estuvieron rondando un tiempo, pero algo pasó entre ellos que torció las cosas. No sé qué pudo ser, porque Adela jamás me contaba nada. No estábamos muy unidas, pero tuvo que ser lo bastante grave para que Clara y Fernando no volvieran a dirigirse nunca más la palabra, y pasaran a ser enemigos, como quería tu bisabuelo.

»Al final, Clara se casó con Cristóbal y vuestro abuelo con Luz… —Violi adoraba a Luz. Siempre había pensado que era una mujer absolutamente perfecta.

—¿Y tu hermana? —preguntó Miguel.

—Mi hermana empezó sus estudios en Arte, y viajó a Italia. Allí conoció a su marido, que es donde vive con sus hijos.

—¿Adela vive en Italia?

Violi asintió.

—En Volterra.

—¿Tienes un número de teléfono o…?

—No, como ya os he dicho, mi hermana y yo no estábamos muy unidas. Cuando ella se marchó, al principio llamaba a casa. Hablaba con nosotros, nos contaba qué tal le iba todo, e incluso fuimos a Italia para su boda, pero, cuando murió nuestro padre, dejó de llamar. Vino al funeral, se quedó un par de días y se fue. Indicó que no podía

quedarse más tiempo. Estaba embarazada y había dejado a Fabio, su marido, en casa. Perdimos el contacto con ella y… hasta hoy.

—No parecía… Mi abuela no la describe así, para nada.

—¿Tu abuela te ha hablado de mi hermana?

—No, exactamente. Yo… leí su diario. ¡Y en qué momento! Porque mira en lo que andamos metidos.

—Entiendo. Mi hermana y Clara estuvieron juntas desde pequeñas. Se querían muchísimo. Adela disfrutó de grandes privilegios gracias a la amistad con tu abuela.

—¿Sabes si Clara y ella mantendrán el contacto?

—No tengo ni idea. Clara fue a Italia a su boda, naturalmente, y mi hermana se quedó en los viñedos durante el funeral de mi padre, pero no sé si, hoy en día, seguirán en contacto. Aunque no me extrañaría nada, porque ambas sacaban lo mejor de cada una. Se ayudaban para ser mejores. ¿Por qué no le preguntas todo esto a tu abuela?

—Porque me va a mentir, que es lo que hace siempre.

—Estoy segura de que, si te oculta la verdad, es por algo.

—Yo también lo creo, pero ese algo está haciendo que Miguel y yo…

Violi cerró los ojos.

—Tenéis que hablarlo con ellos. Si se enteran por otra persona que estáis juntos, Fernando… Tu abuelo se enfadaría mucho.

—Por eso, queríamos saber la verdad de la enemistad, para poner las cartas sobre la mesa y enfrentarnos a ellos con todas las armas.

—No necesitáis saber la verdad para hacer eso.

—Puede, pero ahora ya es tarde —dijo Nana.

—Bueno, siento no haberos podido ayudar en más.

—No te preocupes, Violi. Nos has dado en lo que pensar —contestó Miguel.

Cuando los tres se fueron, Violi cogió el teléfono y llamó.

—Ya se han ido. De verdad, ¿creéis que van a ir a Italia hablar con mi hermana?

—Sí, les estamos allanando el camino para que lo hagan.

—¿Y no crees que es mejor contarles la verdad, Fernando?

—Ellos han empezado a descubrir la verdad, y poco a poco han ido desterrando la historia, con mucha habilidad, he de decir. Lo justo es que acaben lo que han empezado y hagan lo que tengan que hacer.

—Sigo pensando que estáis mareando la perdiz. Esto se acabaría ahora mismo si Clara y tú sentarais a todos, y hablarais de lo que pasó. De paso, los que estamos metidos en el medio, descansaríamos un poco más tranquilos.

—Se merecen saber lo que ocurrió y merecen descubrir por sí mismos lo que les queda.

—¿Y si no viajan y lo dejan?

—Son demasiado curiosos. Además, si ya han llegado hasta aquí, dudo que quieran abandonarlo, pero, si lo hacen, Clara y yo hablaremos con todos.

—¡Qué tontería! Pero vosotros veréis. Solo espero que no me pregunten más. Tú y yo sabemos que no soy buena actriz.

—Muchas gracias por todo, Violi.

—Os lo pienso cobrar en vino, que lo sepáis.

Fernando sonrió con el teléfono en la oreja.

Violi siempre había sido una mujer excepcional. Fue ella quien le había presentado a su Luz, y quien, durante años, había callado todo lo que sabía.

Fernando era consciente de que a esa mujer, Clara y él le debían muchas cosas, y, desde luego, estaban dispuestos a retribuírselas.

—Cóbratelo como mejor consideres. Te veo el lunes, Violi.

—Hasta el lunes, Fernando.

Capítulo 10

Cómo han pasado los años

las vueltas que dio la vida,

nuestro amor siguió creciendo

y con él, nos fue envolviendo.
Habrán pasado los años

pero el tiempo no ha podido

hacer que pase lo nuestro.

Como han pasado los años,
Rocío Dúrcal

—Yo solo digo que, si queréis estar juntos y que nadie salga herido de todo esto, lo único que podemos hacer es ir a Volterra, para buscar a Adela. No creo que haya muchas Adelas en Volterra, y que sean españolas.

—Sí, tienes razón, Nana, pero ¿de verdad, quieres seguir con esto? —quiso saber Chiara—. No te parece lo bastante fuerte como ir a tu casa, plantarte delante de tu abuelo y que sea él quien te lo cuente.

—¡Claro que sí! Y no te creas que no tengo ganas de cantarle las cuarenta por ser una sucia rata que ha jugado con mi abuela, pero también quiero descubrir por nosotros mismos la verdad. Quiero que vean que han mantenido un secreto durante siglos y que nosotros lo hemos destapado en un abrir y cerrar de ojos. Con esfuerzo, y un maldito viaje a la Toscana, pero ahí está.

—Hombre, como prueba para darles en los morros es la mejor, pero… Tal vez sea momento de plantarse y hablar con ellos —sugirió Miguel.

—¿Y si reconocen la verdad a medias? ¿O se inventan un cuento chino? ¿O…? ¡Qué sé yo! Ya los creo capaces de todo.

—Por una parte, Nana tiene razón: averiguar la verdad del todo les dejaría sin opciones. No tendrían más remedio que reconocerlo sin miramientos. Les atraparía y… Sí, tendríamos la satisfacción de haber descubierto una verdad que celosamente han guardado todos estos años.

Miguel miró a Chiara y a su hermana, y dejó la coca-cola sobre la mesa.

—Vale, suponemos que vamos a Italia, localizamos a Adela y lo que nos cuenta es que todos estos años nuestros abuelos han estado juntos, y han sido infieles en su matrimonio, o Adela nos dice que perdió el contacto con Clara y no sabe nada, o simplemente Adela ha muerto…

—Pues volvemos a casa después de unas minivacaciones por la Toscana, y nos plantamos como lechugas frente al abuelo y Clara, y que canten hasta *La traviata*.

Chiara rio por las palabras de Nana.

—Yo no conozco Volterra —dijo.

—Ni yo —contestó Nana.

—Chicas…

—Vale, ¿por qué no nos damos unos días para pensarlo? Aún tenemos tiempo hasta que Nana se marche. Vamos a tomarnos un respiro de tantas averiguaciones y sobresaltos, a meditar con calma el siguiente paso y decidimos qué hacer en unos días.

—Me parece bien. Además, tú tienes la fiesta de tu padre y llevas con retraso el vídeo, por culpa de las florecitas —señaló Nana.

—Pues, después de la fiesta de Mateo, decidimos qué hacer. —Miguel se colocó las gafas de sol.

—Me encantaría que pudierais venir a la fiesta.

—Y a nosotros nos encantaría ir. Visto lo visto, no sería tan estrambótico. Escandaloso, sí, pero raro no tanto.

Chiara miró a Nana y después a Miguel.

—Siento haber causado todo esto. Si no hubiera cogido el dichoso diario…

—No lo sientas. Si no lo hubieras hecho, Cris no hubiera conocido a David; mi hermana y Berto no se hubieran confesado sus sentimientos, y tú y yo no estaríamos juntos.

—Esa es la parte buena: lo que ha pasado, para todos nosotros, a raíz del diario —dijo Chiara.

—Las cosas ocurren por algo, y suceden cuando tienen que suceder, y, si el destino, o quien sea, quería que pasara así, pues ya está.

Nana cogió la coca-cola y bebió.

—Vamos a darnos estos días. Dadle la mejor fiesta a tu padre y, cuando estemos algo más tranquilos, volvemos a pensar en lo de Italia. Ahora, que no sirva para que dejes de verme.

Chiara sonrió.

—Tranquilo, ya se nos ocurrirá algo.

Miguel se acercó a Chiara y la besó en los labios.

—¿Y tú y Berto? —preguntó a su hermana.

—He quedado con él para cenar.

—Pues vamos yendo, para que tengas tiempo de arreglarte.

Nana asintió con la cabeza y pidieron la cuenta.

Nana eligió para su cita de esa noche un vestido verde, que le realzaba el moreno de la piel, y unas sandalias color *nude*, con un poquito de tacón. Se había secado el pelo, y lo había ondulado, para recogerlo

con dos horquillas a ambos lados.

Cuando vio aparecer el coche de Berto en la entrada, tomó el bolso, salió y se montó en el vehículo.

Estaba nerviosa y esperaba que nada les fastidiase esa noche.

—¿Ese era Berto? —preguntó Carla a Miguel.

—Sí —contestó su hijo, que en ese momento estaba echando una partida de ajedrez con su abuelo.

Estaba enfadado, pero había que seguir manteniendo las cosas en su sitio.

—¿Es que están saliendo?

—Mamá, ¿por qué no se lo preguntas a ella?

—Porque te lo estoy preguntando a ti, que es lo mismo.

—Carla… —dijo Fernando.

—Está bien. Se gustan, y están empezando algo. Saben perfectamente que Nana se marcha y esta noche han quedado para hablar precisamente de eso. Hasta aquí te voy a contar. Para más información, pregúntale a tu hija.

—Pero…

—Mamá, no te voy a contar nada más. Habla con Nana.

—¿Qué pasa? —preguntó Rafael, saliendo a la terraza.

—¿Sabías que tu hija y Berto están juntos?

—Lo he imaginado, cuando he visto que era ella sola quien se subía a su coche. No me parece mal.

—Y a mí tampoco, pero me habría gustado que me lo hubiera contado, sin necesidad de descubrirlo así.

—Bueno, tampoco os lo ha ocultado. Ha dejado que Berto la recoja en casa, y a la vista de todos —puntualizó Fernando.

—Ya, pero…

—Carla, Miguel ya te ha dicho lo que hay. Cuando la niña vuelva, pregúntale. No te va a mentir. Nunca lo ha hecho.

—Si Nana ha decidido hacerlo así, es por algo. Tu padre tiene razón: no nos lo ha ocultado. Solo lo ha retrasado —intentó tranquilizar Rafael a su mujer.

Carla levantó las manos en señal de derrota y entró dentro de la casa.

—¿Llevan mucho tiempo? —preguntó Rafael.

—No, tiempo es el que han esperado para decirse que se gustaban. Ya pensaba que no iba a pasar nunca.

Rafael revolvió con cariño el pelo de su hijo y entró dentro de la casa.

—Y tú, ¿qué? ¿Alguna chica especial? —se interesó Fernando.

Miguel miró a su abuelo y decidió hacer los mismo que él: contar verdades a medias.

—Sí, hay alguien especial.

—¿Puedo preguntar quién es?

—No, no puedes. Al menos, por ahora.

—¿Necesitas tiempo?

Miguel movió el cabello y miró a su abuelo.

—Es complicado.

—¿Te gusta de verdad?

—La quiero.

Fernando sonrió ante las palabras de su nieto.

—Te voy a dar el mejor consejo: lucha por ella.

—¿Cómo luchaste tú por la abuela?

Fernando sintió que las palabras de su nieto iban lanzadas con un puñal, que se le clavaba en la espalda, pero tenía que mantener el tipo y esperar.

—Con tu abuela fue diferente, ya lo sabes. Además, eran otros tiempos, y las cosas no eran como ahora. Pero, en esta vida hay que luchar por todo. Por el trabajo, por el amor… Por todo aquello que merece la pena, tarde o temprano hay que pelearlo.

—No te veo presentando batalla al amor —añadió Miguel, moviendo de nuevo su pieza.

—A veces creemos que las razones por las que no peleamos justifican que ese sea el camino a seguir. Puede que lo sea, y resulte la opción correcta. En otras ocasiones, esas razones no son suficientes, y nos llevan a arrepentirnos toda la vida. Solo espero que las razones que te lleven a ti para luchar o no hacerlo, sean las correctas y justifiquen todos los motivos para hacerlo.

Miguel supo que su abuelo le estaba diciendo que sabía que habían descubierto algo. Lo que significaba, que el dueño de la floristería le había llamado, y, tal vez, Violi también lo había hecho.

—¿Te arrepientes de las decisiones que tomaste?

—No, nunca me arrepentí de ellas. Esas decisiones me han traído hasta aquí. Me han enseñado, y me han regalado todo lo que tengo. Hoy, esas decisiones, compensan las escasas dudas que surgieron por el camino.

—Espero que estés diciendo la verdad porque, abuelo, jaque mate.

Fernando miró el tablero y vio su derrota.

Jugar con su nieto, significaba perder desde hacía muchos años.

Vio cómo Miguel se levantaba y entraba en la cocina.

Sí, su nieto era inteligente. Mucho.

—No sé si es buena idea. Me marcho a finales de agosto. ¿Qué vamos a hacer, después? —preguntó Nana, cogiendo el tenedor.

—No lo sé, pero desperdiciar estas semanas me parece la mayor de las torturas, la verdad.

—Y lo es.

Berto miró a la joven rubia que tenía en frente, y que había deseado durante tanto tiempo, y se negó a perderla.

—No creo que mantener una relación a distancia sea lo más acertado. Te vas a la universidad, y tienes que vivir la experiencia. Salir y entrar. Vas a conocer a mucha gente… No puedo privarte de todo eso, pero tampoco quiero perder lo que acabamos de conseguir.

—¿Qué propones?

—Que disfrutemos de estas semanas que nos quedan y cuando te marches a Boston, te lo pases bien, te diviertas y, cuando vuelvas en vacaciones, seguiremos donde lo dejamos, si a los dos nos apetece.

—Creo que es lo mejor.

Tras hablar de ello, ambos sintieron que estaban tomando la decisión correcta. No podían obligarse a esperarse, no podían vivir con la incertidumbre de sentirse tan lejos.

Cuando terminaron de cenar, Berto llevó de nuevo a Nana a casa y se despidió de ella con un beso en la puerta.

Sabía que Carla y Rafael, a estas alturas, ya habían descubierto que su hija estaba saliendo con él, pero también sabía que dejarían que Nana tomara sus propias decisiones, y que no la condicionarían a hacer nada que ella no quisiera.

Estaba seguro de que iban a respetar lo que ocurriera entre ellos, y que esa puerta que estaba cerrada, para que él pudiera desearle buenas noches con un beso, no se iba a abrir bajo ningún concepto.

Los viñedos Alcázar esa noche se vestían de fiesta.

Mateo cumplía cincuenta años y todo el mundo quería festejarle el medio siglo que acarreaba a sus espaldas.

Las bandejas con los aperitivos, que Clara había seleccionado, se movían por los jardines, mientras los invitados disfrutaban del vino, que minuciosamente habían guardado y abierto para la ocasión.

Habían colocado mesas y sillones para todos aquellos asistentes que quisieran sentarse, y mesas altas para dejar las copas vacías.

Chiara hablaba con todo el mundo y se movía como la mejor de las anfitrionas.

Clara la observaba desenvolverse y se sintió orgullosa de su nieta.

El vídeo había resultado todo un acierto. Había provocado ternura, risas y emoción, dejando a un extasiado Mateo sin palabras. Este había esperado que las mujeres de su vida hicieran algo, pero se habían superado, y, por ello, les daba las gracias.

La noche estaba resultando una maravilla gracias a ellas.

—¿Cómo estás? —preguntó Cris a Chiara.

—Feliz y cabreada a partes iguales.

—Pues respira, encanto. Tu padre no tiene la culpa.

—No, la tiene mi abuela.

—Y Fernando —dijo David.

—Joder, es que ya les vale.

Chiara saludó con la cabeza a uno de los clientes de los viñedos y se disculpó con sus amigos.

—Lo siento, chicos.

—Ni te preocupes. Ya sabemos cómo son estas fiestas. Haz lo que tengas que hacer. Nosotros estaremos por aquí.

—Vamos a ver si pasa todo esto y nos podemos ver todos juntos, para hablar con tranquilidad.

—Habrá tiempo. —Cris dio un beso a su mejor amiga y la guiñó un ojo.

—No me extraña que esté cabreada. Yo también lo estaría.

—Y Nana y Miguel no están mejor —añadió Cris.

La pareja se miró y decidió que era mejor cambiar de tema, para mezclarse con el resto de los invitados.

—Esta noche estás preciosa.

—Gracias, abuela.

—Ven, quiero presentarte a alguien —dijo Clara.

Sabía que ese pobre chico, que deseaba que conociera, no tendría nada que hacer frente a Miguel Moraleda, pero había que mantener la fachada, y en estas fiestas solía presentar a su nieta como la mayor de las joyas.

—Esta noche no, abuela.

—¿Hay alguien especial?

—La verdad, podría preguntarte lo mismo.

—Chiara, sé que llevas unos días algo rara, pero intenta disfrutar de la fiesta.

—Claro, abuela.

Chiara le dio un beso en la mejilla y se unió al grupo donde estaba su madre, que había visto la escena entre ellas.

Cuando las dos se quedaron solas, Helena aprovechó para preguntar a su hija:

—¿Qué ha pasado?

—La abuela quería presentarme a alguien.

—Siempre lo hace, y nunca te molesta. No sirve para nada, pero nunca le haces el feo. ¿Hay alguien?

—Sí, pero no ha sido por eso. La abuela miente, mamá.

Helena supo que su hija había descubierto algo y cogió una copa de vino de una de las bandejas que pasaban.

—Vayamos por partes: ¿qué es eso de que hay alguien especial?

Chiara miró a su madre.

—No te lo he contado antes, porque es complicado, pero me gusta

mucho, mamá… Le quiero.

—¿Quién es?

—Todavía no, mamá. Necesito tiempo.

—Está bien, Coco. ¿Y lo de que la abuela miente?

—Nos oculta cosas en referencia a los viñedos Moraleda.

—¿Así que tú también andas con la mosca detrás de la oreja?

Chiara miró a su madre.

—¿Qué sabes? —preguntó.

—En realidad, nada, pero lo de las flores blancas todos los viernes… —Helena hizo una pausa, bebió de la copa de vino, y continuó—: Después de casarme con tu padre y venirme a vivir aquí, observé cómo Clara siempre estaba pendiente de la llegada del envío, y se le iluminaba la cara. Sin embargo, tu abuelo no era detallista, y es algo que tu abuela ha mencionado muchas veces. Nada de eso me cuadraba y, en una ocasión, pregunté a tu padre. Este me dijo que, desde que él recordaba, siempre había flores blancas en ese jarrón.

»La cuestión es que lo dejé pasar. Decidí no meterme en esa historia, pero, cuando tu abuelo murió, las flores siguieron llegando, y, esta vez, traían tarjeta. Si esas flores se las enviaba Cristóbal, ya no podía seguir haciéndolo. Y si las compraba ella… ¿para qué enviarse a sí misma un mensaje? —Helena respiró con profundidad y volvió a beber de la copa—. He ido a bastantes reuniones vinícolas como para pensar que esas flores provienen del enemigo.

—¡Mamá!

—Coco, ya sabes que soy una mujer demasiado observadora y, desde una posición menos importante que la de la tu abuela y tu padre, puedes observar con más detalle. ¿Tú qué sabes?

—Yo te puedo asegurar que las flores las envía Fernando Moraleda, porque he tenido la osadía de ir a la floristería.

—¡Por Dios, Chiara! Y luego dices de mí.

—Creo que deberíamos hablar cuando la fiesta acabe. Tenemos que seguir conversando con los invitados, y, si la abuela nos ve cuchicheando más de la cuenta, empezará a sospechar. Más nos vale, por nuestro bien, que no lo haga.

—¿Qué te parece si mañana vamos al *spa*?

—Me parece perfecto.

Ambas se mezclaron con los invitados y dejaron la conversación para el día siguiente.

Capítulo 11

El día que me quieras

la rosa que engalana

se vestirá de fiesta con su mejor color.
Y al viento las campanas

dirán que ya eres mía.
Y locas las fontanas

Se contarán su amor.

El día que me quieras,
Ricardo Montaner

El balneario y *spa* estaba a las afueras del pueblo. Solía recibir bastantes visitas y, desde que lo habían abierto, era todo un éxito. Había diferentes opciones para elegir, pero todas y cada una de ellas eran un descanso.

Aquel día, Helena y Chiara habían elegido la opción que incluía las diferentes piscinas, y al final un masaje.

Pasar desapercibidas era bastante difícil, dado que solían ir con bastante frecuencia, y, al fin y al cabo, eran conocidas en la región. Tampoco es que les importara mucho que las saludara o entablaran conversación con ellas, pero hoy querían estar tranquilas para poder hablar del tema tan importante que tenían entre manos.

Estaban en la piscina de aguas termales cuando se quedaron unos minutos a solas.

—¿La abuela escribió eso en el diario?

—Sí, imagina cómo me sentí cuando leí cómo se sentía la abuela ante las caricias y los besos de Fernando Moraleda.

—¿Y qué más ponía?

—Que su padre se enteró de todo. La castigó y la encerró en casa. Luego escribió que se rendía, y que no le vería más. Pero está claro que se volvieron a ver, y tuvieron sus cosas, porque Violi, la mujer que trabaja en los viñedos Moraleda, y que es hermana de Adela, la amiga íntima de la abuela en aquellos tiempos, dijo que se estuvieron rondando, y que luego, lo que sea que pasó, hizo que se odiaran. Lo cual, también es mentira, por las flores.

—Joder…, parece un culebrón.

—Adela, que es la que sabe qué pasó de verdad, vive en Italia con su marido y sus hijos, supuestamente.

—¿No estaréis pensando en ir a Italia?

Chiara abrió los ojos.

—Si queremos descubrir la verdad, no tenemos otra opción.

—¿Y por qué no se lo preguntas a la abuela? Con todo lo que sabes, no podría mentirte.

—Pero puede que no contara toda la verdad o se inventara cualquier historia o excusa. Ya sabes cómo es la abuela.

—Vamos, que lo que queréis es acorralarlos sin opción.

—¿Tú qué harías?

—No sé, cariño. ¿Es muy importante para vosotros averiguar la verdad y estar seguros de ello?

—Pues teniendo en cuenta lo que Miguel y yo nos jugamos, sí.

Chiara había decidido contarle a su madre que el chico especial era Miguel.

—No sé cómo reaccionará tu abuela cuando se entere.

—No tiene por qué reaccionar mal. Ella recibe flores del enemigo.

—Siempre he sabido que tu abuela no estaba muy enamorada de Cristóbal, pero no pensé que fuera porque seguía enamorada del amor de su juventud.

—¿Qué juventud, mamá? Adolescencia, que tenía diecisiete años.

—¿Y si las flores las recibe como gesto de eterna amistad, por lo que pasó entre ellos?

—Lo he pensado, pero en la tarjeta, que Fernando le envió el viernes con las flores, le dedicaba un verso del bolero *Contigo aprendí*. Esa canción no se la dedicas precisamente a una amiga.

—Pues, no. La verdad es que no.

—¿Ves, como es un lío?

Helena asintió, parecía una historia de telenovela.

—Pues id a Italia, descubrid toda la verdad y poned las cartas sobre la mesa.

—¿Y si Adela ha muerto?

—Pues soltad la bomba de todas maneras y nos aseguraremos de que cuenten toda la verdad. Con sinceridad, no creo que estén en condiciones de mentir, dada la pillada de las flores.

Chiara volvió a cerrar los ojos y se hundió un poco más en el agua templada.

—Bueno, he quedado con ellos para hablar de todo esto más tranquilos, y no sé qué pensaran Miguel y Nana, pero, por ahora, vamos a disfrutar del día y a relajarnos.

Helena nadó hasta uno de los chorros de la piscina, se acomodó y cerró los ojos.

Su hija tenía razón: ya habría tiempo para enfrentarse al problema. Además, si finalmente se iban a Italia, todavía quedaba bastante hasta que eso llegara.

Pensaba en cómo sería esa reunión con todos, cuando se acordó de algo.

—Ahora que lo recuerdo, la abuela hace unos cuantos años

mencionó a una amiga muy querida que no vivía en España, y con la que hablaba, de vez en cuando. Por lo visto, quería enviarle una botella de vino por su cumpleaños. Si le llegó a mandar el regalo, la dirección estará en la agenda de la abuela. No creo que estuviera hablando de otra amiga que no sea Adela. Sería mucha casualidad.

—Esperaba no tener que revolver en las cosas de la abuela, otra vez. Siempre que lo hago, descubro algo nuevo.

—Bueno, ya has leído su diario, y sus tarjetas románticas, creo que mirar la agenda es lo de menos.

Chiara giró la cabeza para observar a su madre y torció los labios en una mueca de afirmación.

—Supongo que tienes razón. Además, si la dirección de Adela está apuntada, nos quitaría trabajo, si al final nos vamos a Volterra.

Helena cerró los ojos de nuevo y pensó que tal vez sería bueno hablar con algún Moraleda en la próxima reunión vinícola, pero ¿cómo hacerlo sin que Clara se enterase de ello?

Lo más fácil, era intentarlo con Carla Moraleda. A lo mejor, ella sabía algo o, con un poco de suerte, había hablado con Miguel sobre su relación con Chiara.

Helena respiró hondo y dejó de pensar en el tema. Era mejor relajarse y pensar en ello más tarde.

Al entrar en las oficinas, una cálida sensación de ilusión la invadió.

Realmente, tenía ganas de empezar a trabajar, de formar parte de todo aquello, de manera activa.

Caminó por los despachos y, finalmente, divisó la placa que tenía su nombre. Su abuela se había encargado de dejar su nuevo despacho preparado y bonito para que se sintiera como en casa. Había colgado un cuadro precioso, de un bonito amanecer en la playa, en la pared lateral, junto a los sofás blancos con cojines verdes; había llenado las estanterías con libros de todos los géneros y también con discos de vinilo, que a Chiara le traían muy buenos recuerdos.

En una de las estanterías, había colocado el tocadiscos y varias botellas llenas de licor, que ella no probaría.

El escritorio estaba provisto de un ordenador de mesa y varios cajones, y, sobre la mesa, Clara había puesto una fotografía donde posaban los cuatro. Además, había dos marcos vacíos, para que ella colocara las fotos que quisiera.

Tomó el retrato donde estaban los cuatro y pensó en la razón por la que su abuela había elegido esa foto. Tal vez, podría haber escogido la última donde salían los cinco. Esa que se hicieron meses antes de que Cristóbal se fuera, pero ella había escogido la del año pasado.

Quizás, meditó que, al ser la más reciente, quedaba mejor, pero las

fotos se hacen para recordar momentos, para retener un instante de la vida y hacerlo eterno.

Chiara decidió no pensar en ello y dejó el marco en la misma posición en la que estaba.

Se sentó en la cómoda silla blanca, y contempló el paisaje desde el ventanal. Tenía una vista privilegiada de los viñedos, y al fondo la casa familiar.

Cogió el móvil y llamó al chico que ocupaba sus días.

—Buenos días, ¿cómo estás? —La voz de Miguel sonó cariñosa.

—Estoy en el despacho. Quería ver cómo había quedado.

—¿Y?

—Mi abuela se ha superado.

—Me alegro. El mío está sin decorar. Le he pedido ayuda a Nana.

Chiara sonrió, sabía que la joven ya había pensado en eso, y quería darle una sorpresa a su hermano.

—Seguro que la enana te echa una mano. Ayer estuve hablando con mi madre y… No te enfades, pero se lo conté todo. Menos mal que lo hice, porque también sabía cosas. Sobre todo, lo de las flores.

—No te preocupes. Yo tuve una conversación con mi abuelo bastante obvia. Sabe que hemos descubierto cosas, pero no parece molesto.

—¿Hablas en serio? Entonces, quizás mi abuela también sepa algo.

—Le estuve dando vueltas anoche y, aunque parezca una locura, creo que van a dejar que descubramos la verdad. Mi abuelo y yo siempre nos hemos entendido, y las palabras que me dijo…

—Bueno, si tú estás seguro de ello, está claro lo que tenemos que hacer. Mi madre piensa que tal vez la dirección de Adela esté anotada en la agenda de mi abuela. Estoy esperando a que se vaya a la peluquería, para entrar en el despacho y buscarla.

—Al final, va a ser inevitable.

—Lo sé, pero mi madre tiene razón: mi abuela apunta todo en esa agenda, y, si todavía tiene algún tipo de contacto con Adela, al menos habrá un teléfono.

—Pues cuando sepas algo, llámanos. Tal vez podríamos comer juntos con Nana, y hablar de lo que vamos a hacer al final.

—Sería estupendo. Podemos quedar en el restaurante que está junto a la urbanización donde vive David.

—Ese sitio está muy bien y podremos hablar sin problemas. Voy a llamar para reservar. ¿A las dos?

—Perfecto. Luego nos vemos.

Se quedaron un segundo en silencio, escuchando las respiraciones del otro, y, finalmente, Miguel habló:

—Hasta luego. Un beso.

Colgaron la llamada y ambos contemplaron la pantalla del móvil.

Querían decirse tantas cosas, que no sabían cómo hacerlo.

Chiara salió de las oficinas justo a tiempo para ver a su abuela montarse en el coche con Francisco, para ir a la peluquería.

Entró en el despacho y abrió el cajón, donde sabía que su abuela guardaba la agenda.

Era un libro antiguo de piel, donde anotaba los teléfonos de los clientes, las direcciones, y también guardaba las tarjetas, y alguna foto de carné.

Buscó entre las páginas y allí la encontró.

Como Violi había dicho: su hermana vivía en Volterra.

Chiara hizo una foto a la dirección, al número de teléfono, y dejó la agenda en su sitio.

Le envió la foto a Miguel y a Nana, y esperó a que fuera la hora de comer.

—Pues nos vamos a Italia. Organizamos el viaje y hablamos con Adela. Lo del teléfono está muy bien, pero a mí me gustaría conocerla personalmente. Tal vez, si la veo, comprenda mejor las razones de mi abuela.

—Estoy de acuerdo. Además, no creo que un viaje nos venga mal —señaló Nana.

—Podemos irnos todos. David, Cris, Berto, y nosotros —sugirió Miguel.

—Pues como idea no está mal: ocultar todo este embrollo con un viaje de amigos —dijo Nana.

—Aunque sepan que vamos a lo que vamos. —Chiara cogió el vaso de agua.

—Está claro que ellos quieren que lo hagamos. Al menos, nuestro abuelo.

—Aun no me creo que te haya dejado las cosas claras sin decirte nada. Lo del abuelo es fuerte de narices. ¡Ya le vale!

Miguel agarró la mano de su hermana, por encima de la mesa, y ladeó la cabeza.

—Ya sabes cómo es el abuelo: o se comunica por indirectas o suelta las cosas a bocajarro. No tiene término medio.

—Como decía la abuela: o juanillo o juanazo.

Ambos sonrieron ante el recuerdo de su abuela, y Chiara pensó que le habría encantado conocerla. Los dos hablaban de Luz con una ternura envidiable, que ella jamás sintió por su abuelo.

Le quería y era un hombre increíble, pero nunca sintió el apego que

Miguel y Nana tenían todavía por su abuela.

Sin embargo, con Clara era distinto.

Chiara la adoraba. Sentía por ella devoción. Una sensación que los últimos días había parecido difuminarse, pero que, a pesar de todo, seguía intacta. Se dio cuenta que había sido un poco borde con ella, y pensó que tendría que buscar el modo de hacer las paces.

—¿Y vuestro abuelo? ¿Cómo sabía de vino? —preguntó cambiando de tema.

—Siempre ha estado vinculado al mundo del vino, desde pequeño. Aprendió todo en unos viñedos que ya no existen. El dueño no tenía hijos, y sentía debilidad por nuestro abuelo. Durante años, le enseñó todo acerca del negocio. Le quería como a un hijo, y tenía previsto dejarle aquel lugar como herencia, pero un incendio arrasó todo, destrozando las cosechas y la tierra. El pobre hombre murió, intentando salvar lo poco que quedaba. —Miguel dejó el tenedor sobre el plato y cogió la servilleta—. Cuando se leyó el testamento, mi abuelo era el único heredero de aquellas tierras devastadas, pero, por suerte, eran edificables. Así que, una constructora se las compró a precio de oro, porque estaban ubicadas en buena zona. Allí no había nada que hacer, así que mi abuelo vendió y, con el dinero de aquellas tierras, compró los viñedos Moraleda. El resto ya lo sabes.

—Vaya —dijo Chiara.

—Sí, el abuelo habla de aquello con tristeza. Ese hombre era como su padre. Lo acogió en su casa, le enseñó una forma de ganarse la vida, y le dejó todo lo que poseía. El abuelo estaba solo. Su padre murió en la mina donde trabajaba, y su madre al darle a luz. Siempre nos recuerda que, gracias a ese hombre que le dio todo, hoy somos quienes somos —concluyó Nana.

—Tú nunca hablas de tu abuelo —comentó Miguel a Chiara.

—No mucho, la verdad. Era un hombre tranquilo, aunque muy activo. Le encantaba el campo y estar con la vid. Era quien dirigía todo en el plano de la tierra. Él y mi abuela se llevaban bien. Nunca los vi discutir, y se acoplaban de maravilla con relación a los viñedos. Con mi padre también tenía una buena relación, y con mi madre igual. Nunca tuve problemas con él, pero no sentí devoción por él. Al contrario que con mi abuela, a quien adoro, a pesar de todo.

»Cuando el abuelo se fue, me dio pena, porque nunca es agradable perder alguien. Puede que él y yo no estuviéramos unidos, pero lo quería. En cambio, no recuerdo que mi abuela se derrumbara por la pérdida de su marido. Tampoco llevó luto. Simplemente, siguió adelante.

—Puede que el mejor modo de honrarle fuera seguir adelante, aunque no estuviera enamorada de él —dijo Nana.

—La verdad es que no había pensado en ello, hasta que pasó todo

esto, y mi madre me lo comentara el otro día. A ella, también le extrañó la racionalidad con la que mi abuela se comportó tras la pérdida.

—¿Piensas que tu abuela por fin se sintió libre? —preguntó Miguel.

—No creo que libre sea la palabra. Más bien, que simplemente pensó que ya no tenía que fingir amor por alguien de quien realmente no estaba enamorada. Estoy segura de que de verdad le quiso, pero amor… Eso es otra cosa.

—David dice que ellos se apuntan al viaje; que si queremos ahora, cuando acabemos de comer, podemos ir a su casa y hablarlo —indicó Nana, cambiando de tema.

—Me parece bien.

—A mí también —afirmó Chiara.

Terminaron de comer tranquilos y, cuando pagaron, cogieron el coche en dirección a la casa de David, que quedaba muy cerca.

El chalé donde vivía David formaba parte de una urbanización que hace años construyeron a las a fueras de Ábalos, y que el padre de este consideró una buena inversión tras el divorcio.

Era una urbanización grande en terreno, pero con pocas viviendas, lo que hacía que los vecinos se llevaran bien.

La piscina ocupaba el centro del espacio y formaba parte de la zona ajardinada.

La urbanización también contaba con varias pistas de pádel y una cancha de baloncesto.

El padre de David había comprado el chalé número doce y, en la parte de atrás, había construido un anexo para que su hijo tuviera privacidad, una vez que fuera mayor. También lo utilizaban como habitación de invitados, para que no tuvieran que quedarse en la casa; una especie de *suite*, que contaba con una pequeña y recogida cocina americana, una habitación, con cuarto de baño, y un amplio salón con todas las comodidades.

La decoración estaba cuidada. Se notaba que los muebles habían sido escogidos con mimo y buen gusto, lo que significaba que, con seguridad, el padre de David hubiera contratado a un decorador.

Los colores, que habían sido seleccionados, daban la sensación de tranquilidad, y el aroma afrutado que se respiraba, lo proporcionaban varios ambientadores repartidos por la estancia.

Cuando llegaron, aparcaron el coche, y David, Cris y Berto ya los esperaban dentro.

—Por lo visto, nos vamos a Italia, ¿no? —Berto se acercó a Nana.

—A Volterra —dijo esta, dándole un beso en los labios.

—¿Cuándo nos vamos?

—Pues sería bueno que fuéramos mirando ya los vuelos y el hotel —indicó Chiara, contestando a David, y sentándose al lado de Cris al mismo tiempo.

Este se levantó y cogió el portátil. Escribió la contraseña y se lo dio a Cris.

Sabía que a ella le encantaba organizar los viajes, y que había organizado todos lo que había hecho con Chiara.

En efecto, tardó unos minutos en buscar los vuelos.

—Yo creo que estos son los mejores. Llegamos a Italia a las diez, y en el aeropuerto podemos coger un coche de alquiler, para ir hasta Volterra.

—A mí ese vuelo me parece bien.

—Resérvalo, y mira lo del coche de alquiler.

Cris reservó los vuelos que había seleccionado, y también el automóvil.

—Perfecto. Ahora el hotel.

Abrió otro buscador e indagó las fechas.

—Hay bastante disponibilidad —comentó Chiara, que estaba mirando la pantalla.

—Qué os parece este. Es como una especie de villa, con pocas habitaciones, pero muy acogedora y bonita.

Cris le pasó el portátil a Nana, para que ella y Berto echaran un vistazo.

—Me gusta —indicó la joven, devolviéndole el ordenador—. Una villa en la toscana.

—Vale. ¿Habitaciones? —preguntó Cris, mirando a Nana y Berto.

Estos se miraron, pero Berto prefirió dejar que contestara Nana. No quería precipitar las cosas.

La contestación de Nana le agradó.

—Tres dobles. Mi hermano y Chiara, David y tú, y Berto y yo.

Cris asintió feliz y reservó las habitaciones.

—Pues ya está. Volterra nos espera en tres días.

—¿Siempre se le ha dado tan bien? —preguntó David.

—Siempre. Es un genio con los buscadores. No sé cómo lo hace, pero siempre acaba encontrando los mejores vuelos y hoteles.

—Es un don —señaló Cris, moviendo las pestañas.

David rio por el gesto, y le dio un beso.

—¿Seguro que queréis hacerlo? —preguntó Berto.

—Sí, lo hemos hablado y, aunque podríamos llamar por teléfono, hemos preferido conocerla en persona —argumentó Miguel.

—Yo habría hecho lo mismo. Tal vez, si la veis, comprendáis mejor por qué Clara y Fernando se han comportado así —añadió David.

—Yo he dicho lo mismo. Por teléfono no ves las caras, los gestos, y no sabes si la persona está nerviosa o fingiendo. La voz que escuchas

puede darte pistas, pero…

—Un cara a cara siempre es mejor —terminó Nana, mirando a Chiara.

—Bueno, sea lo que sea, ya no hay marcha atrás. No pienso cancelar ni vuelos, ni coche, ni habitaciones.

Todos rieron ante el comentario de Cris, y continuaron hablando de otras cosas.

En un momento en que Nana se sentó al lado de Chiara, ella bajó la voz y le preguntó:

—¿Estás nerviosa?

—¿Por el viaje?

—Y por Berto.

Nana tomó aire.

—Estoy muy nerviosa. Es…

—Lo sé —dijo Chiara, cogiéndole la mano—, pero Berto te gusta, y tú le gustas. Está todo bien. Además, estoy segura de que se va a comportar como un caballero, y no va a hacer nada que tú no desees.

—Lo sé, lo sé… Sé que va a tener paciencia, pero soy yo la que quiere estar con él.

—Pues entonces, relájate. Todo va a ir bien.

Nana abrazó a Chiara y le susurró al oído:

—Me alegra mucho haberte conocido, y que estés en nuestras vidas.

—A mí también, enana.

Capítulo 12

Toda una vida

estaría contigo.
No me importa en qué forma

ni dónde, ni cómo

pero junto a ti.

Toda una vida,
María Dolores Pradera

—No me parece mal que os vayáis de viaje antes de irte a Harvard —comentó Carla.

—Sí, lo hemos hablado, y nos vamos todos.

—¿David y Berto también? —preguntó Rafael.

—Y la novia de David, también.

—¿Y tu hermano no se va a sentir como un candelabro? —quiso saber Carla.

Nana rio y negó con la cabeza.

—Para nada. Sabemos comportarnos, y no es un viaje romántico. Solo somos unos cuantos amigos haciendo turismo por Italia.

Rafael dio un beso a su hija antes de marcharse, y otro a su mujer.

—Creo que es una gran idea que os vayáis unos días —dijo saliendo de la habitación.

—Y con Berto… ¿Todo bien?

—Sí, mamá todo bien.

Carla y ella habían hablado tras la cita que tuvieron, y su madre le había dejado claro que Berto le gustaba, y que se alegraba por ella.

Saber que su madre estaba de acuerdo, a Nana le gustó. De lo contrario, se habría sentido incómoda, aunque no habría cambiado su decisión de estar con él, y aprovechar el tiempo que le quedaba en casa.

—Voy a ver a tu hermano. ¿Está arriba?

—Creo que sí.

Carla salió del salón y se cruzó con su padre por el pasillo, Fernando entró y sonrió a su nieta.

Ella se levantó y se sentó en el regazo de su abuelo. Puede que estuviera algo enfadada por la situación, pero ese hombre siempre había su debilidad, y eso no iba a cambiar, pasara lo que pasara.

—¿Qué le ocurre a mi ratona? —preguntó, acogiendo a su nieta.

—Nos vamos a Volterra, abuelo —dijo sin ocultarle la verdad. No merecía la pena.

—Lo sé. Tu hermano me lo ha dicho y me parece bien.

—Abuelo…

—Ratona, id allí. Pasadlo bien, haced lo que tengáis que hacer, y, cuando volváis, hablaremos del tema.

Nana se acurrucó y el olor de su abuelo a tabaco de pipa la inundó.

—¿Por qué?

Fue una pregunta sencilla, que Fernando sabía que tenía una respuesta complicada, y que a ella le faltaba información para entender, pero tampoco quería dejar sin responder.

Hacía muchos años, cuando vio que Nana era curiosa y que tenía ansias de saber y conocer cosas, se prometió que siempre le daría las respuestas acordes y las armas para que ella sola supiera buscar respuestas.

—A veces en la vida hay que tomar decisiones que nos duelen, pero tenemos que aprender a vivir con ellas. Seguir adelante, aunque nos cueste. Habrá días que duelan, otros que solo piquen o escuezan, pero, con el tiempo, dejan de doler, y dan paso a una cicatriz como recuerdo. Eso es lo que realmente merece la pena.

—¿La cicatriz?

—La dicha de saber que fue lo correcto. La emoción de darte cuenta de que en el camino no has estado solo, y que esa compañía te ha sanado las heridas. El conocimiento que otorga la lección aprendida, y la sabiduría que te dan los años.

—La abuela lo sabía. —No fue una pregunta, solo una afirmación redonda.

—Tu abuela era la mujer más lista del mundo, además de la más generosa. Ella fue mi luz en la oscuridad y, por eso, la estaré eternamente agradecido. Su acto de amor nos ha traído hasta aquí, y nos ha hecho ser quienes somos.

—La echo de menos.

—Y yo, ratona. Todos los días ocurre algo que me gustaría contarle a tu abuela.

—¿Qué ha ocurrido hoy?

Fernando abrazó a su nieta y le dio un beso en el pelo rubio, que había heredado de ella.

—Me gustaría contarle que nuestra pequeña princesa se hace mayor, que es tan lista como su abuela e igual de generosa. Estaría muy orgullosa de saber que, a pesar de todo, sigues buscando el consuelo en brazos de tu abuelo.

Nana apretó con fuerza su cuerpo, en un gran abrazo.

—Siempre. Te lo prometo.

Era una promesa que cumpliría siempre, y Fernando lo sabía.

Cerró los ojos y acompasó su respiración a la de ella, hasta que se quedó dormida. Después, sonrió con ternura y miró al techo, dando las gracias a la luz que sabía que, de algún modo, estaba con ellos.

—Bueno, parece que os lo vais a pasar bien.

Carla entró en la habitación de su hijo y se sentó en la cama, justo al lado de la maleta abierta.

—Sí, hemos pensado que estaría bien hacer un viaje antes de que acabara el verano.

—Es una idea estupenda.

Miguel sonrió a su madre y metió unos zapatos en la funda, para después colocarlos en la maleta. Contempló a su madre, y supo por su expresión que había algo más.

—¿Qué pasa?

Carla miró a su hijo con gesto de extrañeza.

—¿A qué te refieres?

—Venga, mamá, que nos conocemos. ¿Qué ocurre?

—A ese viaje…, ¿también va a ir Chiara?

Miguel observó a su madre sorprendido. No esperaba que supiera algo.

—¿Cómo sabes…?

—Os he visto. Estabais en el club tomando algo, y yo fui con unos clientes. Vosotros no me visteis, pero… Bueno, vi como os besabais. —Carla hizo una pausa, y empezó a trazar con el dedo las rayas de la colcha de la cama—. No conozco a Chiara, personalmente, pero la he visto en varias ocasiones con su madre en el balneario. Es muy guapa.

—Lo es, y me gusta mucho. Yo…

—Entonces, ¿ella también va al viaje?

—Sí, Chiara es la mejor amiga de Cris, la novia de David. Las conocimos a la vez. Me quedé sorprendido, al principio, cuando supe quién era, pero me fue inevitable. A los dos.

—Lo entiendo perfectamente, y no tienes que disculparte ni hacer nada. Estoy de acuerdo con esa relación.

Miguel apartó la maleta y se sentó al lado de su madre.

—¿Acabas de decir que estás de acuerdo con que salga con el enemigo?

Carla soltó una pequeña risa.

—Miguel, cariño, sé que tienen que ser nuestros enemigos, porque así lo decidió tu abuelo hace mucho tiempo, pero yo también pienso que es ridículo. A mí no me han hecho nada, y a vosotros tampoco. Seguir con esta enemistad es absurdo, y más sabiendo que tu abuelo y Clara…

—Espera, ¿qué sabes tú de eso? —preguntó Miguel.

—Sé que mi padre y Clara tuvieron una relación siendo muy jóvenes, antes de que conociera a mi madre, y de que Clara se casara. Vi una foto antigua. Los dos estaban en Italia.

»Cuando habéis dicho que os ibais a Volterra, he atado cabos.

»Supongo que, tras conocer a Chiara, habréis llenado huecos de la historia que con tanto celo mi padre ha guardado.

—No sabía que sabías algo.

—Bueno, solo sé que tuvieron algo, pero nada más. Entiendo que, si vais a Italia, es porque allí están las respuestas que necesitáis.

—Sí, las respuestas están en Volterra.

—¿Y después?

—Después, nos sentaremos todos a hablar, para que Chiara y yo podamos estar juntos sin que nadie ponga problemas. Pase lo que pase, ella y yo vamos a continuar, pero nos gustaría que todo estuviera bien, y que no haya ningún impedimento. No estamos pidiendo permiso, ni tampoco aprobación. Solo queremos dejar las cosas claras.

—Me parece perfecto.

Miguel cogió la mano de su madre y la apretó con suavidad.

—El abuelo lo sabe, mamá. Sabe que Nana y yo hemos descubierto cosas, y que vamos a Volterra a terminar de llenar esos huecos —dijo, repitiendo las palabras de su madre.

—Cómo no, mi padre adelantándose a los acontecimientos.

Ambos se miraron y comprendieron que Fernando simplemente estaba dejando que las cosas sucedieran, y que no iba a pararlas.

—Te dejo que sigas haciendo la maleta. Solo quería que supieras que me parece bien, y que no voy a hacer nada. Estoy de tu parte.

—Gracias, mamá. Es importante para mí.

Carla se levantó y acarició la mejilla de su hijo, antes de darle un beso.

—Tienes que arreglarte la barba.

Miguel puso los ojos en blanco.

—Sí, mamá.

Vio como su madre salía de la habitación y él continuó haciendo la maleta.

No esperaba que su madre supiera nada, y había sido toda una sorpresa. Se preguntó si su padre también sabría algo, y entró en el vestidor para coger unos pantalones.

Carla bajó las escaleras y lo primero que vio al entrar al salón fue a su hija durmiendo en el regazo de su abuelo.

—Se ha quedado dormida —dijo, sentándose en el sofá de al lado.

—Sí, mi ratona está creciendo, pero todavía encuentra un respiro en su abuelo.

—Papá, no sé por qué estás dejando que todo esto ocurra. Supongo que, llegado el momento, nos lo dirás, pero quiero que sepas que es agradable que, por una vez, dejes que las cosas pasen.

Fernando estiró el brazo y Carla le cogió la mano.

—Era el momento. No es que antes no lo fuera, simplemente no

había pasado, pero los niños son demasiado curiosos y ahora está Chiara. Clara y yo sabíamos que en algún momento sucedería, que tendríamos que contar la verdad, solo que no esperábamos que fuera tan pronto, y en estas condiciones.

—Así que, ¿sigues en contacto con ella?

—Siempre hemos estado en contacto. Cuando los niños vuelvan de Volterra…

Carla apretó la mano de su padre.

—Lo sé. No te preocupes. Esperaremos. Me alegro de que tu ratona aún te necesite, pero que sepas que te necesitará siempre.

—Lo sé, y no sabes lo feliz que me hace. A pesar de todo, mírala, respira tranquila.

Carla sonrió y se acomodó en el sofá, cambiando de tema.

El hotel donde se celebraba la entrega de premios estaba ubicado en una calle principal de la ciudad. Allí se iban a reunir grandes empresarios del mundo del vino, que participaban en el premio, y era un foco enorme para hacer clientes.

La convención iba a durar todo el fin de semana y había actividades diversas. Sobre todo, conferencias.

A Helena siempre le había gustado asistir, y no solo porque las bodegas Alcázar llevaran cinco años ganando. Era por la sensación que se creaba en el ambiente.

Ella, en las bodegas, ocupaba la directiva de marketing y publicidad. Era lo que había estudiado en la facultad, y le encantaba su trabajo.

Gracias a ese trabajo, había conocido a Mateo.

Cuando se graduó en la universidad, consiguió que el departamento de recursos humanos de la empresa contestará a su solicitud para trabajar en la publicidad de los viñedos.

Aún recordaba la entrevista con Clara, lo nerviosa que estaba y lo feliz que le hizo que ese mismo día le dijeran que el puesto era suyo.

No llevaba ni un mes trabajando en la empresa, cuando vio por primera a Mateo. Era el hijo de la dueña, y ella solamente una empleada más, pero aquello a Mateo no le importó, y a Clara tampoco.

Según fueron pasando los años, Helena demostró ser imprescindible para la empresa, y consiguió el puesto de directora de marketing y publicidad.

El mismo día que fue con Mateo a celebrar su ascenso, él la pidió matrimonio.

Helena recordaría aquella noche siempre.

En aquel restaurante donde estaban cenando, cambió su vida para

siempre.

Se terminó de arreglar el pelo frente al espejo del cuarto de baño, cogió su acreditación y tomó el ascensor para bajar a la planta donde habían reservado varias salas para realizar las charlas.

Tras asistir a una conferencia sobre etiquetado, se reunió con Clara y Mateo en el almuerzo para viticultores.

—¿Qué tal la charla? —preguntó Clara.

—Interesante.

Helena cogió una copa de vino que le ofrecía Mateo.

—Galán Gran Reserva. Es excelente.

—Suave, con notas de especias. Me gusta.

—Nos han regalado una caja. Estoy segura de que a Chiara le gustará —comentó Clara—. Allí está Fátima Salinas, tengo que hablar con ella.

—Buenas tardes —saludó un hombre corpulento.

—Gerardo, hola. ¿Cómo estás? —saludó Helena, dando dos besos al hombre.

—No me puedo quejar, he conseguido que Gianluca Ricci sea mi distribuidor en Italia.

—Enhorabuena —dijo Mateo, dando un abrazo a Gerardo.

—Sí, parece que ya soy lo bastante bueno para tener el mismo distribuidor que vosotros.

—No digas eso. Tus vinos siempre son de calidad.

Helena desvió la mirada al fondo de la sala y observó a Carla Moraleda. Estaba hablando con un periodista de una revista *gourmet*.

Cuando el caballero estrechó la mano a Carla, ella sonrió y su mirada se cruzó con la de Helena. Miró hacia la puerta, y ambas entendieron.

—Disculpad. Gerardo, espero verte en la cena.

—Allí nos veremos.

Helena dejó la copa de vino sobre la mesa y se dirigió a la salida.

—Creo que deberíamos hablar en un sitio más tranquilo —sugirió Carla.

—Vamos al restaurante.

Ambas se encaminaron al restaurante del hotel y se sentaron en la barra.

—Me alegro de saludarte —dijo Helena.

—Yo también. Sé que debería sentirme como una traidora, pero no lo consigo.

—Al parecer, no lo somos.

—Miguel me ha contado que Chiara va a ir a Volterra.

—Sí, mi hija… Bueno, también me lo contó todo.

—¿Y qué te parece? —preguntó Carla.

—Que ya era hora de que alguien agitara el avispero. Siempre me

ha parecido un absurdo no poder hablar con vosotros. Entiendo que Clara y Fernando tengan sus razones, pero tantos años…

—Estoy de acuerdo.

—La verdad, no pensé que Chiara fuera a descubrir tantas cosas, aunque siempre ha sido mucho más curiosa que yo. Por no mencionar, que tiene un gran motivo. Estoy segura de que Miguel es un gran chico.

—Te lo aseguro, y Chiara es muy importante para él.

—Es mutuo. Mi hija está muy ilusionada.

—Fin de la tregua, supongo.

—Tenemos que esperar a que los niños vuelvan de Italia y, sí, supongo que nos reuniremos para hablar de ello.

—Mi padre lo sabe. Está dejando que las cosas sucedan.

—Lo sé, ha sido toda una sorpresa por parte de Clara. Siempre ha sido muy cautelosa en cuanto a vosotros.

—¿Qué crees que pasó?

—Me he imaginado millones de historias, y, la verdad, tratándose de mi suegra, puede ser cualquiera. Clara siempre ha sido una mujer fascinante, y la admiro por ello. No siempre estoy de acuerdo en las decisiones que toma, pero reconozco que es todo personalidad y carácter.

Ambas se dieron la vuelta y observaron que la gente salía de la sala que el hotel había asignado para el almuerzo.

—Creo que deberíamos separarnos —señaló Carla.

—Sí, volvamos con ellos.

Carla caminó hacia la entrada de la sala y localizó a su marido, y a su padre, mientras que Helena esperó unos minutos, y después entró para reunirse con Mateo y Clara, que también estaban a punto de salir.

Ambas se miraron, sonrieron, y supieron que, a pesar de no conocerse, tenían muchas cosas en común. Sabían que durante el fin de semana habría tiempo para seguir hablando, y esperaban que en esa conversación también estuvieran Mateo y Rafael.

Ante todo, querían que ellos también fueran partícipes de lo que estaba ocurriendo, y de todo lo que iba a suceder.

—La ciudad de Volterra, perteneciente a la provincia de Pisa, se halla en pleno corazón de la Toscana italiana. La preciosa ciudad amurallada, considerada un santuario de la arquitectura medieval, etrusca, romana y renacentista, se eleva desde lo alto de una colina, ofreciendo una de las mejores vistas panorámicas —Nana dejó de leer el panfleto turístico y se giró para observar la ciudad—. Me encanta. No me importaría vivir aquí.

—A mí tampoco, la verdad. —Cris se colocó el bolso y caminó la pequeña distancia que había entre el coche y la entrada al hotel.

—El sitio es muy bonito… Que os parece si nos registramos, descansamos un poco, y después bajamos a cenar —sugirió David.

—A mí me parece bien —indicó Chiara.

Se registraron en la recepción de la villa, donde iban a dormir esos días, y subieron a las habitaciones.

La villa ofrecía unas vistas preciosas a la ciudad, y conseguía que sucumbieras ante la delicia de la Toscana italiana.

Miguel abrió el balcón de la habitación y contempló el horizonte.

—Si la vista de Ábalos te parece bonita, mira esta.

Chiara salió a la terraza y comprendió a lo que se refería su chico.

Miguel se situó a su espalda, y la rodeó con sus brazos.

—Es un buen sitio para perderse.

—Crees que eso es lo que pensó Adela cuando vino aquí.

—Estoy segura. Ahora entiendo por qué a mi abuela le encanta Italia y la Toscana. Seguro que es por todas las veces que vino a visitar a Adela.

Los dos se quedaron en silencio unos minutos, observando cómo el sol se escondía en las montañas.

—¿A qué hora vamos a ir mañana? —preguntó Miguel, entrando de nuevo en la habitación.

—Creo que es mejor ir por la mañana, pero luego hablamos con tu hermana, para ver qué le parece a ella.

—Creo que estaría bien. Mientras nosotros vamos a hablar con ella, el resto puede hacer algo de turismo.

Chiara asintió y se sentó en la cama, para abrir la maleta y sacar el neceser.

Después, fue al amplio cuarto de baño, dejó el neceser sobre un mueble blanco de estilo rústico, y empezó a llenar la bañera.

Cuando estuvo lista, se sumergió en el agua templada y sonrió.

—¿Me acompañas? —preguntó elevando la voz.

Miguel empujó la puerta del baño que Chiara había dejado entornada y se mordió el labio. Contempló el cuerpo mojado de su chica, y empezó a desnudarse.

Se unió a ella en la enorme bañera y cerró los ojos.

—Quien inventó los baños, era una persona inteligente —dijo, echando la cabeza hacia atrás.

—Sabía lo que hacía.

Chiara se incorporó y se sentó a horcajadas sobre el cuerpo de Miguel, y le dio un suave beso en el cuello. Subió hasta su oreja y le mordió el lóbulo, hasta que él la atrajo hacia su boca.

Sus labios atraparon los de ella, y su lengua saboreó el dulce néctar, junto a la humedad del agua.

Las manos de Miguel se movían ágiles por el cuerpo de Chiara. Acariciaron su espalda húmeda, que sobresalía del agua, mientras Chiara le besaba despacio, deleitándose.

Miguel se acomodó mejor en la bañera, dando un acceso más cómodo a su cuerpo, y siguió acariciándola, mientras se daba un festín con su boca.

Sus manos investigaron el pecho de ella, hasta que su boca llegó a esa zona para jugar.

Mordió el pezón con cuidado, haciendo que la piel de Chiara se erizara, y jugó con él durante unos minutos. Después, pasó a colmar con el mismo placer el otro.

Chiara tenía los ojos cerrados, la cabeza echada hacia atrás, sus manos agarraban con fuerza los brazos de Miguel, mientras su cuerpo reaccionaba a las caricias.

La boca y la lengua de Miguel la provocaban, pero ella también estaba dispuesta a jugar.

Paseó sus manos por el cuerpo fibroso de su chico, y, cuando llegaron al destino deseado, sus dedos hábiles desaparecieron dentro del agua.

Durante unos minutos, se dedicó a volverlo loco, mientras él dejaba que marcara el ritmo. Cuando Miguel sintió que apenas podía más, abrió los ojos y la besó mordiéndola el labio.

—Me estas volviendo loco, y lo vas a pagar.

—¿Cómo?

Miguel salió de la bañera y la cogió en brazos. La tumbó sobre la cama, sin importar que las sábanas se mojaran, y empezó a besarla con fuerza, mientras sus dedos recorrían su cuerpo.

Se pasearon sin miedo y sin vergüenza por los pliegues de ella, hasta conseguir volverla loca.

Cuando Chiara no pudo más, y estalló en los brazos de Miguel, este sonrió, dispuesto a terminar con la tortura. Cogió un preservativo y se tumbó sobre ella.

Cuando el cuerpo húmedo de Miguel volvió rozar el de Chiara, sintió que temblaba.

Se puso el preservativo y despacio entró en ella. Sintió cómo Chiara le dejaba, y se agarraba con fuerza a su cuerpo, mientras él empujaba.

Escuchó cómo le pedía más, hasta que ella volvió a estallar, provocando que su cuerpo reaccionara, y se uniera a ella con rapidez.

Miguel salió del interior de Chiara, rodó ligeramente por la cama, se quitó el preservativo, y atrajo al calor de sus brazos el cuerpo todavía húmedo de su chica.

Besó con delicadeza el hombro y, durante unos minutos, hasta que sus respiraciones no fueron tranquilas, solo se escuchó el silencio de la Toscana italiana.

Capítulo 13

Y es que no sabes lo que tú me haces sentir,

que no hay momento que yo pueda estar
sin ti.
Me absorbes el espacio,
despacio me haces tuyo,

muere el orgullo en mí.
Y es que no puedo estar, sin ti.

Por debajo de la mesa,
Luis Miguel

Cenando aquella noche, decidieron que era mejor quedar en la recepción a las diez de la mañana y, desde allí, ir a la dirección que Chiara había encontrado en la agenda de su abuela.

Tenían que coger el coche, ya que Adela vivía a las afueras de la ciudad, en una campiña que, cuando llegaron, les resultó preciosa. La casa tenía dos plantas y estaba rodeada por grandes árboles centenarios. Se accedía a ella por un camino de tierra, donde Miguel detuvo el coche.

—¿Y si no está? —preguntó, observando la casa a lo lejos.

—Pues al menos lo habremos intentado. Volvemos a casa y hablamos de todo con nuestros abuelos, pero, si nos han dejado venir hasta aquí, es que ella nos está esperando —indicó Chiara.

Nana se movió en el asiento de atrás y fijó su vista a través del cristal.

—La casa es preciosa. Parece que a Adela no le ha ido mal.

—Tienes razón. Ella nos está esperando —dijo Miguel.

—Es un poco fuerte, visto desde aquí, pero, con sinceridad, dudo que mi abuela no la haya avisado.

—Está claro que Adela debe saber que venimos, otra cosa es que nos vaya a contar todo. —Nana miró a Chiara.

—¿Por qué no iba a hacerlo?

—Bueno, tal vez nos cuente parte, y deje que el abuelo y Clara terminen la historia cuando volvamos —sugirió Miguel.

Los tres se quedaron en silencio unos segundos, observando la casa, y fue Nana quien habló primero:

—Sea lo que sea que pase, o lo que nos cuente, tenemos que estar preparados. Está claro que no nos va a gustar, pero no hemos llegado hasta aquí para nada.

—Claro que no. Hemos llegado hasta aquí para que esa mujer nos llene los huecos que están vacíos en la historia de nuestros abuelos, así que dale —animó Chiara.

—Pues vamos allá.

Miguel volvió a poner el coche en marcha y condujo por el camino de tierra hasta la explanada.

No habían salido del vehículo, cuando la puerta de la casa se abrió.

Una mujer salió por la puerta principal, y les esperó con una sonrisa en los labios.

—*Buongiorno, come posso aiutarti?*[2]

—*Buongiorno, Adela abita qui?*[3] —preguntó Nana.

—*Entrate. Avvertirò la signora.*[4]

Los tres siguieron a la mujer, que les condujo a un precioso salón, decorado en tonos azules, por donde la luz entraba a raudales, y les pidió que se sentaran.

Escucharon unas voces, que parecían provenir de una de las salas cercanas a ese salón, y, un minuto después, una mujer elegante apareció en la sala.

—Buenos días. Miguel, Chiara y Nana, ¿verdad?

—Sí.

—Estupendo, os estaba esperando. Soy Adela.

La mejor amiga de Clara era una mujer morena, de estatura media.

Nana intentó buscarle algún parecido con Violi, pero no lo encontró. Apenas parecían hermanas.

Adela vestía unos pantalones blancos de vestir, y unas sandalias con un poco de tacón. Llevaba una blusa verde, que destacaba su tez morena, y el pelo recogido en un moño bajo.

Pidió a la mujer que les había recibido en la entrada que trajera un poco de té helado, y observó a los nietos de Fernando y Clara.

—¿Supongo que mi abuela la avisó de nuestra llegada?

—Sí, me llamó hace unos días para decirme que veníais —dijo, cogiendo la jarra que la mujer había dejado sobre la mesa, sobre una bandeja, con cuatro vasos—. *Grazie*, Isi[5].

—Le dijo que veníamos a…

—Buscar la verdad sobre su historia —cortó Adela a Miguel. Sirvió en los vasos el té helado y les sonrió con ternura—. ¿Qué queréis saber?

—Todo.

Adela dio un sorbo y miró a través de los ventanales del salón.

Después, dirigió su mirada a las estanterías que había en la pared de enfrente y se levantó para coger un álbum de fotos. Lo dejó sobre la mesa y permitió que fueran ellos quienes pasaran las páginas.

—Clara y yo éramos como hermanas. Nos conocimos siendo niñas en el colegio de las monjas. Yo…, apenas tenía amigas. Era desconfiada y tímida. Todo lo contrario que Clara. Ella era el alma de todas las fiestas. Entraba en una habitación, y todo el mundo la miraba. Siempre tan elegante, tan distinguida, era tan bonita… Bueno,

aún lo sigue siendo. No sé por qué decidió que fuéramos amigas, pero, desde ese día, nos volvimos inseparables, y aquello me cambió la vida. —Adela hizo una pausa y observó las fotos en blanco y negro—. Recuerdo a la perfección el día en que Clara y Fernando se conocieron. Estábamos paseando por la plaza, hacía un poco de viento, y a Clara se le voló el pañuelo que llevaba aquella mañana. Era un pañuelo precioso. Azul, con pequeñas flores blancas, que le había regalado su madre por su cumpleaños. Ella echó a correr para alcanzarlo, y fue Fernando quien lo cogió, y se lo dio.

»Si en ese momento me hubieran dicho todo lo que iba a pasar después, me lo hubiera creído. No sé si fue por la forma en la que se miraron o simplemente… La verdad, no lo sé, pero supe que ese hombre marcaría un antes y un después en su vida.

—Y tanto —murmuró Chiara, mirando las fotografías.

—Desde ese día, tu abuela no paraba de hablar de él. Pasábamos las horas intentando volver a verle, para averiguar quién era, y cuando por fin lo supo, me dijo que era un hombre especial, y que, de alguna manera, sabía que tendría una historia con él.

»Por supuesto, era demasiado pronto para aventurarse a asegurar algo, pero Clara lo sentía.

»Después de aquello, pasaron muchas tardes juntos. Fernando le contaba sobre sus proyectos, hablaban de su vida y Clara intentó echarle una mano cuando supo que quería montar un negocio.

»Todo iba bien, hasta que el señor Alcázar perdió las tierras que necesitaba para ampliar su viñedo. Cuando se enteró de que Fernando las había comprado, y que las quería para lo mismo que él, montó en cólera.

»Jamás había visto a ese hombre tan enfadado. Siempre que había estado en su casa me había parecido un hombre calmado, tranquilo, que adoraba a su mujer y su hija. Era un hombre inteligente, que había heredado la finca de sus padres, y había conseguido llevar los viñedos al siguiente nivel. Nunca esperé esa reacción por parte de él: prohibió a Clara volver a ver a Fernando; les prohibió hablar del tema. Clara me dijo que hasta profirió insultos.

»Supongo que, verse despojado de algo que ya creía cerrado, supuso una traición enorme para él.

»Y lo entiendo, porque había puesto su ilusión en esa tierra. Había creado un proyecto para levantar todavía más las bodegas Alcázar y, de la noche a la mañana, le habían arrebatado sus planes.

—Pero Clara volvió a ver a mi abuelo —dijo Miguel.

—Sí, para cuando pasó lo de las tierras, Clara ya estaba enamorada de Fernando y, pese a la prohibición de su padre, ella buscó la forma de verlo de nuevo. Recuerdo que, desde el principio, le dije que tuviera cuidado, que era peligroso, que no podía ser tan confiada, pero

Clara era todo lo contrario a mí. Ella era abierta, sociable… Le daba igual lo que pensara la gente. Ella estaba por encima de todos los rumores, y de los cotilleos mal intencionados. Clara tenía su verdad, y siempre luchaba por ella.

»Cuando su padre se enteró de que le había desobedecido, y que había seguido viendo a Fernando, se enfadó tantísimo que la encerró en casa. Ni siquiera la dejaba salir para ir al colegio.

»Mi padre intentó hacerle entrar en razón, pero estaba tan furioso con ella, que pensábamos que no habría forma de convencerlo. Al final, fue su mujer quien consiguió hacerle ver que Clara tenía que ir al colegio, porque tenía que terminar sus estudios. —Adela volvió a beber del delicado vaso de cristal y prosiguió—: Le puso un conductor que me recogía primero a mí en mi casa, luego la recogía a ella, y nos llevaba al colegio. Se aseguraba de que entrábamos y por la tarde repetía el proceso.

»Su padre se aseguró de que siempre estuviera acompañada por su madre, o por mí, y, salvo para ir al colegio, no la dejaba salir de la finca.

»Clara se estaba marchitando poco a poco. Siempre estaba triste. Ya no había rastro de aquella muchacha vital que se comía el mundo. Adelgazó bastante, y apenas tenía ganas de salir a dar un paseo por los jardines o por las vides. Pensé que tenía que hacer algo… Ella me había dado todo al convertirse en mi amiga. Yo disfrutaba de un montón de privilegios, gracias a ella, y ahora que Clara necesitaba mi ayuda, yo no podía quedarme de brazos cruzados y ver cómo terminaba de apagarse. Así que, hablé con Fernando.

—¿A pesar de que nunca estuviste de acuerdo? —quiso saber Nana.

Adela ladeó la cabeza.

—No es que no estuviera de acuerdo. Es que me costaba coger confianza, y yo apenas había hablado con él. Todo lo que sabía era por Clara y, la verdad, en aquellos años estaba muy influenciada por el dominio de mi padre, pero, cuando hablé con Fernando, cuando fui a su casa para decirle que Clara lo estaba pasando mal, me di cuenta de que estaba tan enamorado de ella, como ella de él. La echaba de menos cada día, y la ausencia los consumía a los dos.

»Fernando escribió una carta a Clara y me pidió que se la entregara, y así lo hice.

»Esa tarde, le di la carta, y os prometo que, con tan solo esas palabras, los ojos de Clara volvieron a brillar.

»Fernando le había pedido que dejara la ventana y la puerta abierta, porque él encontraría el modo de colarse.

»Nunca supe cómo lo hacía, pero lo logró, y se vieron cada noche.

»Clara, poco a poco, fue recuperando su luz. Fingía ante su padre que las cosas tenían que ser así, que lo aceptaba. Incluso escribió en su

diario que se rendía, y que Fernando pasaría a ser historia, por si su padre lo leía, para que se convenciera.

—¿Qué pasó después? —preguntó Chiara cogiendo el vaso.

Adela tomó aire y contempló los rostros de los tres jóvenes, que estaban sentados en el salón de su casa. Sabía que aquí comenzaba la historia que desconocían, y le había prometido a Clara que sería muy concisa cuando lo contara.

—Fernando y Clara se enamoraron profundamente. Se querían con locura. Habían planeado fugarse, cuando Clara cumpliera la mayoría de edad, pero tuvieron que adelantar sus planes. Clara se quedó embaraza.

—Perdona, ¿qué? ¿Embarazada? Pero a ver… De mi tía, no. Es imposible. Las fechas…

—No coinciden —confirmó Adela—. Se quedó embarazada de otro niño. Cuando Fernando y ella confirmaron que iban a ser padres, adelantaron sus planes de marcharse de Ábalos.

»Fernando dejó todo atado en los terrenos, para que los viñedos funcionaran correctamente, y vinieron aquí. A Volterra.

»Fernando había conocido a Fabio unos años antes, y él los acogió en su casa.

»Clara dio a luz, y ella y Fernando se casaron.

—¡¿Se casaron?! ¡¿Mi abuelo y Clara se casaron?!

—Sí, se casaron en la iglesia de Volterra, pero la felicidad les duró poco. El señor Alcázar los encontró. La mano derecha de Fernando en los viñedos le contó dónde estaban, y vino a Italia para buscarlos.

»Imaginaos lo que tuvo que pasar cuando se enteró de que su hija había sido madre de un niño, y que se había casado. Clara ya había cumplido los dieciocho, era mayor de edad, y estaba casada. Su padre no podía hacer nada.

—Entonces, ¿por qué volvió?

—Su madre se puso muy enferma. Clara quiso venir a verla, pero su padre se lo negó. Él no quería saber nada de su hija porque, para él, Clara había muerto el día que descubrió la verdad.

»A pesar de todo, Clara regresó a España y visitó a su madre. Habló con su padre, y este le dijo que jamás la perdonaría, a menos que dejara a Fernando, y se ocupara de los viñedos.

—Y volvió. Por su madre, volvió —confirmó Chiara.

—Sí, por su madre cedió a las exigencias de su padre. Dejó a Fernando y a su hijo aquí, en Volterra, y regresó.

»Su padre consiguió la nulidad matrimonial.

»No imagino la exorbitante cantidad de dinero que tuvo que pagar, pero Clara dejó de estar casada.

»Se casó con Cristóbal, y su padre le legó los viñedos cuando murió.

»Fernando tenía que regresar para hacerse cargo de los viñedos

Moraleda. Tenía que estar allí, porque los viñedos estaban dando sus frutos, y los empleados no podían hacerlo solos. Debía volver y ocuparse de sus tierras, y de su negocio.

—Pero volver con un niño era complicado —aventuró Miguel.

—La gente hablaría. El padre de Clara había dicho que su hija se había ido a Francia a perfeccionar su francés. Nadie sabía que ella y Fernando habían estado juntos, y, encima, era de conocimiento público que el señor Alcázar odiaba a Fernando, por lo que nadie casó las ausencias.

»Por aquel entonces, yo había cambiado. La ausencia de Clara me había hecho fuerte y me había hecho entender que no podía estar bajo el yugo de mi padre, así que, cuando me ofreció venir a Volterra, y hacerme cargo de su hijo, como si fuera mío, acepté.

»Le conté a mi padre que me iba a Italia para estudiar Arte, y me vine aquí.

»Fabio fue tan atento, tan amable… Era tan distinto a mi padre, y a los hombres que había conocido, que me enamoré de él, y tuve la suerte de que él se enamorara de mí.

»Ambos nos hicimos cargo del niño y lo criamos como si fuera nuestro.

»Fabio le dio sus apellidos, y Fernando y Clara, todos los meses, depositan tres mil euros en una cuenta bancaria, desde hace más de cuarenta años, para la herencia de Ignazio.

Los tres jóvenes se quedaron en silencio, y observaron a la mujer que tenían enfrente.

—Bueno, ya sabemos el motivo real del desvío de dinero —dijo Nana.

—Usted y su hermana, ¿se llevan bien? —preguntó Miguel.

—No estamos muy unidas, pero hablamos de vez en cuando. Violi era pequeña cuando pasó todo y, cuando murió nuestro padre, yo ya estaba casada y embarazada.

—Así que, Violi contó lo que vuestro abuelo y mi abuela quisieron. Ellos deseaban que viniéramos aquí, pero ¿por qué? Nos lo podían haber contado ellos, cuando supieron que estábamos descubriendo cosas. —Chiara miró a Adela, y esperó.

—Ellos querían que conocierais a Ignazio.

Adela se levantó y volvió a los pocos minutos con un hombre, que no podía negar que era el hijo de Fernando Moraleda.

Ignazio era un hombre alto y corpulento, al igual que Fernando. Era elegante y parecía distinguido. Iba vestido con vaqueros y una camisa blanca, que destacaba su bronceada piel. Tenía los mismos ojos azules de Nana, y una sonrisa amable y bonita.

—Buenos días —saludó en español.

—Os presento a Ignazio. Ellos son Miguel y Nana, los nietos de Fernando, y Chiara, la nieta de Clara.

—Es un placer conoceros. Me han hablado mucho de vosotros.

Ignazio hablaba un correcto español. Se notaba que había crecido con ese idioma toda la vida, pero también se percibía el tono italiano en sus palabras.

Adela se sentó e invitó a todos a que se acomodaran también.

—Han venido para conocer la historia de tus padres. Ellos lo han querido así.

—Por fin.

—Sí, supongo que ya ha llegado la hora. Les he contado todo. Creo que, por eso, están tan callados.

—Bueno, ha sido una sorpresa. Estamos un poco… —empezó diciendo Chiara.

—En estado de *shock* —terminó Nana por ella.

—Así que está al tanto de todo. —Miguel miró a Adela, y luego a Ignazio.

—Sí, nunca me han ocultado nada. Siempre he sabido que mis padres biológicos son Fernando y Clara.

—¿Los conoces? Es decir, ¿los has visto durante estos años? —quiso saber Nana.

—Por supuesto. He viajado a España varias veces, y ellos han venido aquí. Nunca me han abandonado. Siempre estuvieron pendientes de mí, a pesar de que sabían que Adela y Fabio eran lo mejor que podía haberme pasado.

»No me malinterpretéis. Adoro a mis padres biológicos, les debo la vida, pero, por circunstancias de esta, no pudieron estar conmigo. Adela y Fabio me han convertido en el hombre que soy ahora, y, para mí, ellos son mis padres.

—¿Hablas a menudo con nuestros abuelos? —preguntó Chiara.

—Desde luego. Siempre han querido saber cómo me iban las cosas, y yo lo he agradecido de manera infinita. Saber que, de alguna manera, ellos no me abandonaron, fue suficiente para crecer sin el trauma y el estigma de ser un huérfano con padres de acogida.

»He tenido una vida feliz y plena, gracias a ellos. Eligieron bien.

»Tengo dos hermanos a los que adoro, unos hijos maravillosos, una ristra de sobrinos estupendos y una mujer que hay días que pienso que no me merezco.

—¿Ellos saben la verdad? —preguntó Miguel.

—Mis hermanos y mi mujer, sí. En su día pensamos contar la historia a los niños, pero nos dimos cuenta de que no merecía la pena. Sus abuelos siempre van a ser Adela y Fabio, y Clara y Fernando lo entendieron a la perfección.

»Ellos siempre han sabido que, en lo que respecta a mí, tenían que mantenerse en un segundo plano, desde el día en que Adela y Fabio me adoptaron. Cuando han venido aquí de visita, siempre se les ha dicho que son íntimos amigos de los abuelos. Cosa que es cierta.

—Y…, ¿sabes lo de la herencia? —Nana dejó el vaso de té helado sobre la mesa.

—Sí, estoy al tanto. Clara y Fernando lo decidieron así, cuando mis padres me adoptaron. Como podéis ver, no me hace falta —dijo Ignazio, abriendo los brazos—, pero pensaron que era lo justo. Carla, Ana y Mateo iban a tener la oportunidad de tenerlos como padres, iban a pertenecer a un mundo en el que yo no podía estar, y pensaron que, ya que ese derecho me lo habían arrebatado sin ser culpa mía, lo justo era que, de alguna forma, me compensaran por ello.

»Durante años, les dije que no hacía falta, que yo era feliz, que me habían proporcionado la mejor de las vidas, pero ellos siempre se sintieron culpables, y esa es su forma de pedir perdón.

—No podéis culparlos por querer dejarle algo… —empezó diciendo Adela, queriendo justificar la decisión de Clara y Fernando.

—No los culpamos. Para nada. Lo entendemos y, en cierta manera, estamos de acuerdo. A nosotros nunca nos ha faltado nada, y jamás nos va a faltar —sentenció Chiara—. Lo único que intentamos entender es por qué ocultaron la verdad durante años, fingiendo que se odiaban, cuando en realidad se han amado toda la vida.

Adela sonrió. Chiara tenía el mismo espíritu que Clara.

—En aquellos años, el pueblo se les habría echado encima. Habría sido el mayor de los escándalos y, probablemente, habría afectado a los negocios. También lo hicieron por respeto al señor Alcázar.

»Cuando Clara volvió para cuidar de su madre y estar con ella hasta que se fue, aceptó las condiciones. Condiciones que han seguido vigentes hasta hoy.

Nana resopló y no se molestó en fingir su enfado.

—Perdonad, pero me parece una soberana tontería. Estos años en lo que ellos se han pasado la vida fingiendo, lo único que han provocado ha sido un distanciamiento innecesario, y un sinfín de mentiras absurdas. Por no hablar, de Cristóbal y mi abuela. Ellos no se merecían eso.

—Nana, entiendo que estés enfadada, que los tres lo estéis, pero en ese momento fue lo mejor que pudieron hacer.

»Cristóbal nunca supo la verdad. Se casó con Clara por su dinero y su posición social.

»El señor Alcázar era un buen hombre, pero no supo entender las necesidades de su hija. Jamás comprendió la mente de Clara y, tras la traición de esta, las consecuencias fueron demasiado altas.

»Pero Clara las aceptó, y ha vivido con ellas hasta que Cristóbal

murió.

»No se amaron. Ambos sabían que se casaban por intereses. Cristóbal por la posición que suponía ser el marido de la heredera Alcázar, por la vida cómoda y llena de lujos, y por la oportunidad de trabajar en esas tierras. Clara, para ocultar la verdad, para estar con su madre, para compensar a su padre por todo… Tanto lo bueno como lo malo. —Adela hizo una pausa y agarró la mano de su hijo, que escuchaba en silencio. Él hacía años que se había quedado al margen de esa historia—. El caso de Luz fue muy diferente. Ella sí sabía la verdad. Siempre la supo. Fernando jamás se lo ocultó.

»Cuando Luz conoció a Fernando por medio de mi hermana, él fue sincero. Fueron amigos, pero, para ella, fue inevitable no enamorarse de él.

»Fernando siempre ha sido un caballero, un hombre maravilloso… Todas las mujeres del pueblo suspiraron por él en algún momento.

»Luz le ofreció una oportunidad… A ella le bastaba con estar con él, aunque ese amor no fuera correspondido, pero Luz estaba tan enamorada de él, que le daba lo mismo. —La mujer hizo una nueva pausa y se apartó con delicadeza un mechón de la frente—. Fernando quiso muchísimo a Luz. Siempre le dio las gracias por ser tan absolutamente maravillosa, por brindarle una vida feliz, y por sacrificar el amor. Tuvieron un matrimonio feliz, donde reinó el cariño y el respeto, e incluso el amor, aunque fuera de forma diferente.

»Luz pasó la vida al lado del hombre del que siempre estuvo enamorada, y consiguió lo que siempre había querido: una familia. Y, Fernando, logró estabilidad, y la aceptación de la vida que le había tocado vivir. Levantó un imperio y ha sido… es feliz —recalcó Adela.

Un ruido se escuchó en el patio, seguido de unas risas.

—Los niños ya están aquí —anunció Ignazio levantándose—. Si me disculpáis. Ha sido un placer conoceros. Espero que no culpéis ni a Fernando ni a Clara. Son dos personas absolutamente maravillosas, que sacrificaron su vida. Merecen que, a pesar de todo, no os enfadéis con ellos.—Ignazio salió al patio y saludó a las personas que se encontraban allí.

—Son mis hijos y mis nietos. Hoy es el cumpleaños de mi hija pequeña, y viene la familia para celebrarlo.

—En ese caso nos vamos. Ya sabemos todo lo que necesitábamos —dijo Miguel incorporándose.

—Ha sido un placer, Adela.

—Igualmente. Os parecéis mucho a ellos. Tenéis su espíritu.

Adela los acompañó a la puerta y se despidió de ellos.

Observó cómo el coche se perdía por el horizonte, y escuchó la voz de Fabio a su espalda:

—¿Qué tal ha ido?

—Mejor de lo que esperaba. Son chicos estupendos y demasiado inteligentes. No se lo van a poner fácil cuando vuelvan, pero lo entienden.

—¿Vas a llamar a Clara?

—Luego. Hoy la protagonista es la niña.

Ambos entraron dentro de la casa y disfrutaron de la familia que habían construido.

Berto, David y Cris se quedaron en silencio durante la comida, después de escuchar la historia.

—¡Qué fuerte! —exclamó Cris.

—En realidad, lo de mis abuelos siempre lo supe —dijo Chiara—. Ellos nunca se comportaron como mis padres, pero… No sé. Creo que no quise pensar en ello. He empezado a hacerlo a raíz de esto.

—Tengo ganas de hablar con mi abuelo. Sé que no es culpa suya, y que nuestra abuela lo quiso así, pero… ¡Joder! Que se hubiera quedado solo —dijo Nana enfadada.

—Entonces, tú no estarías aquí, lo que sería una faena. —Berto le dio un beso, intentando que se calmara.

—Miradlo de otro modo: tal vez, el sacrificio de Fernando y Clara, y hasta el de Luz, ha hecho que vosotros podáis estar juntos. Si las cosas hubieran sido de otra manera, ninguno estaríamos aquí. Fueron esas decisiones las que han hecho que todos estemos así hoy. —David agarró la copa de vino y bebió.

—Puede que no sea suficiente para evitar el enfado del todo, pero ayuda un poco. —Cris cogió de la mano a Chiara, y se la apretó con suavidad.

—Es la mejor manera de verlo —dijo Miguel.

Cuando terminaron de comer, subieron a las habitaciones a descansar.

—¿Qué crees que va a pasar cuando volvamos a casa? —preguntó Chiara, tumbándose en la cama.

—Que tendremos que hablar todos juntos. Tus padres, los míos, nuestros abuelos, e incluso tu tía Ana.

—No me entra en la cabeza cómo se puede vivir una mentira durante tantos años.

—Creo que, cuando la mentira la haces costumbre, ya no piensas que lo es, y deja de serlo. Simplemente, pasa a ser rutina y una forma de vida.

—¿Y eso no te parece lo peor?

—Para nosotros, que no hemos tenido que vivir con esa carga, nos parece casi inhumano, pero piensa en cómo lo han tenido que sufrir tu abuela y mi abuelo. Han tenido que ocultar, bajo una pose de odio,

que se han amado toda la vida.

—Yo no podría hacer eso. No podría fingir odiarte.

—Yo tampoco. —Miguel abrazó a Chiara y ella se acurrucó en el calor de sus brazos.

—Han sido valientes, eso no lo pongo en duda. La cuestión es la decisión que van a tomar ahora que la verdad ha salido a la luz. ¿Van a estar juntos? ¿Van a seguir igual?

—No lo sé, pero es una decisión de ellos. Por mucho que nosotros nos posicionemos y tengamos nuestra propia opinión, son ellos quienes tienen que tomarla. Al fin y al cabo, es su vida, y creo que se han ganado el derecho a vivirla como ellos quieran.

—No me importaría que, después de tantos años, se encontraran. Me resultaría raro al principio, pero terminaría por acostumbrarme.— Chiara acarició el brazo de Miguel y lo miró a los ojos.

—Mientras que no nos afecte a nosotros, todo irá bien.

—Eso espero.

Ambos cerraron los ojos y el sueño se apoderó de ellos.

No sabían qué iba a pasar cuando regresaran a casa, pero ese momento era de ellos, y nadie se lo podía quitar.

—¿Cuánto de enfadada estás? —preguntó Berto, dejando a un lado los zapatos, para sentarse en la cama.

—Un siete… No, un ocho. No lo sé. —Nana sonaba abatida.

Se quitó los zapatos y se tumbó en la cama, al lado de Berto.

Para ella, era nuevo estar así con alguien, pero Berto se había comportado de manera excepcional. Había sido tierno y cariñoso. Se había preocupado de que ella estuviera bien, y no fuera una mala experiencia, y para nada lo había sido.

Nana daba las gracias por aquella primera vez, porque había sido perfecta.

—En el fondo, sé que no puedo estar enfadada. David tiene razón: el sacrificio que hicieron nos ha traído hasta aquí, y no cambiaría nada.

Berto abrazó el cuerpo de su chica y le dio un beso en la cabeza. Le encantaba cómo olía Nana.

—Pase lo que pase, tu abuelo siempre ha querido lo mejor para vosotros, y para Carla, y eso es lo que tienes que pensar. Él y tu abuela siempre quisieron que fuerais felices.

—Lo sé, pero cada vez que pienso en todo lo que ella sacrificó por un hombre que sí, vale, de acuerdo, la quería, pero no la amaba… No la quería de manera romántica. No puedo entenderlo.

»Tal vez, si hubiera esperado, si hubiera intentado pasar página… Quizás habría aparecido alguien con quien realmente hubiera compartido el amor de verdad, pero ella prefirió una relación a

medias. Y eso no es lo peor, sino que mi abuelo accedió. No entiendo cómo se puede ser tan egoísta.

—Está claro que las razones de tu abuela tuvieron que ser muy poderosas. No creo que tu abuelo estuviera de acuerdo con eso, al principio. Creo que tu abuela logró, de alguna manera, que accediera, pero, los motivos y las razones que empujaron a ambos, solo las sabe tu abuelo, y ese sí que es el final de la historia. Solo queda que habléis con ellos.

Nana escondió la cara en el cuello de Berto y cerró los ojos.

—¿Qué crees que pasará cuando hablemos con ellos?

—¿A parte de que estaréis todos juntos por primera vez? No lo sé, cielo, pero es algo que tenéis que hacer. Es el último esfuerzo, la última etapa, y tenéis que quemarla. Después, estoy seguro de que todo estará en calma.

—Lo que me intriga es lo que ocurrirá con Clara y mi abuelo. ¿Qué harán? —Nana no paraba de preguntarse aquello.

—¿Qué quieres que hagan?

Nana se incorporó y miró a Berto.

—No lo sé. Solo siento que es algo que tienen que decidir ellos. Creo que el resto no podemos hacer nada.

—En ese caso, deja de pensar en lo que va a pasar, al menos por un ratito. Deja de dar vueltas en esta cabecita tuya.

Berto le dio a Nana un beso en la frente y ella volvió a acurrucarse entre sus brazos. Cuando se fuera a Boston, echaría de menos el calor, y tenerlo cerca. Solo esperaba que ambos fueran felices.

2 Buenos días, ¿cómo puedo ayudaros?
3 Buenos días, ¿Adela vive aquí?
4 Adelante. Se lo haré saber a la señora.
5 Gracias, Isi.

Capítulo 14

Te quiero así, así, así porque el amor es ciego,

cuando es amor, amor, amor ardiente
como el fuego.
Te quiero así, así, así porque si así no fuera,

no valdría la pena ni un momento vivir.

Te quiero así,

Pedro Infante

Cuando llegaron a la estación, no se molestaron en fingir que no iban juntos.

A estas alturas ya daba igual.

Francisco y Ramón los esperaban en la salida, tras avisarlos de que estarían allí.

A Cris, Berto y David habían venido a buscarlos uno de los hermanos mayores de Berto.

Chiara saludó a Francisco, se puso las gafas de sol y contempló el paisaje por la ventanilla del asiento trasero del vehículo.

Siempre le había gustado viajar, y le había dado igual el medio de transporte. Disfrutaba de cada salida, y le daba igual cual fuera el motivo.

Volterra había resultado un viaje de descubrimiento. Algo necesario para poder empezar una nueva etapa en su vida.

Le había encantado el paisaje y la ciudad, y entendía por qué su abuela y Fernando se habían escondido allí.

Era el lugar perfecto para perderse, y alejarse del mundo.

Durante los días siguientes a la visita de Adela, en los que había paseado por la ciudad italiana, se había imaginado a su abuela embarazada y caminando con Fernando. Había visitado la iglesia, donde se casaron, donde se juraron amor eterno.

En aquel lugar, los dos habían prometido amarse hasta el final de sus días, y lo estaban cumpliendo. Tal vez, no fuera la forma idónea de vivir el amor, pero era la que ellos habían elegido, y, durante más de cincuenta años, habían cuidado en silencio.

Cuando contempló la imponente mansión a lo lejos, tras dejar atrás los carteles de los viñedos, que, por primera vez, no había mirado, pensó en cómo la recibiría su abuela.

Consultó la hora en el móvil y repasó de memoria las citas obligatorias a las que su abuela nunca faltaba.

Francisco, el conductor de la familia, detuvo el coche para que ella se bajara, y dejó las maletas en la entrada, para que alguien del

servicio las subiera a su habitación.

Caminó por la casa hasta el despacho, pero Clara no estaba allí. Así que, decidió subir a su dormitorio, y avisar a su madre.

—Mamá, ya estoy aquí —dijo, ascendiendo por las escaleras.

Helena salió de la habitación y esperó a su hija en el pasillo.

—¿Qué tal el viaje? —le preguntó abrazándola.

—Ha ido bien.

Chiara había llamado a su madre y le había contado todo por teléfono.

Helena también le había dicho que había hablado con Carla Moraleda.

—Tu abuela está en las oficinas. Tu padre la ha llamado para que firme unos contratos.

—¿Tenemos nuevos clientes?

—Sí, ya sabes cómo funciona. Ganar la medalla de oro del premio anual siempre trae muchos beneficios.

Chiara se había olvidado por completo del premio anual; la incursión en la historia de su abuela había conseguido llevarla a una realidad paralela.

—¿Cómo lo vamos a hacer? —preguntó sin dar rodeos.

—No sé si tu abuela tiene algún plan con Fernando, pero Carla y yo hemos hablado, y pensamos que, si ellos no dan el primer paso para que nos veamos todos, organizaremos una cena.

—Me parece bien, pero no creo que no quieran hacerlo. Han sido ellos quienes deseaban que averiguáramos la verdad. ¿Has hablado con la abuela?

—Del tema, no. Sabe que he hablado contigo, y que me lo has contado, pero no ha dicho nada. Estaba esperando a que volvieras a casa.

Chiara colgó la percha en el armario del vestidor.

—Pues esperaremos a ver qué hace.

—¿Cómo es? —preguntó Helena, sabiendo que su hija sabía a quién se refería.

—Es alto, elegante, como la abuela. Tiene los ojos azules, igual que Nana. Desde luego, no puede negar que Fernando es su padre. Está muy agradecido de que ellos le dejaran con Adela y Fabio, y, para él, ellos son sus padres.

—Me pregunto en cuál de los viajes la abuela nos mintió, y en realidad iba a Italia.

—¡A saber! Empiezo a darme cuenta de que la abuela tiene las mañas muy bien aprendidas.

—Ha tenido mucho tiempo para practicar.

Un sonido se escuchó en el piso de abajo, seguido de las voces de Clara y Manuela, la mujer de confianza de su abuela.

Clara subió las escaleras y entró en la habitación de Chiara.

—¿Cómo ha ido el viaje? —preguntó.

—Bien, los vuelos tranquilos, y Volterra es una ciudad preciosa.

Clara sonrió, asintiendo.

—Me alegro de que te haya gustado. Esta noche cenamos en el club. Tito nos ha guardado un reservado. Creo… Creemos que es mejor hablar en un sitio neutral.

—¿Neutral? ¿En serio? ¿Acaso importa ya? —preguntó Helena.

—Estaremos más cómodos en un sitio que conozcamos todos. Si nos reunimos aquí o en la finca Moraleda, alguien estará incómodo.

—Entiendo que hayáis elegido el club, y Tito, ante todo, guardará silencio. Lleva haciéndolo semanas, en lo que respecta a Miguel y a mí, pero la incomodidad que pueda existir, si vamos a una casa u otra, va a existir de todos modos. Es algo inevitable que, al fin y al cabo, es culpa vuestra.

Clara miró a su nieta y cerró los ojos dolida. Sabía que descubrir la verdad despertaría en ella muchas emociones, incluido el enfado, pero no esperaba que sus palabras fueran tan duras, y que le afectaran tanto. Había pensado que estaría preparada para todas las posibles reacciones de Chiara, pero se había equivocado.

—Sé que estás enfadada…

—No estoy enfadada. El enfado se me ha pasado. Estoy molesta, sorprendida e indignada. He tenido tiempo para pensar en todo lo que nos contó Adela, para aceptarlo, pero eso no es suficiente para que te reciba con los brazos abiertos, y que todo sea como antes. Sé que las razones son enormes, pero no deja de ser una mentira.

—Chiara…

—¿A qué hora es la cena? —preguntó, antes de entrar en el cuarto de baño, para vaciar el neceser.

—Hemos quedado en el club a las nueve —contestó Clara.

Chiara asintió y entró en el servicio.

Helena le hizo un gesto de cariño a Clara, antes de que esta se marchara.

—Creo que has sido demasiado dura —dijo, entrando en el baño de su hija.

—Lo sé, pero no ha sido adrede. He sopesado mucho cómo debía encarar a la abuela, cuando volviera a verla, y al final decidí dejar que saliera solo. Puede que sí esté algo enfadada.

—Pues procura no estarlo para la cena. Vamos a intentar que todo fluya.

—Tienes razón, pero una cosa sí es cierta: vamos a estar incómodos.

Fernando había escuchado llegar el coche.

Había oído cómo los niños saludaban a su madre, preguntaban por él, y subían a la habitación para deshacer la maleta.

No es que estuviera evitándolos, ya que no tenía por qué hacerlo. Simplemente, les estaba dando espacio.

Finalmente, se levantó y se encaminó a la habitación de Miguel.

Llamó a la puerta y esperó.

—¿Qué tal el viaje? —preguntó.

Era una forma absurda de empezar la conversación, pero no encontró otra más adecuada.

—Todo bien. Extraño a ratos e incómodo en algunos momentos.

—Extraño a ratos e incómodo en algunos momentos, eso suena… intenso.

Miguel sonrió a su abuelo y señaló a su espalda.

Fernando se dio la vuelta y se chocó con los ojos azules de Nana.

—Extraño, porque pasear por las calles y entrar en la iglesia donde te casaste, nos hacía sentir que no te conocíamos, a pesar de haber pasado toda la vida contigo. E incómodo, porque hubo momentos en la casa de Adela que no creíamos lo que estábamos oyendo.

—Conocer a Ignazio fue uno de ellos —indicó Miguel saliendo a la terraza.

Se sentó en uno de los sillones y esperó a que su abuelo y su hermana hicieran lo mismo.

—Quiero que sepáis que sigo siendo el mismo. Solo habéis descubierto un pasado del que no formabais parte, pero el presente es el mismo. Nada en mí ha cambiado, y en el futuro, lo único que va a cambiar, es que sabéis una verdad, y no es lo que habéis descubierto en Volterra. La verdad no es otra que la ciencia exacta de saber que ya no hay secretos, y que nunca más los habrá.

Fernando se acomodó en el sofá de la terraza de Miguel y miró a sus nietos, a la espera de que dijeran algo. Sabía que una parte de ellos estaba enfadada, pero también sabía que eso no estropearía las cosas, o al menos quería creerlo.

Nana contempló cómo el sol se escondía por el horizonte, y aspiró el aroma de la tarde.

—No creas que no estamos enfadados. Descubrir que nos has mentido sobre la abuela, ha sido muy duro. Mucho más que saber que tienes un hijo con otra mujer. La abuela es sagrada para nosotros, y hemos sentido que fuiste el mayor de los egoístas. Nos ha costado entender los motivos, y a mí, particularmente, todavía me cuesta aceptarlos.

»No significa que vayamos a estar enfadados siempre. Para nada. Sabes de sobra que somos incapaces de estar enfadados contigo mucho tiempo, pero te va a costar un poco que aceptemos ciertas cosas.

Miguel asintió ante las palabras de su hermana. No podía estar más

de acuerdo.

—Por no hablar de que todavía tenemos preguntas —añadió, mirando a su abuelo.

—Lo sé, sé que todavía quedan ciertas cosas que aclarar, pero esta noche en el club lo haremos.

—¿Haremos? —preguntó Nana.

Fernando cogió la mano de su nieta.

—Sí, hemos quedado a las nueve. Tito nos ha guardado un reservado, para que todos podamos hablar. Hemos pensado que un lugar neutral era mejor que hacerlo en una de las dos casas.

—No va a dejar de ser incómodo, pero lo entiendo —aseguró Miguel.

—En ese caso, me iré preparando. Todavía tengo que terminar de deshacer la maleta y me quiero duchar.

Nana se levantó del sofá, soltando la mano de su abuelo, y se fue sin darle un beso. Sin decir nada más.

Fernando apretó los ojos con rabia. Su princesa estaba enfadada, y le iba a costar recuperar su confianza.

—Dale tiempo. No ha sido fácil.

—Lo sé, pero me duele en el alma.

—Es lo mínimo.

Miguel se levantó y entró en la habitación, para terminar de deshacer la maleta.

Fernando negó con la cabeza, mientras una tristeza infinita le invadió por dentro.

Finalmente, se levantó y salió del dormitorio de su nieto sin decir nada.

Cerró la puerta y contempló la del cuarto de Nana. Ella nunca la cerraba, y el que ahora lo hubiera hecho, significaba claramente que no quería que entrara.

Fue a su habitación y llamó por teléfono.

—¿Cómo ha ido? —preguntó.

—Fatal. Está muy enfadada. Ha sido muy brusca. Chiara nunca había sido tan dura conmigo. Es la primera vez que… Me duele.

—Ya somos dos. Miguel y Nana no han sido bruscos, pero también están enfadados y… Es la primera vez que a mí también me duele.

—Tal vez deberíamos haberlo hecho antes. Con Luz habría sido más fácil. Ella tenía razón.

—Lo sé, pero decidimos no hacer nada. Nunca pensamos que Chiara y Miguel…

Se escuchó un silencio al otro lado del móvil y, finalmente, la voz de Clara lo rompió:

—Ya no podemos hacer nada, salvo arreglar todo esto. Espero que esta noche podamos hacerlo.

—Yo también lo espero. No me gustaría estar enfadados con ellos. Carla no me dice nada, pero me mira con gesto de reprobación, y Rafael… Bueno, está intentado mantenerse al margen, pero no dejan de ser su mujer y sus hijos.

—Lo sé, Mateo apenas me habla, y, cuando lo hace, es para cosas del trabajo. Helena, desde luego, está de parte de Chiara, y Ana… no he hablado con ella. No me coge el móvil. No me quiero ni imaginar cómo se va a presentar en la cena.

—Tenemos que dejar las cosas lo mejor posible. No sé cómo vamos a hacerlo, pero tenemos que dejarlas bien. De lo contrario, va a ser muy difícil sostener esto. Les va a costar mucho aceptarlo.

—Lo vamos a intentar, y lo vamos a conseguir. De peores cosas hemos salido.

—Sí, ahora nos vemos.

Fernando y Clara cortaron la llamada, y se quedaron en silencio en su habitación.

No iba a ser fácil, pero tenían que hacerlo.

Tito les había guardado el mejor reservado.

Cuando vio que Fernando y Clara entraban juntos en el club, y pedían hablar con él, supo que algo pasaba. Lo que confirmó su suposición, fue que le pidieran uno de los reservados más amplios, para juntar a las dos familias.

Las cosas se habían revuelto entre los Alcázar y los Moraleda, por fin.

No sabía mucho más allá de la relación de Miguel y Chiara, y, desde luego, estaba muy lejos de imaginar la auténtica historia, pero sabía que algo gordo se tenía que cocer entre ellos para que fueran a ir todos a cenar.

Preparó el reservado, se aseguró de que todo fuera perfecto y esperó a que llegaran.

Había dispuesto unos aperitivos, y pensó que no había vino mejor que un reserva Alcázar y un reserva Moraleda.

Los primeros en llegar fueron Chiara y sus padres, acompañados por Clara.

—Hola, Tito —saludó Chiara al dueño con dos besos.

—Hola, preciosa. ¿Cómo va todo?

—Espero que no nos tiremos los platos a la cabeza.

Tito sonrió a la joven y le guiñó un ojo. Sabía que, ante todo, se comportarían. Puede que no se llevaran bien, pero todos destilaban una educación exquisita.

—Muchas gracias, Tito, por organizar esto.

—No hay por qué darlas, Clara.

Helena saludó con dos besos al joven y se sentó al lado de su hija.

Mateo estrechó la mano al dueño, y le hizo un gesto de agradecimiento.

—Espero que el vino que he escogido sea el adecuado.

—Si has escogido un Alcázar y un Moraleda, has acertado —dijo Fernando, entrando en el reservado—. Muchas gracias, Tito.

—No hay de qué Fernando. Para eso estamos.

—Hola, renacuaja. ¿Qué tal estás? —preguntó el dueño del club, dando un beso cariñoso a Nana.

—Prefiero contestarte luego. —Esta se puso de puntillas y le devolvió el beso.

Miguel abrazó a Tito.

—Todo saldrá bien, colega. No sé qué pasa, pero saldrá bien —comentó Tito.

—Eso espero.

Carla y Rafael también lo saludaron. Le dieron las gracias por la discreción, y se sentaron a la mesa.

—¿Soy la última en llegar?

—Sí, ya están todos.

—Muchas gracias por todo —dijo Ana.

—Disfrutad de la cena. —Tito salió del reservado, a la espera de que quisieran pedir algo.

Ana contempló la mesa, y dio las gracias porque le hubieran dejado una silla libre al lado de su hermano.

Clara se fue a levantar, para saludar a su hija, pero, ante el gesto de esta, supo que no iba a ser necesario.

—Ni te molestes —sentenció, acomodándose al lado de Mateo.

Un silencio sepulcral invadió el reservado.

Chiara miró a Miguel y se mordió el labio, preocupada. Después, observó a Nana, y vio cómo ella le hacía un gesto, que mostraba que no sabía qué hacer ante esa situación.

Al final, se armó de valor y rompió el silencio:

—Creo que deberíamos servir el vino. Puede que no sea de gran ayuda, pero, al menos, templará la situación. —Para sorpresa de Fernando y Clara, cogió la botella de reserva Moraleda y sirvió todas las copas. Al llegar a su padre, simplemente comentó—: Te va a gustar. Puede que no sea el mejor momento para decirlo, pero saben hacer vino.

Mateo sonrió a su hija y dejó que lo sirviera.

Cuando Chiara se sentó, Miguel le guiñó un ojo.

—Dado que todos estamos al tanto de la historia…, ¿por qué no vamos al grano y nos contáis por qué decidisteis mentir tantos años?

—Fue una decisión muy dura para nosotros. Cuando mi madre enfermó, supe que tenía que estar con ella. No podía dejarla sola, y las

condiciones de mi padre fueron absolutamente extremas, pero sabíamos que no había otra solución —dijo Clara.

—Si queríamos estar juntos, siempre sería en la distancia y alejados de nuestras familias, de nuestras casas. No podíamos volver sin más y fingir que no pasaba nada. No era por el escándalo que hubiera supuesto. Eso nos daba igual, porque los comentarios habrían cesado, y la gente se habría acostumbrado. Era por el dolor que causaba en la familia de Clara, y tampoco podíamos vivir escondiéndonos. No queríamos eso.

Fernando cogió la copa y bebió despacio.

—Así que, simplemente decidisteis volver y aceptar las condiciones del abuelo —indicó Ana.

—Sí, mi padre me dijo que, si volvía, tendría que dejar a Fernando. Él conseguiría la nulidad del matrimonio, y, después, me tendría que casar con Cristóbal. No debería mencionar nada que tuviera que ver con el asunto nunca más.

»Mi padre, a cambio, me incluiría en el testamento de nuevo, y me dejaría el imperio que había creado. —Clara hizo una pausa, y acarició la servilleta con la punta de los dedos—. Pensé en negarme. Le supliqué que fuera de otra manera. Apelé a su parte paterna, porque Ignazio era muy pequeño y no podía abandonarlo, pero él no entró a razones. Era eso o nada.

—Nos costó mucho, pero sabíamos que era lo que teníamos que hacer. Clara regresó y cuidó de su madre. Su padre consiguió la nulidad matrimonial, y se casó con Cristóbal. Yo me quedé en Volterra, hasta que Adela se adaptó, y volví a mis tierras. A mi vida lejos de ella —dijo Fernando, señalando a Clara.

Esta miró a Miguel y a Nana, y tragó con suavidad.

Nunca los había visto tan de cerca, y ahora entendía lo que Luz le decía: Miguel se parecía mucho a su padre. Era tan guapo como él. Moreno con los ojos verdes, y la sonrisa pícara de Fernando.

Se podían ver las facciones Moraleda en los gestos, pero era Nana quien tenía los iris azules de Fernando, y era quien más se parecía a él. Rubia, como su madre y como Luz, desprendía la misma fuerza que su abuela, y parecía estar comprendiendo la situación, a pesar de no estar de acuerdo.

Se fijó más detenidamente en lo preciosa que era, y se dio cuenta de que tenía los mismos gestos que su madre. Carla siempre le había parecido una mujer muy hermosa; con el mismo carácter que su madre, siempre había reconocido su inmensa valía para dirigir el negocio de su padre, y sabía, por Fernando, que Rafael era el mejor compañero que podía poseer.

—Luz era maravillosa en todos los sentidos. Ella siempre supo la verdad, y nunca me odió por ello. Al contrario, fuimos amigas, de

alguna manera. Las dos vivíamos a medias, y las dos habíamos aceptado que tenía que ser así.

»Luz siempre nos dijo que habláramos con vosotros, que os contáramos la historia, porque merecíais saber la verdad…, pero a Fernando y a mí nos resultaba muy difícil. Llevábamos tantos años fingiendo, que lo de dejar caer la máscara era imposible. Acostumbrarse a una situación tan dolorosa fue una carga muy pesada, pero, en el silencio, encontrábamos cierta paz.

»Cuando Cristóbal murió, Luz insistió en que era el momento, y ahora somos conscientes de que tenía razón.—Clara miró de nuevo a Miguel y a Nana, y se encogió de hombros.

—¿Por qué no te separaste de Cristóbal cuando murió tu padre? ¿Por qué seguir adelante con un matrimonio que te habían impuesto y que ambos aceptasteis? —preguntó Miguel a Clara.

—Porque ya lo había perdido todo, y separarme no iba a cambiar nada.

—Tal vez no habrías llevado la vida que deseabas, pero habrías sido más feliz —dijo Chiara.

—Cariño, lo que me hacía feliz, no podía tenerlo. Cuando nacieron tu padre y tu tía, me di cuenta de que tenía que luchar por ellos, ya que no había podido hacerlo por Ignazio. Cristóbal se sentía muy orgulloso de ellos. Puede que fuera un hombre frío, pero sus hijos siempre fueron importantes. Simplemente, dejé que las cosas siguieran su curso.

Fernando miró a sus nietos y a su hija, y respiró con lentitud.

—Cuando Violi me presentó a su amiga, una tarde que vino a recogerla, supe que era especial enseguida. Tenía esa mirada llena de vida, y esas ganas de comerse el mundo. Nos hicimos muy buenos amigos.

»Siempre supe que estaba enamorada de mí, pero yo nunca hice nada para que ella pensara que las cosas por mi parte habían cambiado.

»Fue ella la que habló conmigo.

»Yo, al principio, me negué. No quería condenarla a una vida sin amor, pero ella me dijo que hay muchos tipos de amor, y que sabía que el romántico, por mi parte, no lo iba a tener, pero que eso no le importaba. Le bastaba con poder estar conmigo de la forma que fuera. —Fernando miró a Clara y vio cómo ella asentía—. Me pareció lo más egoísta del mundo, y, durante mucho tiempo, estuve culpándome por haber accedido, pero Luz logró que las cosas mejoraran. Me demostró que ella era feliz de esa manera.

»La quise muchísimo. Fue mi mejor amiga, y juntos construimos una vida maravillosa.

»Luz consiguió que jamás me arrepintiera de haber tomado esa

decisión, y os juro, por ella, que jamás lo hice. Jamás lo haré.

—Si Miguel y Chiara no se hubieran conocido y no hubieran empezado a salir juntos, ¿habríais contado la verdad? —preguntó Mateo.

—Probablemente, no —afirmó Clara con sinceridad—. Tuvimos la oportunidad de hacerlo cuando Cristóbal murió, y pudimos volver a hacerlo cuando Luz se marchó, pero decidimos seguir guardando silencio.

—Pero ¿por qué? Es ridículo. Tantos secretos han hecho que nos mantengamos separados, y creo que podríamos habernos llevado bien. No somos tan diferentes, al fin y al cabo. —Carla resopló con fuerza.

—Estoy de acuerdo. Nos habría costado entenderlo, igual que ahora, pero las cosas podrían haber sido muy diferentes. ¿Por qué insistir tanto en una enemistad absurda que realmente no existía? ¿Por qué responder con largas a las preguntas y ser tan vehemente con el supuesto honor de la familia? —Ana cogió la copa de vino y bebió.

—Pensamos que ya no merecía la pena decir la verdad. Hablar y contar la historia no iba a cambiar nada, o eso creíamos. No nos dimos cuenta de que tal vez podríais haber sido amigos. No caímos en la cuenta de que Chiara y Miguel podrían enamorarse. —Fernando cerró los ojos con fuerza y, al abrirlos, miró a Chiara.

Era tan absolutamente preciosa como su abuela y su madre. Castaña, con los ojos verdes, y un halo de misterio demasiado atrayente.

Había heredado la elegancia de su abuela y el estilo de su madre.

Helena también le parecía una mujer preciosa, y entendía a la perfección lo que Mateo había visto en ella. En todas las ocasiones en las que había coincidido con ellos en las reuniones vinícolas, los había observado detenidamente, hasta confirmar lo que Clara tantas veces le había dicho.

Ahora, que los veía tan cerca, entendía el orgullo que Clara tenía hacia su hijo, y el respeto y cariño que le profesaba a Helena.

Era la primera vez que tenía a Ana tan cerca, y, como podía observarla con detalle, veía a la perfección los rasgos de Cristóbal.

No era una mujer espectacular, como Helena o Chiara, pero se notaba la influencia que su madre había causado en ella.

Dejó de mirar a Ana y escuchó las palabras de Clara.

—Pero Luz sí lo hizo. Antes de irse, ella me llamó por teléfono y me dijo que, si guardábamos silencio, nos íbamos a arrepentir. Según ella, el error no había sido tomar esas decisiones, sino mantenerlas en secreto, cuando ya no merecía la pena.

»En ese momento, no entendí a qué se refería, cuando me dijo que estábamos negando la posibilidad de hacer algo mucho más grande.

»Nos dimos cuenta cuando supimos que los niños estaban juntos.

»Luz no insistía en que dijéramos la verdad para liberar nuestra culpa o nuestra conciencia, sino para darnos la oportunidad de unir a las dos familias. —Clara agachó la cabeza.

—Ella quería que estuviéramos unidos, después de tantos años. La abuela pensaba que la verdad conseguiría una amistad, y que rompería las rencillas que realmente no existían. Se dio cuenta antes que nadie que realmente no nos separaban unos terrenos, sino la falta de tener todas las posibilidades.

Aquellas palabras de Nana hicieron que el silencio reinara en el reservado del club durante unos minutos.

Todos se miraban sin decir nada, sabiendo que tenían que hacer algo.

—¿Y ahora qué? —preguntó Helena—. Es decir, ¿vais a volver a estar juntos? ¿Vais a tener una relación? ¿Vamos a ser amigos?

Clara sonrió.

—No, Fernando y yo seguiremos como hasta ahora, pero sin ocultar que nos llevamos bien. Vamos a dejar que la gente piense que hemos hecho las paces por el bien de Miguel y Chiara. Después de tantos años de distancia, no sabríamos estar juntos en una relación romántica.

—Pero podríais intentarlo. ¿Os vais a negar la posibilidad de estar juntos después de tantos años, solo por miedo? Es cierto que tendréis que conoceros de nuevo como pareja, pero evitarlo, solo por cobardía, me parece tan absurdo como la mentira —dijo Miguel.

Fernando dio las gracias al cielo por esas palabras y, simplemente, se encogió de hombros.

—Ya veremos qué hacemos con eso. En todo caso, es decisión nuestra, pero saber que estaríais de acuerdo, es un alivio. No sabemos qué pasará con nosotros en un futuro, y eso es lo que menos nos preocupa. Lo que nos interesa de verdad es que esto sirva para que estemos unidos. Para que, de algún modo, seamos una familia por vosotros —indicó, señalando a Miguel y a Chiara.

—Creo que podemos enterrar el hacha de guerra, pero no solo por ellos —empezó argumentando y haciendo hincapié Nana—, sino también por vosotros. Estoy segura de que papá y Mateo se llevarían bien. Al igual que mamá y Helena.

—Tienes razón. De hecho, ya nos llevamos bien —comentó Carla.

—Ah…, ¿sí? —preguntaron Clara y Fernando sorprendidos.

—Sí, Carla y yo hablamos durante el almuerzo de la entrega de premios y, al finalizar la gala, nos dimos el teléfono. Hemos hecho un grupo de WhatsApp, en el que estamos los cuatro. Si vosotros no decíais nada de vernos todos, para hablar del tema, íbamos a proponer citarnos para solucionar las cosas.

—Nos alegramos de que vosotros hayáis dado el primer paso —

añadió Rafael, a las palabras de Helena.

—Bueno, eso es toda una noticia, y la confirmación de que Luz tenía razón. Os estábamos negando la posibilidad. Lo sentimos mucho. —Clara suspiró con tristeza.

—Creo que ya no importa, dicen que más vale tarde que nunca. —Rafael, sonrió a Clara y a su suegro.

—¿Vais a querer conocer a Ignazio? —preguntó Fernando.

—Si vosotros deseáis que lo conozcamos, estamos dispuestos a hacerlo, pero yo, particularmente, no veo la necesidad. Sé que es mi medio hermano, y me alegro de que haya sido feliz, gracias a Adela. ¡Señor! Esa mujer tiene el cielo ganado, pero conocerlo implicaría revolver el pasado, y creo que después de esto tenemos que mirar al futuro. Al menos nosotros. —Ana se levantó y cogió la botella de reserva Alcázar.

—Yo estoy de acuerdo. No sé qué opina Carla, pero yo no necesito conocerlo. Me alegro de que tenga una vida grata y que vosotros, de alguna manera, forméis parte de ella, y estoy de acuerdo con el dinero que le vais a dejar. Me parece justo, pero Ignazio no forma parte de nuestra familia —Mateo extendió las manos para abarcar a todos los que se encontraban allí reunidos. No solo a los Alcázar—, y creo que es innecesario incluirlo, dado que para él sus padres son Adela y Fabio.

—Repito las palabras de Ana. Si vosotros os vais a sentir mejor con que lo conozcamos, no tenemos ningún problema, pero, al igual que ella y Mateo, opino que no es necesario. Ignazio forma parte de vuestro pasado, de una vida que ya no existe, y estoy de acuerdo con Ana con que hay que mirar al futuro. —Carla levantó la copa y dejó que Ana le sirviera el vino. Contempló el líquido burdeos, movió la copa con suavidad, e inspiró el aroma, antes de beber—. No me extraña ese primer premio, está soberbio.

Clara y Fernando se miraron por encima de la mesa y ambos sonrieron. No sabían qué les iba a deparar el futuro, pero, pasara lo que pasara, sus familias iban a estar de acuerdo. Iban a estar juntas.

Ya no había secretos, ni silencios. Tampoco arrepentimientos. Solo las infinitas posibilidades de una vida feliz.

Ambos pensaban que el hecho de que ellos no hubieran podido estar juntos, era solo para que Chiara y Miguel sí pudieran hacerlo. No eran ellos quienes tenían que unir a las familias, sino sus nietos.

Capítulo 15

Te pido quédate conmigo
en esta curva del camino,

ya no me duele el pasado,

ni lamento lo perdido.
No me importa hacerme viejo,

si me hago viejo contigo.

Vino añejo,
Rubén Blades

Clara apenas había subido al desván.

Entre el polvo, las cajas amontonadas, los muebles inservibles que se amontonaban por los rincones y la cantidad de recuerdos que allí se escondían, pensaba que no merecía la pena.

Después de todo, nadie sabía el significado de muchas de aquellas cosas, pero ahora todo había cambiado, y la verdad había visto la luz.

Salió de su habitación y se encaminó por las escaleras.

Abrió la puerta del desván y encendió la lámpara del techo.

Desde luego que Chiara tenía razón en cuanto a lo de que había que hacer una limpieza allí arriba.

Paseó entre las cajas amontonadas y, al fondo del todo, intentó localizar un mueble viejo.

Se trataba de una cómoda de madera de roble, que había formado parte de su dormitorio, cuando era joven y su padre aún vivía. Muchos de esos muebles los había tirado, pero aquel lo había conservado, porque guardaba demasiadas cosas.

Nunca pensó que volvería a buscarlo, pero allí estaba, quitando la sábana con cuidado para no formar una nube de polvo.

Acarició la madera con la palma de la mano y abrió el primer cajón.

Sacó un álbum de fotos y lo dejó apartado.

Abrió el segundo cajón y sacó una caja de zapatos antiguos, que aún conservaba las letras en italiano. Del tercer cajón, sacó las prendas, las bonitas telas que formaban dos de sus vestidos favoritos.

Con el botín fuera de aquel mueble viejo, salió del desván y llamó a la puerta de la habitación de Chiara.

Su nieta estaba leyendo en la cama y sonrió al verla.

—Pasa —dijo, dejando el libro a un lado, e incorporándose en la cama—. ¿Qué es todo eso?

—Recuerdos.

Clara le pasó el álbum de fotos y ella lo abrió con curiosidad.

—Son las fotos de Italia. Fernando y yo siempre íbamos con la

cámara a todas partes. Estábamos felices, y solo queríamos dejar constancia de ello.

En las fotos color sepia, y blanco y negro, se podía ver a su abuela embarazada de Ignazio. Se veían las vistas de Volterra y la casa que ahora era de Adela.

Había fotos de Fernando y de ella sonriendo, y fotos de Ignazio de pequeño. También instantáneas de Clara y Fernando leyendo, o simplemente mirando a la cámara.

—Eras preciosa, abuela. Bueno, lo sigues siendo. Siempre tan elegante y sofisticada.

Clara cogió la foto y contempló su rostro sin arrugas, congelado en el tiempo.

—Siempre fui muy coqueta y presumida. Me gustaba pintarme los labios y llevar un pañuelo atado al cuello o a las asas del bolso.

Chiara asintió. Todavía llevaba esos pañuelos, que se habían convertido en la seña de identidad de su abuela.

Dejó el álbum a un lado y señaló la caja de zapatos.

—Fernando me compró unos zapatos de tacón rojos en una pequeña tienda de Volterra. Me encantaban esos zapatos. Siempre me los ponía los domingos para ir a misa. Cuando me marché de Italia, se los regalé a Adela. Habría sido muy doloroso verlos cada día.

Clara abrió la caja de zapatos y Chiara fue sacando las reliquias que había dentro.

Lo primero, fueron unas preciosas flores de tela blanca. Eran pequeñas y llevaban unos enganches.

—Fueron las flores que llevé en el moño el día que me casé con Fernando. Las compré en una mercería en Volterra. La *signora* María me dijo que estaría preciosa, y me regaló ese broche que está ahí como regalo de bodas.

Chiara sacó de la caja el broche y lo acarició. Era de nácar, y tenía la forma de un bonito y pequeño pajarito.

—Este medallón me lo regaló Fabio. Me dijo que siempre me recordaría tiempos mejores.

Clara abrió el medallón y apareció una foto de ella y Fernando del día de su boda.

Chiara contempló la imagen, y pensó que hacían una pareja preciosa. Mucho mejor que la de sus abuelos.

Ahora podía entender por qué a su abuela no le gustaban demasiado las fotos, y casi siempre salía seria en ellas.

Solo en las que estaba con sus hijos o con ella parecía estar feliz.

Dejó el medallón sobre la cama y sacó lo último que quedaba en la caja. Se trataba de una llave antigua, que llevaba atado un lazo, que en otra vida había sido de color rojo.

—La llave de la que iba a ser nuestra casa en Volterra. Fabio

siempre fue muy amable con nosotros. Nos acogió en su villa, cuando más lo necesitábamos, pero no queríamos abusar de su hospitalidad para siempre. Paseando por las afueras de Volterra con Ignazio en el carro, Fernando y yo divisamos una preciosa casita que, a pesar de estar deteriorada, era perfecta para nosotros. Localizamos al dueño, un anciano que vivía en una especie de asilo, regentado por monjas, y nos dijo que para él esa casa ya no tenía ningún valor, que si la arreglábamos y la convertíamos en el hogar que había sido, cuando él era un niño, nos la regalaba.

»Nunca nos dio tiempo a convertirla en nuestro hogar, pero Fernando quiso que yo tuviera la llave.

—Lo siento mucho, abuela.

—Ya no importa, mi niña. Lo creas o no, he sido feliz.

—¿De verdad?

—Sí, no ha sido la vida que yo esperaba y deseaba, pero nunca me faltó de nada. Siempre tuve algo por lo que luchar y cuando nacieron Ana y tu padre, mi corazón sanó mucho. Terminó de sanar cuando naciste tú. Tiene cicatrices, pero no está roto. Vosotros siempre fuisteis un motivo de felicidad.

Chiara abrazó a su abuela y se sorbió la nariz.

—¡Oh! No llores, mi niña. No hay arrepentimientos, solo recuerdos, y son tan bonitos que no duelen. —Clara secó los ojos de su nieta y le acarició el pelo.

—¿Y eso? —dijo Chiara en referencia a la ropa.

Clara desdobló uno de los vestidos y se puso de pie, para que su nieta lo viera bien. Era un vestido verde precioso, adornado con un cinturón.

—Fue el primer vestido que me hizo la modista de Volterra. Siempre fue mi favorito. Es sencillo, pero, aunque tuve vestidos mucho más espectaculares, este siempre fue muy especial para mí.

—Porque fue el primero de tu vida en Italia.

—Sí, representa la esperanza y la ilusión de una vida nueva. Por eso, lo escogí en verde.

—Es precioso y muy elegante. Muy propio de ti.

Clara sonrió y dejó el vestido sobre la cama para coger el otro.

Al desdoblar la seda blanca, Chiara supo de qué se trataba.

—Tu vestido de novia. El que te pusiste cuando te casaste con Fernando.

Clara asintió.

—Sí, la modista tardó horas en coser las perlitas del escote, pero, como ella misma dijo, mereció la pena.

—Es una maravilla, abuela.

—Lo sé. Quise tirarlo… Luego, dejarlo en Italia, pero no pude. Con este vestido, y frente a Dios, prometí amar a Fernando hasta el fin de

mis días, y es una promesa que sigue en vigor.

—De verdad, ¿no vais a intentarlo?

—No lo sé, mi niña, pero eso ya no importa. ¿Tú eres feliz?

—Mucho, abuela.

—¿Miguel te cuida?

—Cada día.

—¿Y te mima?

—Estoy segura deque demasiado.

—Entonces, todo ha merecido la pena.

Dio un beso a su nieta y siguieron hablando de su vida en Italia.

Charlaron de los lugares que Chiara había visitado durante su viaje, le enseñó las fotos que había hecho, y Clara se sintió feliz al ver cómo su nieta sonreía al lado de Miguel. Formaban una pareja preciosa. Ambos tenían carácter y personalidad, pero se complementaban de maravilla.

Chiara le había dicho que Miguel era divertido e inteligente, que le hacía reír, que le temblaba el cuerpo cuando él se acercaba, y que sería muy difícil vivir una vida en la que él no estuviera.

Clara veía feliz a su nieta, y eso era suficiente para ella, pero necesitaba verlos juntos. Necesitaba observarlos como pareja.

Salió de la habitación de su nieta, dejando allí su botín, para que fuera Chiara quien hiciera con él lo que quisiera, y bajó a su despacho. Cogió el móvil, que había dejado sobre el escritorio, y llamó a Fernando.

—He pensado que esta noche podemos cenar todos juntos aquí. ¿Qué te parece?

—Una buena idea. Será la primera vez que mi familia entre en las tierras de Alcázar.

—Es el momento.

—Lo es.

Fernando y Clara quedaron a las nueve, y después terminaron la llamada.

—¿Vamos a ir a cenar a casa de Chiara? —preguntó Nana.

—Ratona, siempre tan curiosa.

Nana se encogió de hombros y se sentó en el sofá, al lado de su abuelo. Apoyó la cabeza en su hombro y respiró tranquila.

—¿Ya no estás enfadada conmigo?

—No, solo estaba contrariada, pero no se lo digas a Mickey. Él sí estaba enfadado contigo.

—Y un poco de razón tenía, ¿no? —dijo Miguel, desde la puerta del salón.

—Ups…, nos ha pillado —soltó Fernando sonriendo.

—Da igual. Creo que en el fondo lo sabía.

Miguel se sentó en el sofá de al lado de ellos, y negó divertido con

la cabeza.

—Esta noche vamos a cenar en los viñedos Alcázar —comentó Fernando.

—Vamos a entrar en tierras enemigas, menuda osadía. —Miguel hizo un gesto teatrero que hizo reír a Nana y a su abuelo.

—¿Sabes que Chiara cenó aquí? —preguntó Nana.

—No, ¿cuándo?

—Un fin de semana que os fuisteis a Madrid. Cenó aquí, bebió el vino Moraleda, se bañó en la piscina y terminó de enamorarse de tu nieto.

—¡Nana! —exclamó Miguel.

—¡Oh…, vamos, Mickey! No quieras fingir delante del abuelo.

Fernando sonrió. A veces su nieta era tan poco diplomática como su madre, pero ese acto de impulsividad hacía que fuera todavía más perfecta.

—¿La quieres?

—Mucho —contestó Miguel, mirando los ojos azules de abuelo.

—Me alegro. Cuídala.

—Es lo que pretendo.

—¿Y tú y Berto?

—Estamos bien, abuelo. Todo es bonito. Me va a dar mucha pena despedirme, pero sé que es lo correcto. Y, si tiene que ser, será.

—Ese es el espíritu, princesa.

—Os veo muy bien —comentó Carla entrando en el salón—. Mientras los demás trabajamos, vosotros aquí de cháchara.

—Estábamos hablando de que esta noche vamos a ir a cenar a los viñedos Alcázar.

—Vamos a entrar en terreno desconocido, bien —dijo Rafael, sentándose al lado de su mujer.

Fernando sonrió y escuchó cómo seguían hablando de todo y de nada.

Estaba feliz y daba las gracias.

—Me alegro de que todo haya salido bien —dijo Cris cogiendo el botellín.

—Y yo. Ha merecido la pena. —David palmeó la espalda de Miguel.

—La verdad, fue todo con normalidad. Es decir, al principio estábamos un poco incómodos, al estar juntos en un mismo espacio, pero, según íbamos hablando, nos fuimos relajando y, al final, la cena resultó un acierto —comentó Nana.

—Sí, y Tito se portó de maravilla. Levantamos un poco de revuelo cuando nos vieron salir a todos juntos del club, pero supongo que se acostumbrarán. —Chiara cogió una patata y ladeó la cabeza.

—Es normal. Es todo un acontecimiento. La familia Moraleda y la familia Alcázar juntas. —Berto agarró la mano de Nana.

—Y esta noche vamos a cruzar tierras enemigas para cenar en los viñedos Alcázar —anunció Nana riendo.

—Bueno, bueno… Hemos sacado el pañuelo blanco a lo grande.

Todos rieron ante las palabras de David.

—En serio, nos alegramos mucho por vosotros. No habría sido lo mismo si no tuvierais el apoyo de todos —comentó Cris.

—La verdad es que no. No habríamos cambiado de opinión, porque habríamos seguido juntos, pero, de esta forma, es mucho mejor. —Chiara sonrió a Miguel.

—Deberíamos irnos, si queremos arreglarnos para la cena. —Miguel llamó al camarero y este se acercó para llevar la cuenta.

Nana dio un beso a Berto y se despidió de él, hasta el día siguiente.

Pagaron su parte de la cuenta y dejaron a Berto, David y Cris en el pueblo.

Cogieron el coche y salieron de la finca.

Cuando llegaron a la bifurcación del camino, todos leyeron el cartel que indicaba que estaban entrando en los viñedos Alcázar, y se asombraron al comprobar que la entrada era parecida a su finca: un camino de tierra, que daba paso a un enorme espacio lleno de viñas.

—Es mucho más grande que el nuestro —indicó Rafael mientras conducía.

—Sí, los terrenos de Clara son mucho más grandes que los nuestros. —Fernando bajó la ventanilla y observó los cambios.

—La casa está rodeada por las viñas. Es como si la mansión fuera el centro de todo. —Nana miraba curiosa todo lo que había a su alrededor.

—Esos edificios de allí deben de ser las oficinas y las bodegas. Deben tener el doble de empleados que nosotros. ¡Qué pasada! —exclamó Carla.

—Sabía que era grande, pero Chiara no comentó nada cuando estuvo en casa. —Miguel se bajó del coche cuando su padre aparcó en la entrada.

—Bienvenidos —saludó Clara.

—Tienes una casa preciosa, Clara, y los viñedos… ¡Madre mía, es enorme! —Carla dio dos besos a Clara.

—Me alegro de que os guste.

Helena dio dos besos a Carla y entraron en la casa, mientras comentaba sorprendida todo lo que le rodeaba.

Rafael y Mateo se estrecharon la mano, y siguieron a Helena y a Carla al interior de la casa.

—¿Por qué no dijiste nada? —preguntó Nana a Chiara.

—Bueno, no había nada que decir. Son terrenos diferentes, y ya no importa.

—Para nada. —Miguel besó a Chiara.

—Hemos dispuesto la cena en el porche. Espero que os guste. —Clara fue la siguiente en entrar, seguida de Fernando.

Habían encendido las luces de la piscina y los focos del jardín.

En el ambiente se respiraba una combinación deliciosa de flores blancas, comida y vino. Los enormes árboles frutales hacían sombras sobre el mantel blanco, y el aire de la noche era perfecto para disfrutar de una cena en el exterior.

—La casa es preciosa, pero el jardín es fantástico.

—Mi padre apenas tenía flores plantadas. No daba importancia al jardín, porque solo le interesaba la tierra. Pero, poco a poco, fuimos plantando las flores —explicó Clara, contestando a Rafael.

—Blancas, por supuesto. —Rio Carla.

—No podía ser de otra forma. —Helena partió un trozó de carne y lo saboreó.

—Quiero hacer un brindis —anunció Fernando levantándose—. Quiero brindar por nosotros. Por nuestra familia. Nunca pensé que algún día estaríamos juntos, pero estamos honrando a nuestra querida Luz. Ella lo deseaba y, por fin, la hemos hecho caso. Ojalá estuviera aquí con nosotros, pero sé que, esté donde esté, se alegra de este encuentro, y nos desea toda la felicidad del mundo. No ha sido fácil, pero Chiara y Miguel nos han dado la oportunidad de juntarnos. Solo espero que cuiden su amor, y lo vivan todos los días como si fuera el último. —Fernando alzó su copa—. Por la familia Alcázar y la familia Moraleda, que esta unión nos traiga felicidad eterna.

—¡Por nosotros!

Al terminar la cena, todos pasaron al porche cubierto y se sentaron en los cómodos sofás.

Chiara y Miguel se retiraron, para pasear por los terrenos.

—¿Qué es aquello de allí? —preguntó Miguel.

—La casa de invitados. Mi abuela mandó construirla para que fuera su sitio privado, pero, al final, se quedó para los invitados. Es preciosa y tiene de todo. Muchas veces, cuando era pequeña y me enfadaba con mis padres, me iba allí y fingía que era mayor, para vivir sola.

—¿Nunca has querido vivir allí?

—Lo he pensado muchas veces, pero es una casa muy grande para mí sola. Tiene cuatro habitaciones y una cocina muy grande. Nunca entendí por qué mis padres, cuando se casaron, se quedaron en la casa principal y no se mudaron allí.

—Bueno, tal vez no les hacía falta tanto espacio. ¿Y tu tía Ana?

—Ella prefirió vivir en el pueblo, cerca del despacho. Mi abuela le compró un piso.

—Tal vez podamos hacer uso de ella.

Chiara sonrió y rodeó el cuello de Miguel con sus brazos.

—¿Vivirías aquí?

—Qué más da. No creo que suponga un problema. Además, no estoy lo que se dice muy lejos de la oficina. Solo tengo que cruzar los terrenos.

Ella asintió y se acercó para besarlo.

Miguel sabía a vino y queso, y le resultó delicioso.

Ambos se deleitaron en ese beso. Se devoraron con las mismas ganas que lo habían hecho desde el minuto uno.

Cuando se separaron, los labios de Chiara estaban hinchados y Miguel los mordió con suavidad.

—¿Sabes que te quiero? —susurró Miguel.

Chiara asintió.

—¿Y tú sabes que yo te quiero más?

Miguel sonrió y negó.

—¿Por qué me quieres más?

—Porque lo digo yo.

—A ver, ¿cuánto me quieres? Porque yo te quiero de aquí al infinito, y eso es mucho mucho…

—Pues yo te quiero… de aquí a todos los días de mi vida, incluyendo todas las posibles existencias.

—¿Me lo prometes?

—Siempre.

Epílogo

Dos Gardenias para ti,

que tendrán todo el calor de un beso.
De esos besos que te di,

y que jamás encontrarás
en el calor de otro querer.

Dos gardenias,
Buena Vista Social Club

Tras el ruido de copas, pidiendo que los novios se besaran, después del bonito brindis que les había regalado Clara, Chiara y Miguel se besaron.

Regalaron a los asistentes esa caricia, dejando claro que ese día era el primero de muchos.

Al separarse, sonrieron y la gente aplaudió por el derroche de amor del que habían sido presentes.

Chiara se levantó, dio las gracias a su abuela y se dirigió a los invitados:

—Cuando estudiaba en el colegio y llevaba el uniforme, que me obligaban a llevar por la rodilla y que yo tan presumidamente subía, cuando la directora se daba la vuelta, nos preguntaron que qué queríamos ser de mayores. Recuerdo que tendría como unos doce o trece años y respondí sin lugar a duda, que quería ser abogada como mi tía. Quería estudiar Derecho en una gran universidad y trabajar en los viñedos de mi familia.

»Hoy en día, puedo decir que mi elección fue la correcta. Lo que pensaba en aquella época es mi realidad, y me encanta haberlo conseguido.

»Otra de las preguntas que nos hacían, era cómo nos veíamos cuando fuéramos mayores.

»Muchos de los compañeros de clase respondieron que casados y con hijos; otros dijeron que ojalá hubieran dado la vuelta al mundo. Yo respondí que me veía siendo feliz. Rodeada por las personas que realmente eran importantes en mi vida, y, tras haber conseguido todo aquello, alcanzar lo que hubiera deseado por el camino. Ahora, puedo decir que eso también se ha cumplido. Puedo afirmar, sin duda alguna, que soy feliz, y que todas las personas que son importantes están aquí conmigo compartiendo este día. —Chiara hizo una pausa y miró a sus padres—. Papi, mami…, no sabéis lo orgullosa que me siento de que seáis mis padres. No hay palabras para decir lo mucho que os quiero, y lo mucho que significáis para mí. —Tomó la copa de vino, la levantó y sonrió a Helena y a Mateo—. Por vosotros. Abuela

—dijo, mirando a Clara—, gracias por compartir conmigo tu sabiduría. Tu paciencia, para enseñarme todo acerca del vino; por pasear conmigo por las vides; por ser tan fuerte, tan valiente…, por sacrificar lo más importante. Sin ese sacrificio, hoy ninguno de nosotros estaríamos aquí.—Volvió a levantar la copa y ladeó la cabeza al ver a su abuela secarse los ojos—. Por ti, Cris. Recuerdo que, a esa pregunta sobre el futuro, tú respondiste que querías estar salvando vidas, y no sabes lo muchísimo que me alegro de que eso también se haya cumplido para ti. Eres la mejor cirujana del mundo, y que alguien se atreva a llevarme la contraria.

»Durante esos años que pasamos en el cole, prometimos que seríamos amigas siempre, y hoy estás aquí, celebrando conmigo, siendo mi dama de honor y mi testigo, y solo puedo darte las gracias por quererme, por apoyarme y por seguir siendo cada día mi mejor amiga. Espero devolverte el favor tan pronto como David quiera gritarle al mundo que la vida sin ti está vacía. —Cris se levantó, se acercó a ella y le dio un abrazo. Le susurró al oído que la quería, y se sentó de nuevo—. Por ti, y por David. Sois los mejores amigos que alguien puede tener en la vida. —David, levantó la copa y brindó con ella—. Nana, yo nunca pedí tener hermanos. No eché de menos nada de eso, pero tuve que esperar unos cuantos años para darme cuenta de que, sí que los quería. Tuve que conocerte a ti, para saber lo mucho que necesitaba tenerte en mi vida.

»En este tiempo, hemos estado juntas y separadas. Nos hemos contado las cosas, hemos visto cómo todo cambiaba y cómo todo empezaba. Ha sido maravilloso sentir que una parte de mí estaba contigo en Estados Unidos; que esa parte de mí volvía y se quedaba a buen recaudo en los terrenos vecinos, pero, sobre todo, que una parte de ti estaba también conmigo, haciéndome compañía hasta que regresaras. Nos hemos cuidado y nos hemos hecho hermanas, para poder decirte que te quiero, que eres la hermana que siempre he querido y que espero que Berto te cuide y te mime porque, si no, iré a por él. —Los asistentes rieron ante esas palabras, y Nana se levantó para abrazar a la que también consideraba su hermana. Berto sonrió, a modo de gracias, y ambos supieron que cuidaría a Nana para siempre —. Por vosotros, porque tener hermanos así, es el mayor de los privilegios.

»Carla, Rafa, Fernando… Vosotros os habéis convertido en mi familia. Durante estos años me habéis cuidado, nos habéis acompañado a Miguel y a mí en cada momento. He sentido que para vosotros era como una hija y una nieta. Me habéis querido y acogido en vuestra familia, como si nada más importara; como si los años y las huellas del pasado no hubieran existido. Por eso, quiero daros las gracias, porque sois una parte indispensable en mi vida, y, sin

vosotros, no sería lo mismo. —Chiara volvió a alzar la copa de vino y miró a los tres—. La familia que uno elige a veces puede sorprenderte, pero siempre será la elección correcta, porque sabes que nunca va a fallarte. Os quiero con toda el alma. —Carla, que tenía la copa en la mano izquierda, se llevó la derecha al corazón y después le tiró un beso a la joven a la que adoraba, de la misma manera que adoraba a sus hijos. Fernando se levantó de la silla, y le dio un beso en la mejilla. Le apartó un mechón, que se escapaba del recogido, y Chiara leyó en sus ojos cuánto la quería—. Por último, Miguel, quiero darte las gracias por ser el mejor compañero de vida. Por elegirme cada día, por quererme y aguantar mis días malos. Por estar siempre, y prometer que vas a querer estar conmigo siempre. Si ese día, cuando me preguntaron cómo me veía cuando fuera mayor, me hubieran dicho que tú ibas a estar, mi respuesta simplemente hubiera sido que me veía pasando el resto de mis días contigo. Eres el mejor regalo de la vida. Te quiero.

Miguel se levantó, rodeó la cintura de su mujer y la besó de nuevo. La amaba más que a su propia vida, y solo de pensar que era suya, que esa mujer le correspondía, el mundo dejaba de girar. Sabía que nunca amaría a nadie como la amaba a ella, y esa era su particular promesa.

Cuando la noche se hizo presente y todo el mundo estaba bailando, Clara se sentó en uno de los sillones del porche de su casa y contempló cómo se divertía todo el mundo. Cómo bailaban Nana y Berto, y cómo los acompañaban Cris y David. Observó a Helena y Mateo hablar con Carla, Rafa y otros invitados, y supo que su herencia, todo por lo que había luchado, estaba a salvo.

—¿Descansando? —preguntó Fernando, dándole una copa de vino.

—Me duelen los pies.

Este se sentó a su lado en el sofá y contempló la fiesta. Después, miró al cielo y comentó:

—Hace una noche preciosa.

—Lo sé. Todo ha sido perfecto —dijo Clara, antes de beber.

—Como ellos se merecen.

—Vamos a brindar tú y yo.

—Por millonésima vez. —Fernando rodeó los hombros de Clara—. ¿Y por qué brindamos esta vez?

Clara pensó en brindar por los novios, por la familia, por ellos, pero ese brindis lo habían hecho más veces de las que recordaba, y esa noche había que brindar por algo más especial.

Contempló el líquido burdeos, que reposaba en su copa, y sonrió.

Brindarían por eso, por el vino que los viñedos Alcázar y los viñedos Moraleda habían creado juntos.

Por esa promesa de futuro que había unido a las familias.

Por el presente y el pasado.

—Por la Luz de Ábalos —indicó, levantando la copa, y pronunciando el nombre que le habían puesto a ese vino tan especial.

Fernando sonrió y tintineó su copa con la de Clara.

—Por la Luz de Ábalos.

Ambos bebieron el codiciado y exquisito vino, que se había servido en la boda, y fijaron su vista en Chiara y Miguel. Bailaban y eran felices.

Puede que para ellos la felicidad plena hubiera llegado cuando menos la esperaban, pero había llegado gracias a sus nietos.

Chiara y Miguel, con la promesa de su amor, habían conseguido lo que ellos ya daban por perdido.

Agradecimientos

Estaba en una cata de vinos con unos amigos, cuando se me ocurrió una historia ambientada en unos viñedos.

Tengo que decir, que la idea original no tiene nada que ver con el resultado final, pero en eso consiste todo esto: en la magia que se va creando mientras vas escribiendo la historia; en las sorpresas que te das a ti misma cuando cambias personajes, momentos o situaciones que jamás pensaste que ibas a cambiar. Ahora que está aquí, me hace muy feliz poder compartirla con vosotros; que podáis leerla, y que podáis conocer sus secretos. Sigue siendo el mejor de los regalos, y siempre será el mejor de los sueños, pero, como en toda buena historia, siempre hay más de un protagonista al que dar las gracias, y en mi caso son:

A Teresa, mi editora. Gracias por confiar una vez más, por volver a intentarlo. Por darme la oportunidad.

A papá y mamá. Siempre seréis mi punto de apoyo y de referencia. Os quiero.

A mi tita Chery y mi tita Lidia. A pesar del poco tiempo, sois un apoyo maravilloso, y un descubrimiento increíble. Gracias por volver.

A mi tita Carmen. Gracias por seguir ahí, por animarme a seguir haciendo lo que me gusta.

A mi padrina. Siempre serás la persona a la que acudir cuando las cosas se complican. Saber que siempre estarás para todo lo que necesite, me hace muy feliz. Te quiero.

La autora en redes
Instagram: @sheryl_.bowman
X: @sherylbowman17

La música de Clara y Fernando

- *Un compromiso,* Antonio Machín
- *Algo contigo,* Los panchos
- *Y sigo enamorado,* José Luis Perales
- *Bésame mucho,* Consuelo Velázquez
- *Adoro,* Armando Manzanero
- *Procuro olvidarte,* Manuel Alejandro
- *No sé por qué te quiero,* Víctor Manuel y Ana Belén

- *Simplemente amigos,* Ana Gabriel

- *Te quiero, te quiero,* Nino Bravo

- *Si tú no vuelves,* Miguel Bosé

- *Como han pasado los años,* Rocío Dúrcal

- *El día que me quieras,* Ricardo Montaner

- *Toda una vida,* María Dolores Pradera

- *Por debajo de la mesa,* Luis Miguel

- *Te quiero así,* Pedro Infante

- *Vino añejo,* Rubén Blades

- *Dos gardenias,* Buena Vista Social Club